

8

F. A. 4731

3

TEATRO

BIBLIOTECAS POPULARES CERVANTES

DIRECTOR: *Francisco Carrillo Guerrero*,
Inspector-Jefe de Primera Enseñanza de Madrid.

SERIE PRIMERA

Las cien mejores obras de la Literatura española

TOMOS PUBLICADOS

- 1-2. *Santa Teresa de Jesús*.—Su vida.
3. *Quevedo*.—Vida del Buscón.
4. *Campoamor*.—Doloras, poemas y humoradas.
5. *Larra*.—El pobrecito hablador.
6. *Góngora*.—Poesías.
7. *Moratin*.—La Comedia Nueva y El sí de las niñas.
8. *El Romancero del Cid*.
9. *Lazarillo de Tormes*.
10. *Tirso de Molina*.—El Burlador de Sevilla.
11. *Espronceda*.—El Diablo Mundo.
- 12-13. *Balmes*.—El Criterio.
14. *Cervantes*.—Novelas ejemplares.
15. *Calderón*.—El alcalde de Zalamea.
16. *Garcilaso*.—Poesías.
17. *R. de la Cruz*.—Sainetes.
18. *Lope de Vega*.—La discreta enamorada.
19. *Vélez de Guevara*.—El diablo Cojuelo.
20. *Cañalzo*.—Optica del Cortejo.
21. *Cervantes*.—Entremeses.
22. *Cabeza de Vaca*.—Naufragios.
23. *Fr. Luis de León*.—La perfecta casada.
24. *Alarcón*.—Verdades de paño pardo.
25. *Moreto*.—El desdén con el desdén.—Entremeses.
- 26-27. *Gil y Carrasco*.—El señor de Bembibre.
28. *Antología de la Lirica gallega*.
29. *Jovellanos*.—Obras selectas.
30. *Villegas*.—Historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa y otros cuentos.
31. *Saavedra Fajardo*.—República literaria.
32. *Pérez de Oliva*.—Diálogo de la dignidad del hombre.
33. *Gracián*.—Oráculo manual.
34. *Arolas*.—Poesías.
- 35-36. *Espinel*.—Vida del Escudero Marcos de Obregón.
37. *Verdaguer*.—Antología lírica.
38. *Iriarte*.—Los literatos en cuaresma

SERIE SEGUNDA

Las cien mejores obras de la Literatura universal

TOMOS PUBLICADOS

1. *Perrault*.—Cuentos de viejas.
2. *Aristóteles*.—La Política.
3. *Chateaubriand*.—Novelas.
4. *Leopardi*.—Poesías.
5. Los poetas griegos.
6. *Washington Irving*.—Apuntes literarios.

FA-4731

LAS CIEN MEJORES OBRAS DE LA LITERATURA ESPAÑOLA.- VOL. 7

LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN

8

TEATRO

LA COMEDIA NUEVA

EL SÍ DE LAS NIÑAS

PROLOGO DEL DOCTOR

FRANCISCO CARRILLO GUERRERO



4.^a EDICIÓN



COMPañÍA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES (S. A.)
LIBRERÍA FERNANDO FE
PUERTA DEL SOL, 15. — MADRID

MR-9718

PROLOGO

DON LEANDRO FERNANDEZ
DE MORATIN

La producción literaria española, que había llegado a su apogeo, siendo la admiración del mundo, en el siglo XVI, comienza a decaer en el siglo XVII y sigue languideciendo en el XVIII, hasta entrar sin carácter propia y sin bríos en el XIX.

Sólo aisladamente se notan algunos chispazos, o más bien, en muchos casos, simples reflejos del antiguo esplendor.

Mi ilustre amigo el doctor Bauer, en su interesante folleto Literatura, publicada a fines de 1925 por la Editorial Reus, señala las notas esenciales de la literatura española del siglo XVIII, afirmando que la influencia francesa marcó en ella un verdadero cambio de orientación.

«A la sazón—dice—, no sólo en nuestro país, sino en casi toda Europa, los libros

franceses, especialmente los de los escritores de la época de Luis XIV, habían adquirido gran prestigio, por lo que no es de extrañar que penetrase en España el espíritu literario francés, sobre todo bajo el reinado de Felipe V, nieto de aquel monarca. En su tiempo tuvieron su origen la Biblioteca Nacional, las Reales Academias de la Lengua y de la Historia y otras instituciones de cultura, y mientras se estimulaba así la afición al estudio, se favorecía la introducción de obras francesas, mediante traducciones de las de Corneille, LaFontaine, Bossuet, Fenelón, Voltaire, Lessage, Montesquieu, Rousseau, Diderot y otros.»

Hace observar el doctor Bauer cómo la introducción de las ideas francesas se acentuó en los reinados siguientes, principalmente en el de Carlos III, por lo que cabe decir que casi todo lo que se escribió en el expresado siglo está basado en el clasicismo francés, cayendo en lamentable olvido nuestras obras maestras.

En efecto, los libros que por entonces aparecen, principalmente al finalizar el siglo XVIII y al comenzar el XIX, no presentan ningún rasgo de tradición nacional, y los ingenios españoles, sujetos a normas y

gustos extranjeros, pierden el tiempo en estériles discusiones o pliegan sus alas bajo el peso de la ley de las unidades, importada también de Francia, y que Quintana sintetizó magistralmente en uno de los tercetos de sus Reglas del drama:

«Una acción sola presentada sea
En sólo un sitio fijo y señalado,
En sólo un giro de la luz febea.»

Los hombres de letras solían reunirse en círculos literarios, entre los cuales fué uno de los más famosos la célebre tertulia de la Fonda de San Sebastián, fundada por el fogoso y erudito poeta D. Nicolás Fernández de Moratín, y en la cual figuraron casi todos los escritores de su tiempo, formando dentro de ella cinco grupos bien definidos: el que pudiéramos llamar central, constituido principalmente por D. Nicolás Fernández de Moratín, Cadalso y López de Ayala; el presidido por D. Tomás de Iriarte, y que contaba con la asistencia de otro fabulista célebre, D. Félix María Samaniego, y el marqués de Casa Cagigal; el grupo erudito, formado por Juan Bautista Muñoz, Francisco Cerdá, Vicente de los Ríos y Casimiro Gó-

mez Ortega; el de los italianos o italianistas, integrado por Bernascone, Conti, Pizzi, y Signorelli, y, finalmente, el grupo independiente, al que imprimen carácter López de Sedano, García de la Huerta y Vaca de Guzmán.

Este último grupo sobrevive a la tertulia fundada por D. Nicolás Fernández de Moratín, manteniendo su espíritu, y a él pertenecieron Pedro Estala, Dionisio Solís, Saviñón, Vargas Ponce, Arriaza, el conde de Noreña y D. Leandro Fernández de Moratín, a quien particularmente hemos de referirnos, y que llegó a ser por sus propios merecimientos, más aún que por su apellido ilustre, jefe de este importante círculo.

Pues bien; en el ambiente de la tertulia de la Fonda de San Sebastián, y del grupo de literatos que gallardamente le sucedió, se moldeó, se afirmó, y hasta llegó por último a imprimir carácter el espíritu selecto del autor de las obras contenidas en este tomo.

Era D. Leandro Fernández de Moratín hijo del poeta D. Nicolás y de Doña Isidora Cabo Conde.

Desde niño manifestó su gran disposición para las Letras, y él mismo dice en sus apuntes autobiográficos que desde muy pe-

queño era dado a la lectura de libros clásicos y al estudio del latín. Sin embargo, su padre se opuso a que estudiase en la Universidad de Alcalá, pues no quería que se viese sometido a los resabios pedagógicos que el buen D. Nicolás suponía, más o menos gratuitamente, en nuestros centros de enseñanza. «Estoy contento con el muchacho—decía—, y no quiero que me lo echen a perder.»

Prefirió D. Nicolás que su hijo ejerciese un oficio. Veía, además, el lado práctico de la vida, y quería evitarle las estrecheces con que, por lo general, brindaba en aquel tiempo la profesión literaria.

Así es que Leandro Fernández de Moratín practicó en sus mocedades el oficio de joyero en la platería del célebre artífice Martínez, cuyo nombre lleva la plaza donde aquella estuvo instalada.

El joven artífice continuó al propio tiempo sus estudios literarios, y cuando sólo contaba diez y ocho años, acudió ya a un concurso abierto por la Real Academia Española de la Lengua para premiar el mejor trabajo que se presentase sobre el tema único La toma de Granada. Vaca de Guzmán, hombre de gran prestigio, alcanzó el premio,

pero fué concedido un accésit a Fernández de Moratín.

Más tarde obtuvo un nuevo premio de la Academia Española, concedido a su Lección poética, y entonces decidió abandonar definitivamente su oficio y dedicarse de lleno a los estudios.

Los viajes al extranjero abrieron a su actividad literaria nuevos y más amplios horizontes.

Primeramente estuvo en París (1787), como secretario de Cabarrús, que a la sazón desempeñaba en Francia una misión diplomática. El aprovechamiento literario de este viaje puede apreciarse a través de la correspondencia que Moratín mantuvo con Jovellanos, Torner, Conti, Signorelli, Llaguna y Cea Bermúdez.

Cuando Cabarrús cayó en desgracia y le fueron retirados sus poderes, Fernández de Moratín tuvo que abandonar su empleo; pero ello sirvió para que se consagrara ya de lleno a su profesión literaria, y fué por entonces, en el año 1788, cuando dió nueva forma a su preciosa comedia *El viejo y la niña*, y al año siguiente publicó su sátira titulada *La derrota de los pedantes*, zahiriendo enco-

nadamente, pero con fino ingenio, a las escritores y escritorzueros de su época.

Pero la profesión de las letras no le daba para vivir, por lo que insistentemente solicitaba un empleo, cualquiera que fuese su categoría, sin que lograrse su objeto, hasta que el conde de Floridablanca, impresionado por la lectura de un romance que Fernández de Moratín le dirigió, le proporcionó un beneficio simple en el arzobispado de Burgos, que le sirvió para llegar a ordenarse de primera tonsura en octubre de 1789. Más tarde, el favorito Manuel Godoy le otorgó su protección, confiriéndole un beneficio en la parroquia de Montoro.

En 1792, cuando, merced a este cargo, no padecía ya Fernández de Moratín la aflicta situación que anteriormente había atravesado, aprovechó la tranquilidad apacible de su retiro para escribir La comedia nueva, estrenada en el teatro del Príncipe en el mismo año y con clamoroso éxito.

Gracias también a la protección de Godoy pudo realizar, con mayor holgura y en situación más despejada que en 1787, su segundo viaje al extranjero, visitando Francia, Inglaterra, Bélgica, Alemania e Italia, durante los años 1792 a 1796. Presenció en

París los horrores de la Revolución francesa, y pudo observar así, en la realidad de la vida trágica, escenas de profunda emoción. En Londres perfeccionó sus conocimientos de inglés, lo que le sirvió para poder estudiar a fondo el teatro de Shakespeare, y en Italia supo asimilarse las exquisiteces del arte genuinamente latino.

Habiendo vuelto a España, con la sólida cultura adquirida en los expresados países y el dominio de los idiomas francés, inglés, italiano y alemán, fué nombrado, en 1795, secretario de la Interpretación de Lenguas, y poco después obtuvo también el cargo de director de Teatros.

Como escritor dramático, D. Leandro Fernández de Moratín, además de la ya mencionada comedia El viejo y la niña, que se estrenó el 23 de mayo de 1790, o sea dos años después de terminada, y La comedia nueva, citada también, escribió otras, tituladas El barón, transformada más tarde en zarzuela, La mojigata y El sí de las niñas.

Esta última es la más perfecta de las obras de Moratín, y se estrenó en el teatro de la Cruz, en enero de 1806. Cotarelo afirma que esta comedia «señala el apogeo del talento dramático de su autor». El revuelo

que produjo el solo anuncio de esta obra, las conjuras que precedieron a su estreno y los incidentes de su primera representación están magistralmente descritos por Pérez Galdós en el capítulo II de La Corte de Carlos IV, correspondiente a la primera serie de Episodios nacionales.

En el ánimo retraído de Fernández de Moratín produjo honda huella la enconada discusión de que fué objeto su obra, pues en ella había puesto su alma, encarnando en la protagonista la simpática figura de doña Francisca Gertrudis Muñoz y Ortiz, de quien estuvo locamente enamorado, con amor platónico, por los años 1798 a 1807, fecha en que dicha señora casó con el militar D. Francisco de Valverde. Las acres censuras de que fué objeto dicha comedia hirieron, por tanto, sus sentimientos más íntimos, además de afectarle en su calidad de autor. por lo que resolvió no escribir más para el teatro. Rompió los manuscritos de cuatro comedias que tenía en preparación, retirándose casi en absoluto de toda relación social, se recluyó voluntariamente en su domicilio, no saliendo más que para el desempeño de la Secretaría de la Interpretación de Lenguas y para su retiro veraniego de Pastrana.

Mas no se avenía su actividad ingénita a esta quietud, y aplicó su erudición y su ingenio a preparar su libro magistral *Orígenes del Teatro Español*, obra de la mayor trascendencia y que señala época en la historia de nuestra crítica literaria.

En este nuevo género de vida le sorprenden los sucesos acaecidos en Madrid en 1808, y habiéndose declarado enemigo de los adictos de Godoy, y acusado de ser partidario de Napoleón, se vió precisado a huir en la retirada del ejército francés, marchando a Vitoria con la corte del rey intruso.

Todavía cupo a Fernández de Moratín una satisfacción efímera, con el resonante éxito que obtuvo en el teatro de la Cruz, el 17 de marzo de 1812, el estreno de la traducción que había hecho de la comedia de Moliere *La escuela de los maridos*; y en 10 de agosto del mismo año, cuando el ejército francés se vió obligado a retirarse hacia Valencia, derrotado en Arapiles, D. Leandro tuvo que seguirle para salvar la vida.

Más tarde vivió en Barcelona, donde en 1814 estrenó la traducción de la comedia de Molière *El médico a palos*.

Fernández de Moratín pasó sus últimos años en el extranjero, pues tachado por mu-

chos de hereje y de mal patriota se le hacía imposible la vida en España.

Sólo algunos espíritus exquisitos, como el de Manuel Silvela, su íntimo amigo, fueron capaces de apreciar la rectitud de su carácter y de sus intenciones.

En 1828, a los sesenta y ocho años de edad, entregó su alma a Dios, en París, amargado por la incomprensión e injusticia de las gentes.

Cuando en 1853 fueron trasladados al cementerio de San Isidro de Madrid sus restos mortales, que yacían en el cementerio del Padre Lachaise, en la capital francesa, nuestro gran orador y crítico D. Antonio Alcalá Galiano dijo del insigne autor de *La comedia nueva*: «Moratín es un ingenio local; tiene el atractivo del lenguaje, que él depura, afina y hace expresivo, y nos ofrece la gracia de una observación menuda, fiel y delicada.»

Moratín incurrió, sin embargo, en graves errores, y extremó hasta un grado inaudito el sentido acerbo de su crítica. Ello le ocasionó graves disgustos y persecuciones. Llegó hasta el punto de decir de Hamlet, la maravillosa obra de Shakespeare, traducida por él: «Las bellezas admirables que en ella se advierten y los defectos que manchan y os-

curecen sus perfecciones, forman un todo extraordinario y monstruoso.»

Y por si no fuese bastante este insensato juicio acerca de obra tan sublime, se le puede imputar además el hecho de haber excluído de los teatros de Madrid comedias de forma exquisita y de sentido irreprochable, entre otras La vida es sueño y El alcalde de Zalamea.

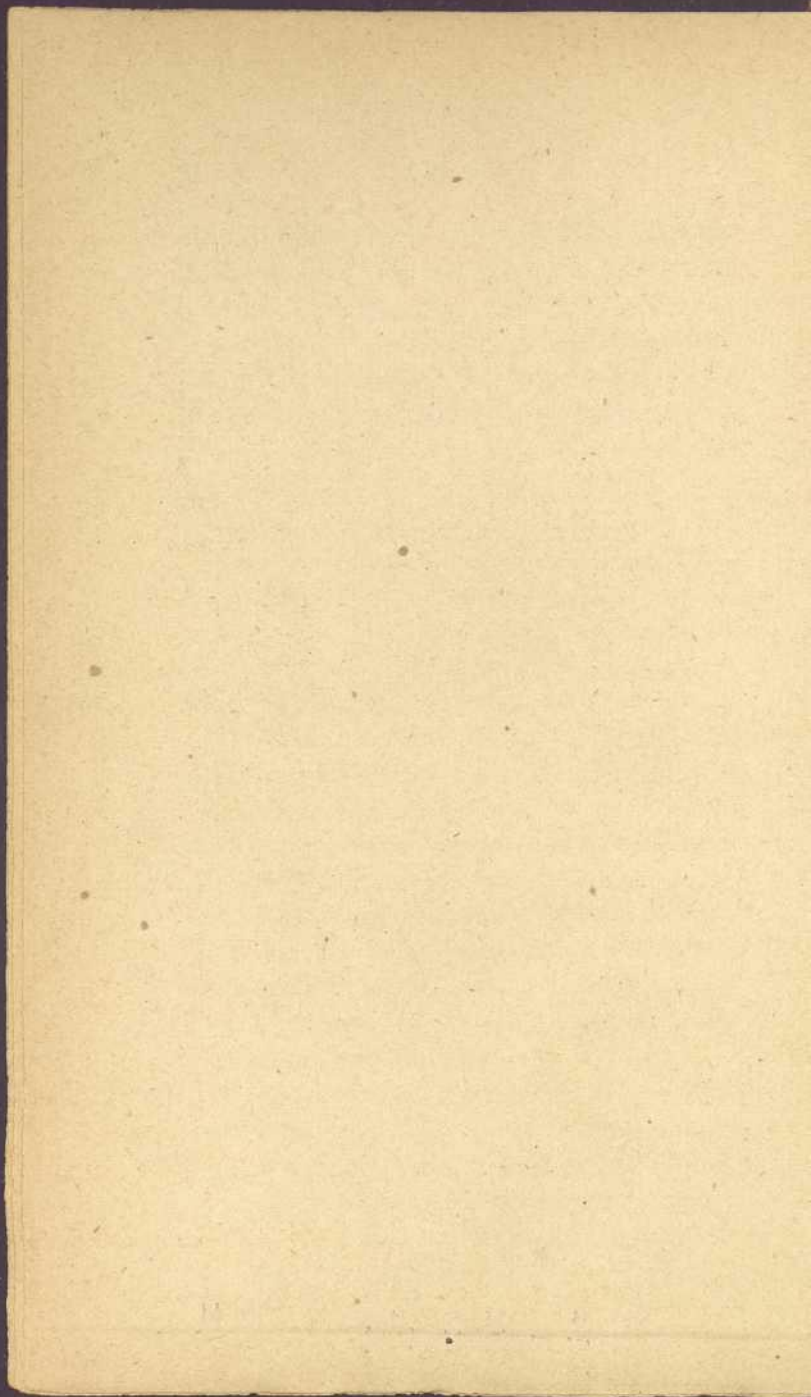
Su excesivo apego al espíritu literario francés, y sobre todo su incondicional sujeción a la famosa ley de las unidades, ocasionaron el contrasentido de que así procediese un hombre de juicio sereno y equilibrado.

El mismo explica, sin proponérselo, tal paradoja, cuando dice que «la comedia debe ser la imitación dialogada de un suceso ocurrido entre personas particulares, en un mismo lugar y en pocas horas, empleando en su desarrollo la pintura apropiada de afectos y caracteres, ridiculizando las faltas más comunes y las preocupaciones sociales, y haciendo resaltar y recomendando al auditorio la verdad y la virtud.»

Como se ve, su orientación en materia moral no puede ser más recta ni más sólida; pero antepone a estas condiciones de fondo las exigencias formales de unidad de acción,

de lugar y de tiempo, esto es, la aplicación de la llamada ley de las unidades, a la cual subordinó Moratín su producción literaria y el sentido de su crítica.

FRANCISCO CARRILLO GUERRERO.



LA COMEDIA NUEVA

COMEDIA

Non ego ventosæ plebis suffragia
venor.

HORAT. EPIST. 19, LIB. I.

PERSONAS

DON ELEUTERIO.

DOÑA AGUSTINA.

DOÑA MARIQUITA.

DON HERMÓGENES.

DON PEDRO.

DON ANTONIO.

DON SERAPIO.

PIPI.

La escena es en un café de Madrid.

El teatro representa una sala con mesas, sillas y aparador de café; en el foro una puerta con escalera a la habitación principal, y otra puerta a un lado, que da paso a la calle.

La acción empieza a las cuatro de la tarde y acaba a las seis.

LA COMEDIA NUEVA

ACTO PRIMERO

ESCENA I

DON ANTONIO, PIPÍ.

*(Don Antonio, sentado junto a una mesa.
Pipí, paseándose.)*

DON ANTONIO

Parece que se hunde el techo, Pipí.

PIPÍ

Señor...

DON ANTONIO

¿Qué gente hay arriba que arma tal estrépito? ¿Son locos?

PIPÍ

No, señor, Poetas,

DON ANTONIO

¿Cómo poetas?

PIPI

Sí, señor. ¡Así lo fuera yo! ¡No es cosa!
Y han tenido una gran comida. Burdeos,
pajarete, marrasquino, ¡uh!

DON ANTONIO

¿Y con qué motivo se hace esa franca-
chela?

PIPI

Yo no sé; pero supongo que será en cele-
bridad de la comedia nueva que se repre-
senta esta tarde, escrita por uno de ellos.

DON ANTONIO

¿Conque han hecho una comedia? ¡Haya
picarillos!

PIPI

¿Pues qué, no lo sabía usted?

DON ANTONIO

No, por cierto.

PIPI

Pues ahí está el anuncio en el diario.

DON ANTONIO

En efecto, aquí está. (*Leyendo en el dia-
rio que está sobre la mesa.*) «Comedia nue-

va intitulada *El gran cerco de Viena*.» ¡No es cosa! Del sitio de una ciudad hacen una comedia. ¡Si son el diantre! ¡Ay, amigo Pipí! ¡Cuánto más vale ser mozo de café que poeta ridículo!

PIPI

Pues mire usted, la verdad, yo me alegraría de saber hacer, así, alguna cosa...

DON ANTONIO

¿Cómo?

PIPI

Así, de versos... ¡Me gustan tanto los versos!...

DON ANTONIO

¡Oh! Los buenos versos son muy estimables; pero hoy día son tan pocos los que saben hacerlos... ¡Tan pocos, tan pocos!...

PIPI

No, pues los de arriba bien se conoce que son del arte. ¡Válgame Dios, cuántos han echado por aquella boca! ¡Hasta las mujeres!

DON ANTONIO

¡Oiga! ¿También las señoras decían coplillas?

PIPÍ

¡Vaya! Allí hay una doña Agustina, que es mujer del autor de la comedia... ¡Que si usted viera!... Unas décimas componía de repente... No así la otra, que en toda la mesa no ha hecho más que retozar con aquel don Hermógenes y tirarle miguitas de pan al peluquín.

DON ANTONIO

¿Don Hermógenes está arriba? ¡Gran pedantón!

PIPÍ

Pues con ése se ha estado jugando, y cuando la decían: «Mariquita, una copla. ¡Vaya una copla!»; se hacía la vergonzosa, y por más que la estuvieran azuzando a ver si rompía, nada. Empezó una décima, y no la pudo acabar, porque decía que no encontraba el consonante; pero doña Agustina, su cuñada... ¡Oh! Aquélla sí. Mire usted lo que es... Ya se ve. En teniendo vena...

DON ANTONIO

Seguramente. ¿Y quién es ése que cantaba poco ha y daba aquellos gritos tan descompasados?

PIPÍ

¡Oh! Ese es don Serapio,

DON ANTONIO

¿Pero qué es? ¿Qué ocupación tiene?

PIPÍ

El es... Mire usted, a él le llaman don Serapio.

DON ANTONIO

¡Ah, sí! Ese es aquel bulle bulle que hace gestos a las cómicas, y las tira dulces a la silla cuando pasan, y va todos los días a saber quién 'dió la cuchillada, y desde que se levanta hasta que se acuesta no cesa de hablar de la temporada de verano, la chupa del sobresaliente y las partes de por medio.

PIPÍ

¡Ese mismo! ¡Oh! Ese es de los apasionados finos. Aquí se viene todas las mañanas a desayunar, y arma unas disputas con los peluqueros, que es gusto oírle. Luego se va allá abajo, al barrio de Jesús; se juntan cuatro amigos, hablan de comedias, altercan, ríen, fuma en los portales. Don Serapio los introduce aquí y acullá hasta que da la una; se despiden, y él se va a comer con el apuntador.

DON ANTONIO

¿Y ese don Serapio es amigo del autor de la comedia nueva?

*carrocinero
de un personaje
de forma ridícula*

PIPI

¡Toma! Son uña y carne. Y él ha compuesto el casamiento de doña Mariquita, la hermana del poeta, con don Hermógenes.

DON ANTONIO

¿Qué me dices? ¿Don Hermógenes se casa?

PIPI

¡Vaya si se casa! Como que parece que la boda no se ha hecho ya porque el novio no tiene un cuarto, ni el poeta tampoco; pero le han dicho que con el dinero que le den por esta comedia y lo que ganará en la impresión, les pondrá la casa y pagará las deudas de don Hermógenes, que parece que son bastantes.

DON ANTONIO

Sí serán. ¡Cáspita si serán! Pero, ¿y si la comedia apesta, y, por consecuencia, ni se la pagan ni se vende? ¿Qué harán entonces?

PIPI

Entonces, ¿qué se yo? ¡Pero qué! No, señor. Si dice don Serapio que comedia mejor no se ha visto en tablas.

DON ANTONIO

¡Ah! Pues si don Serapio lo dice, no hay que temer. Es dinero contante, sin remedio.

Figúrate tú si don Serapio y el apuntador sabrán muy bien dónde les aprieta el zapato y cuál comedia es buena, y cuál deja de serlo.

PIPI

Eso digo yo; pero a veces... Mire usted, no hay paciencia. Ayer, ¡qué!, les hubiera dado con una tranca. Vinieron tres o cuatro a beber ponche, y empezaron a hablar de comedias. ¡Vaya! Yo no me puedo acordar de lo que decían. Para ellos no había nada bueno: ni autores, ni cómicos, ni vestidos, ni música, ni teatro. ¿Qué sé yo cuánto dijeron aquellos malditos? Y dale con el arte, la moral, y... Deje usted: las..., ¿si me acordaré? Las... ¡Válgame Dios! ¿Cómo decían? Las... las reglas... ¿Qué son las reglas?

DON ANTONIO

¡Hombre! Dificil es explicárselo. Reglas son unas cosas que usan allá los extranjeros, particularmente los franceses.

PIPI

Pues, ya decía yo: esto no es cosa de mi tierra.

DON ANTONIO

Sí tal. Aquí también se gastan, y algunos han escrito comedias con reglas. Bien que no

llegarán a media docena, por mucho que se estire la cuenta, las que se han compuesto.

PIPÍ

Pues ya se ve. Mire usted, ¡reglas! No faltaba más. ¿A que no tiene reglas la comedia de hoy?

DON ANTONIO

¡Oh! Eso, yo te lo fío. Bien puedes apostar ciento contra uno a que no las tiene.

PIPÍ

Y las demás que van saliendo cada día tampoco las tendrán. ¿No es verdad, usted?

DON ANTONIO

Tampoco. ¿Para qué? No faltaba otra cosa sino que para hacer una comedia se gastaran reglas. No, señor.

PIPÍ

¡Bien! ¡Me alegro! Dios quiera que pegue la de hoy, y luego verá usted cuántas escribe el bueno de don Eleuterio. Porque, lo que él dice: «Si yo pudiera ajustar con los cómicos a jornal, entonces...» ¡Ya se ve! Mire usted si con buen situado podía él...

DON ANTONIO

Cierto. (*Aparte.*) ¡Qué simplicidad!

se cambie lo que está aceptado por los mismos es que deja el bueno

PIPÍ

Entonces escribiría. ¡Qué! Todos los meses sacaría dos o tres comedias... Como es tan hábil...

DON ANTONIO

¿Conque es muy hábil, eh?

PIPÍ

¡Toma! ¡Poquito la quiere el segundo barba! Y si en él consistiera, ya se hubieran echado las cuatro a cinco comedias que tiene escritas; pero no han querido los otros, y, ya se ve, como ellos lo pagan, en diciendo «no nos ha gustado»... ¡vamos!, ¡qué diantres! Y luego, como ellos saben que es bueno, y, en fin, mire usted si ellos... ¿No es verdad?

DON ANTONIO

Pues ya.

PIPÍ

Pero deje usted, que aunque es la primera que le representan, me parece a mí que ha de dar golpe.

DON ANTONIO

¿Conque es la primera?

PIPÍ

La primera. ¡Si es mozo todavía! Yo me

acuerdo. Habrá cuatro o cinco años que estaba de escribiente ahí, en esa lotería de la esquina, y le iba muy ricamente; pero como después se hizo paje y el amo se le murió a lo mejor, y él se había casado en secreto con la doncella, y tenía dos criaturas, y después les han nacido otras dos o tres, viéndose él así, sin oficio ni beneficio, ni pariente, ni habiente, ha cogido y se ha hecho poeta.

DON ANTONIO

Y ha hecho muy bien.

PIPI

Pues ya se ve. Lo que él dice: «Si me sopla la musa, puedo ganar un pedazo de pan para mantener aquellos angelitos, y así ir trampeando hasta que Dios quiera abrir camino.»

ESCENA II

DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

DON PEDRO

Café.

(Don Pedro se sienta junto a una mesa, distante de don Antonio. Pipí le servirá el café.)

PIPI

Al instante.

DON ANTONIO

No me ha visto.

PIPÍ

¿Con leche?

DON PEDRO

No. Basta.

PIPÍ

¿Quién es éste?

(Al retirarse, después de haber servido el café a don Pedro.)

DON ANTONIO

Este es don Pedro de Aguilar, hombre muy rico, generoso, honrado, de mucho talento; pero de un carácter tan ingenuo, tan serio y tan duro, que le hace intratable a cuantos no son sus amigos.

Le veo venir aquí algunas veces; pero nunca habla. Siempre está de mal humor.

ESCENA III

DON SERAPIO, DON ELEUTERIO, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

DON SERAPIO

¡Pero, hombre, dejarnos así!

(Bajando por la escalera, salen por la puerta del foro.)

*Veamos a conocer
al personaje por el
indicated.*

DON ANTONIO

¡Si se lo he dicho a usted ya! La tonadilla que han puesto a mi función no vale nada, la van a silbar, y quiero concluir esta mía, para que la canten mañana.

DON SERAPIO

¿Mañana? ¿Conque mañana se ha de cantar y aún no están hechas ni letra ni música?

DON ELEUTERIO

Y aun esta tarde pudieran cantarla, si usted me apura. ¿Qué dificultad? Ocho a diez versos de introducción, diciendo que callen y atiendan, y chito. Después, unas cuantas coplillas del mercader que hurta, el peluquero que lleva papeles, la niña que está opilada, el cadete que se baldó en el portal, cuatro equivoquillos, etcétera, y luego se concluye con seguidillas de la tempestad, el canario, la pastorcilla y el arroyito. La música, ya se sabe cuál ha de ser: la que se pone en todas; o se añade o se quita un par de gorgoritos, y estamos al cabo de la calle.

DON SERAPIO

¡El diantre es usted, hombre! ¡Todo se lo halla hecho.

Don Eleuterio

DON ELEUTERIO

Voy, voy a ver si concluyo. Falta muy poco. Súbase usted.

(Don Eleuterio se sienta junto a una mesa inmediata al foro, y saca de la faltriquera papel y tintero, y escribe.)

DON SERAPIO

Voy allá; pero...

DON ELEUTERIO

Sí, sí, váyase usted, y si quieren más licor, que lo suba el mozo.

DON SERAPIO

Sí, siempre será bueno que lleven otro par de frasquitos más. Pipí.

PIPÍ

Señor...

DON SERAPIO

Palabra.

(Don Serapio habla en secreto a Pipí, y vuelve a irse por la puerta del foro. Pipí alcanza del aparador unos frasquitos, y se va por la misma parte.)

DON ANTONIO

¿Cómo va, amigo don Pedro?

(Don Antonio se sienta cerca de don Pedro.)



DON PEDRO

¡Oh, señor don Antonio! No había reparado en usted. ¿Va bien?

DON ANTONIO

¿Usted a estas horas por aquí? Se me hace extraño.

DON PEDRO

E efecto, lo es; pero he comido ahí cerca. A fin de mesa se armó una disputa entre dos literatos que apenas saben leer. Dijeron mil despropósitos, me fastidié y me vine.

DON ANTONIO

Pues con ese genio tan raro que usted tiene, se ve precisado a vivir como un ermitaño en medio de la corte.

DON PEDRO

No, por cierto. Yo soy el primero en los espectáculos, en los paseos, en las diversiones públicas; alterno los placeres con el estudio, tengo pocos, pero buenos amigos, y a ellos debo los más felices instantes de mi vida. Si en las concurrencias particulares soy raro algunas veces, siento serlo; pero, ¿qué le he de hacer? Yo no quiero mentir ni puedo disimular, y creo que el decir la verdad francamente es la prenda más digna de un hombre de bien.

DON ANTONIO

Sí; pero cuando la verdad es dura a quien ha de oírla, ¿qué hace usted?

DON PEDRO

Callo.

DON ANTONIO

¿Y si el silencio de usted le hace sospechoso?

DON PEDRO

Me voy.

DON ANTONIO

No siempre puede uno dejar el puesto, y entonces...

DON PEDRO

Entonces digo la verdad.

DON ANTONIO

Aquí mismo he oído hablar muchas veces de usted. Todos aprecian su talento su instrucción y su probidad; pero no dejan de extrañar la aspereza de su carácter.

DON PEDRO

¿Y por qué? Porque no vengo a predicar al café. Porque no vierto por la noche lo que leí por la mañana. Porque no despunto, ni ostento erudición ridícula, como tres, o

cuatro, o diez pedantes que vienen a perder el día y a excitar la admiración de los tontos y la risa de los hombres de juicio. ¿Por eso me llaman áspero y extravagante? Poco me importa. Yo me hallo bien con la opinión que he seguido hasta aquí de que en un café jamás debe hablar en público el que sea prudente.

DON ANTONIO

¿Pues qué debe hacer?

DON PEDRO

Tomar café.

DON ANTONIO

¡Viva! Pero, hablando de otra cosa, ¿qué plan tiene usted para esta tarde?

DON PEDRO

A la comedia.

DON ANTONIO

¿Supongo que irá usted a la pieza nueva?

DON ANTONIO

¿Qué, han mudado? Ya no voy.

maó, x.— c (iiJllf —a'c odar doñad rodñ

DON ANTONIO

Pero, ¿por qué? Vea usted sus rarezas.

*(Pipí sale por la puerta del foro con sal-
villa, copas y frasquillos, que dejará sobre
el mostrador.)*

DON PEDRO

¿Y usted me pregunta por qué? ¿Hay más que ver la lista de las comedias nuevas que se representan cada año, para inferir los motivos que tendré para no ver la de esta tarde?

DON ELEUTERIO

¡Hola! Parece que hablan de mi función.
(*Escuchando la conversación de don Antonio y don Pedro.*)

DON ANTONIO

De suerte que, o es buena, o es mala... Si es buena, se admira y se aplaude; si, por el contrario, está llena de sandeces, se ríe uno, se pasa el rato, y tal vez...

DON PEDRO

Tal vez me ha dado impulsos de tirar al teatro el sombrero, el bastón y el asiento, si hubiera podido. A mí me irrita lo que a usted le divierte. (*Guarda don Eleuterio papel y tintero, se levanta y se va acercando poco a poco, hasta ponerse en medio de los dos.*) Yo no sé: usted tiene talento y la instrucción necesaria para no equivocarse en materias de literatura; pero usted es el protector nato de todas las ridiculeces. Al paso que conoce usted y elogia las bellezas de una obra de

mérito, no se detiene en dar iguales aplausos a lo más disparatado y absurdo, y, con una rociada de pullas chufletas e ironías, hace usted creer al mayor idiota que es un prodigio de habilidad. Ya se ve, usted dirá que se divierte, pero amigo...

DON ANTONIO

Sí, señor, que me divierto. Y, por otra parte, ¿no sería cosa cruel ir repartiendo por ahí desengaños amargos a ciertos hombres, cuya felicidad estriba en su propia ignorancia? ¿Ni cómo es posible persuadirlos?...

DON ELEUTERIO

No, pues..., con permiso de ustedes..., la función de esta tarde es muy bonita, seguramente; bien puede usted ir a verla, que le doy mi palabra de que le ha de gustar.

DON ANTONIO

¿Es éste el autor?

(Don Antonio se levanta, y después de la pregunta que hace a Pipí, vuelve a hablar con don Eleuterio.)

PIPÍ

El mismo.

DON ANTONIO

¿Y de quién es? ¿Se sabe?

DON ELEUTERIO

Señor, es de un sujeto bien nacido, muy aplicado, de buen ingenio, que empieza ahora la carrera cómica. Bien que el pobrecillo no tiene protección.

DON PEDRO

Si es ésta la primera pieza que da al teatro, aun no puede quejarse; si ella es buena, agradará necesariamente, y un gobierno ilustrado como el nuestro, que sabe cuánto interesan a una nación los progresos de la literatura, no dejará sin premio a cualquier hombre de talento que sobresalga en un género tan difícil.

DON ELEUTERIO

Todo eso va bien; pero lo cierto es que el sujeto tendrá que contentarse con sus quince doblones, que le darán los cómicos si la comedia gusta, y muchas gracias.

DON ANTONIO •

¿Quince? Pues yo creí que eran veinticinco.

DON ELEUTERIO

No, señor. Ahora, en tiempo de calor, no se da más. Si fuera por el invierno..., entonces...

DON ANTONIO

¡Calle! ¿Conque empezando a helar va-

len más las comedias? Lo mismo sucede con los besugos.

(Don Antonio se pasea. Don Eleuterio, unas veces le dirige la palabra y otras se vuelve hacia don Pedro, que no le contesta ni le mira. Vuelve a hablar con don Antonio, parándose o siguiéndole, lo cual formará juego de teatro.)

DON ELEUTERIO

Pues mire usted: aun con ser tan poco lo que dan, el autor se ajustaría de buena gana, para hacer por el precio todas las funciones que necesitase la compañía; pero hay muchas envidias. Unos favorecen a éste, otros a aquél, y es menester una tecla para mantenerse en la gracia de los primeros vocales, que... ¡ya, ya! Y luego, como son tantos a escribir, y cada uno procura despachar su género, entran los empeños, las gratificaciones, las rebajas... Ahora mismo acaba de llegar un estudiante gallego, con unas alforjas llenas de piezas manuscritas: comedias, follas, zarzuelas, dramas, melodramas, loas, sainetes... ¿Qué sé yo cuánta ensalada trae allí? Y anda solicitando que los cómicos le compren todo el surtido, y da cada obra a trescientos reales una con otra. ¡Ya se ve!

¿Quién ha de poder competir con un hombre que trabaja tan barato?

DON ANTONIO

Es verdad, amigo. Ese estudiante gallego hará malísima obra a los autores de la corte.

DON ELEUTERIO

Malísima. Ya ve usted cómo están los comestibles.

DON ANTONIO

Cierto.

DON ELEUTERIO

Lo que cuesta un mal vestido que uno se haga.

DON ANTONIO

En efecto.

DON ELEUTERIO

El cuarto.

DON ANTONIO

¡Oh, sí, el cuarto! Los caseros son crueles.

DON ELEUTERIO

Y si hay familia...

DON ANTONIO

No hay duda; si hay familia, es cosa terrible.

DON ELEUTERIO

Vaya usted a competir con el otro tuno,

que con seis cuartos de callos y medio pan tiene el gasto hecho.

DON ANTONIO

¿Y qué remedio? Ahí no hay más sino arrimar el hombro al trabajo: escribir buenas piezas, darlas muy baratas, que se representen, que aturdan al público, y ver si se puede dar con el gallego en tierra. Bien que la de esta tarde es excelente, y para mí tengo que...

DON ELEUTERIO

¿La ha leído usted?

DON ANTONIO

No, por cierto.

DON PEDRO

¿La han impreso?

DON ELEUTERIO

Sí, señor. ¿Pues no se había de imprimir?

DON PEDRO

Pero no estará publicada.

DON ELEUTERIO

Sí, señor.

DON PEDRO

Mal hecho. Mientras no sufra el examen del público en el teatro, está muy expuesta, y, sobre todo, es demasiada confianza en un autor novel.

DON ANTONIO

¡Qué! No, señor. Si le digo a usted que es cosa muy buena. ¿Y dónde se vende?

DON ELEUTERIO

Se vende en los puestos del diario, en la librería de Pérez, en la de Izquierdo, en la de Gil, en la de Zurita y en el puesto de los cobradores a la entrada del coliseo. Se vende también en la tienda de vinos de la calle del Pez, en la del herbolario de la calle Ancha, en la jabonería de la calle del Lobo, en la..

DON PEDRO

¿Se acabá esta tarde esa relación?

DON ELEUTERIO

Como el señor preguntaba...

DON PEDRO

Pero no preguntaba tanto... ¡Si no hay paciencia!

DON ANTONIO

Pues la he de comprar, no tiene remedio.

PIPÍ

¡Si yo tuviera dos reales! ¡Voto va!

DON ELEUTERIO

Vela usted aquí.

(Saca del bolsillo una comedia impresa y se la da a don Antonio.)

DON ANTONIO

¡Oiga! ¿Es ésta? ¿A ver? Y ha puesto

su nombre. Bien, así me gusta; con eso la posteridad no se andará dando de calabazadas por averiguar la gracia del autor. (*Lee do Antonio.*) «Por don Eleuterio Crispín de Andorra... Salen el emperador Leopoldo, el rey de Polonia y Federico, senescal, vestidos de gala, con acompañamiento de damas y magnates y una brigada de húsares a caballo.» ¡Soberbia entrada! «Y dice el emperador:

Ya sabéis, vasallos míos,
que habrá dos meses y medio
que el turco puso a Viena
con sus tropas el asedio,
y que para resistirle
unimos nuestros denuedos,
dando nuestros nobles bríos
en repetidos encuentros
las pruebas más relevantes
de nuestros invictos pechos.»

¡Qué estilo tiene! ¡Cáspita! ¡Qué bien pone la pluma el pícaro!

Bien conozco que la falta
del necesario alimento
ha sido tal, que rendidos
de la hambre a los esfuerzos,
hemos comido ratones,
sapos y sucios insectos.»

Gran Júpiter
para las faldas
Monta

Estos insectos sucios serán regularmente arañas, polillas, moscones, correderas...

DON ELEUTERIO

Sí, señor.

DON ANTONIO

¡Estupendo potaje para un ventorrillo de Cataluña!

DON ELEUTERIO

¿Qué tal? ¿No le parece a usted bien la entrada? (*Hablando a don Pedro.*)

DON PEDRO

¡Eh! A mí, que...

DON ELEUTERIO

Me alegro que le guste a usted. Pero no, donde hay un paso muy fuerte es al principio del segundo acto. Búsquele usted... ahí... por ahí ha de estar. Cuando la dama se cae muerta de hambre.

DON ANTONIO

¿Muerta?

DON ELEUTERIO

Sí, señor; muerta, muerta.

DON ANTONIO

¡Qué situación tan cómica! ¿Y estas exclamaciones que hace aquí, contra quién son?

DON ELEUTERIO

Contra el visir, que la tuvo seis días sin comer, porque ella no quería ser su concubina.

DON ANTONIO

¡Pobrecita! ¡Ya se ve! El visir sería un bruto.

DON ELEUTERIO

Sí, señor.

DON ANTONIO

Hombre arrebatado, ¿eh?

DON ELEUTERIO

Sí, señor.

DON ANTONIO

Lascivo como un mico, feote de cara, ¿es verdad?

DON ELEUTERIO

Cierto.

DON ANTONIO

Alto, moreno, un poco bizco, grandes bigotes.

DON ELEUTERIO

Sí, señor. Lo mismo me lo he figurado yo.

DON ANTONIO

¡Enorme animal! Pues no, la dama no se

*Don Antonio conoce como para los ojos
más sin haberla leído y muestra la desconfianza*

muerde la lengua. ¡No es cosa cómo le pone!
Oiga usted, don Pedro.

DON PEDRO

No, por Dios. No lo lea usted.

DON ELEUTERIO

Es que es uno de los pedazos más terribles de la comedia.

DON PEDRO

Con todo eso.

DON ELEUTERIO

Lleno de fuego.

DON PEDRO

Ya.

DON ELEUTERIO

Buena versificación.

DON PEDRO

No importa.

DON ELEUTERIO

Que alborotará en el teatro si la dama lo esfuerza.

DON PEDRO

Hombre, si le he dicho ya que...



DON ANTONIO

Pero, a lo menos, el final del acto segundo es menester oírle.

(Lee don Antonio, y al acabar da la comedia a don Eleuterio.)

Emp. *Y en tanta que mis recelos...*

Visir. *Y mientras mis esperanzas...*

Senesc. *Y hasta que mis enemigos...*

Emp. *Averiguo.*

Visir. *Logre.*

Senesc. *Caigan.*

Emp. *Rencores, dadme favor.*

Visir. *No me dejes tolerancia.*

Senesc. *Demuedo, asiste a mi brazo.*

Todos. *Para que admire la patria
el más generoso ardid
y la más tremenda hazaña.*

DON PEDRO

Vamos, que no hay quien pueda sufrir tanto disparate.

(Se levanta impaciente, en ademán de irse.)

DON ELEUTERIO

¿Disparates los llama usted?

DON PEDRO

¿Pues no?

(Don Antonio observa a don Eleuterio y a don Pedro, y se ríe de entrambos.)

DON ELEUTERIO

¡Vaya, que es también demasiado! ¡Disparates! Pues no, no los llaman disparates los hombres inteligentes que han leído la comedia. Cierto que me ha chocado: ¡Disparates! Y no se ve otra cosa en el teatro todos los días, y siempre gusta, y siempre lo aplauden a rabiar.

DON PEDRO

¿Y esto se representa en una nación culta?

DON ELEUTERIO

¡Cuenta que me ha dejado contento la expresión! ¡Disparates!

DON PEDRO

¿Y esto se imprime, para que los extranjeros se burlen de nosotros?

DON ELEUTERIO

¡Llamar disparates a una especie de coro entre el emperador, el visir y el senescal! Yo no sé qué quieren estas gentes. Si hoy día no se puede escribir nada, que no se muerda y se censure... ¡Disparates! Cuidado que...

PIPÍ

No haga usted caso.

DON ELEUTERIO

(Hablando con Pipí hasta el fin de la escena.)

Yo no hago caso, pero me enfada que hablen así. Figúrate si la conclusión puede ser más natural ni más ingeniosa. El emperador está lleno de miedo por un papel que se ha encontrado en el suelo, sin firma ni sobrescrito, en que se trata de matarle. El visir está rabiando por gozar de la hermosura de Margarita, hija del conde de Strambagaum, que es el traidor...

PIPI

¡Calle! ¡Hay traidor también! ¡Cómo me gustan a mí las comedias en que hay traidor!

DON ELEUTERIO

Pues, como digo, el visir está loco de amores por ella; el senescal, que es hombre de bien, si los hay, no las tiene todas consigo, porque sabe que el conde anda tras de quitarle el empleo, y continuamente lleva chismes al emperador contra él; de modo que como cada uno de estos tres personajes está ocupado en su asunto, habla de ello, y no hay cosa más natural.

(Lee don Eleuterio. Lo suspende y se guarda la comedia.)

Y en tanto que mis recelos...

Y mientras mis esperanzas...

Y hasta que mis...

¡Ah, señor don Hermógenes, a qué buena ocasión llega usted!

(Sale don Hermógenes por la puerta del foro.)

ESCENA IV

DON HERMOGENES, DON ELEUTERIO, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

DON HERMÓGENES

Buenas tardes, señores.

DON PEDRO

A la orden de usted.

DON ANTONIO

Felicísimas, amigo don Hermógenes.

DON ELEUTERIO

Digo, me parece que el señor don Hermógenes será juez muy abonado *(Don Pedro se acerca a la mesa en que está el diario; lee para sí, y a veces presta atención a lo que hablan los demás.)* para decidir la cuestión que se trata: todo el mundo sabe su instrucción y lo que ha trabajado en los papeles periódicos, las traducciones

que ha hecho del francés, sus actos literarios y, sobre todo, la escrupulosidad y el rigor con que censura las obras ajenas. Pues yo quiero que nos diga...

DON HERMÓGENES

Usted me confunde con elogios que no merezco, señor don Eleuterio. Usted sólo es acreedor a toda alabanza, por haber llegado en su edad juvenil al pináculo del saber. Su ingenio de usted; el más ameno de nuestros días; su profunda erudición; su delicado gusto en el arte rítmico; su...

DON ELEUTERIO

Vaya, dejemos eso.

DON HERMÓGENES

Su docilidad, su moderación...

DON ELEUTERIO

Bien, pero aquí se trata solamente de saber si...

DON HERMÓGENES

Estas prendas sí que merecen admiración y encomio.

DON ELEUTERIO

Ya, eso sí; pero díganos usted lisa y llanamente si la comedia que hoy se representa es disparatada o no.

alaba lo que el otro deniega

DON HERMÓGENES

¿Disparatada? ¿Y quién ha prorrumpido en un aserto tan...?

DON ELEUTERIO

No hace al caso. Díganos usted lo que le parece, y nada más.

DON HERMÓGENES

Sí, diré; pero antes de todo conviene saber que el poema dramático admite dos géneros de fábula. *Sunt autem fabulae, aliae simplices, aliae implexae.* Es doctrina de Aristóteles. Pero lo diré en griego para mayor claridad: *Eisi de ton mithon oi men aploi oi de pēplegmenoi. Cai gar ai prexeis...*

DON ELEUTERIO

Hombre, pero si...

DON ANTONIO

Yo reviento.

(*Siéntase en una silla, haciendo esfuerzos por contener la risa.*)

DON HERMÓGENES

Cai gar ai praxeis on mimeseis oi...

DON ELEUTERIO

Pero...

DON HERMÓGENES

Miihoi eisin iparchousin...

DON ELEUTERIO

Pero si no es eso lo que a usted se le pregunta.

DON HERMÓGENES

Ya estoy en la cuestión. Bien que, para mejor inteligencia, convendría explicar lo que los críticos entienden por prótasis, epítasis, catástasis, catástrofe, peripecia, agnición o anagnórisis, partes necesarias de toda buena comedia, y que, según Escalígero, Vossio, Dacier, Marmontel, Castelvetro y Daniel Heinsio...

DON ELEUTERIO

Bien, todo eso es admirable; pero...

DON PEDRO

Este hombre es loco.

DON HERMÓGENES

Si consideramos el origen del teatro, hallaremos que los megareos, los sículos y los atenienses...

DON ELEUTERIO

Don Hermógenes, por amor de Dios, si no...

DON HERMÓGENES

Véanse los dramas griegos, y hallaremos que Anaxippo, Anaxándrides, Eúpolis, An-

típhanes, Philipides, Cratino, Crates, Epícrates, Menecrates y Pherecrates...

DON ELEUTERIO

Si le he dicho a usted que...

DON HERMÓGENES

Y los más celebérrimos dramaturgos de la edad pretérita, todos, todos, convinieron, *némine discrepante*, en que la prótasis debe preceder a la catástrofe necesariamente. Es

DON PEDRO

así que la comedia del *Cerco de Viena*...

Adiós, señores.

(*Se encamina hacia la puerta. Don Antonio se levanta y procura detenerle.*)

DON ANTONIO

¿Se va usted, don Pedro?

DON PEDRO

¿Pues quién, sino usted, tendrá frescura para oír eso?

DON ANTONIO

Pero si el amigo don Hermógenes nos va a probar con la autoridad de Hipócrates y Martín Lutero que la pieza consabida, lejos de ser un desatino...

DON HERMÓGENES

Ese es mi intento: probar que es un acéfalo insipiente cualquiera que haya dicho

que la tal comedia tiene irregularidades absurdas; y yo aseguro que delante de mí ninguno se hubiera atrevido a propalar tal aserción.

DON PEDRO

Pues yo delante de usted la propalo, y le digo que por lo que el señor ha leído de ella y por ser usted el que la abona, infiero que ha de ser cosa detestable; que su autor será un hombre sin principios ni talento, y que usted es un erudito a la violeta, presumido y fastidioso hasta no más. Adiós, señores. *(Hace que se va y vuelve.)*

DON ELEUTERIO

(Señalando a don Antonio.)

Pues a este caballero le ha parecido muy bien lo que ha visto de ella.

DON PEDRO

A ese caballero le ha parecido muy mal; pero es hombre de buen humor y gusta de divertirse. A mí me lastima en verdad la suerte de estos escritores que entontecen al vulgo con obras tan desatinadas y monstruosas, dictadas, más que por el ingenio, por la necesidad o la presunción. Yo no conozco al autor de esa comedia ni sé quién es; pero si ustedes, como parece, son amigos

suyos, díganle en caridad que se deje de escribir tales desvaríos; que aún está a tiempo, puesto que es la primera obra que publica; que no le engañe el mal ejemplo de los que deliran a destajo; que siga otra carrera en que, por medio de un trabajo honesto, podrá socorrer sus necesidades y asistir a su familia, si la tiene. Díganle ustedes que el teatro español tiene de sobra autorcillos chanflones que le abastezcan de mamarrachos; que lo que necesita es una reforma fundamental en todas sus partes, y que, mientras ésta no se verifique, los buenos ingenios que tiene la nación, o no harán nada, o harán lo que únicamente basta para manifestar si saben escribir con acierto, y que no quieren escribir. /

DON HERMÓGENES

Bien dice Séneca, en su epístola diez y ocho que... *→ pedante*

DON PEDRO

Séneca dice en todas sus epístolas que usted es un pedantón ridículo a quien yo no puedo aguantar. Adiós, señores.

ESCENA V

DON ANTONIO, DON ELEUTERIO, DON HERMÓGENES, PIPÍ.

DON HERMÓGENES

¡Yo pedantón! (*Encarándose hacia la puerta por donde se fué don Pedro. Don Eleuterio se pasea inquieto por el teatro.*) Yo, que he compuesto siete prolusiones grecolatinas sobre los puntos más delicados del Derecho!

DON ELEUTERIO

¡Lo que él entenderá de comedias cuando dice que la conclusión del segundo acto es mala!

DON HERMÓGENES

El será el pedante.

DON ELEUTERIO

¡Hablar así de una pieza que ha de durar lo menos quince días! Y si empieza a llover...

DON HERMÓGENES

Yo estoy graduado en leyes, y soy opositor a cátedras, y soy académico, y no he querido ser dómine de Píoz.

DON ANTONIO

Nadie pone en duda el mérito de usted, señor don Hermógenes; nadie. Pero esto ya se acabó, y no es cosa de acalorarse.

cada uno habla de su modo

DON ELEUTERIO

Pues la comedia ha de gustar, mal que le pese.

DON ANTONIO

Sí, señor, gustará. Voy a ver si le alcanzo, y *velis nolis*, he de hacer que la vea para castigarle.

DON ELEUTERIO

Buen pensamiento; sí, vaya usted.

DON ANTONIO

En mi vida he visto locos más locos.

ESCENA VI

DON HERMÓGENES, DON ELEUTERIO.

DON ELEUTERIO

¡Llamar detestable a la comedia! ¡Vaya, que estos hombres gastan un lenguaje que da gozo oírle!

DON HERMÓGENES

Aquila non capit muscas, don Eleuterio. Quiero decir que no haga usted caso. A la sombra del mérito crece la envidia. A mí me sucede lo mismo. Ya ve usted si yo sé algo...

DON ELEUTERIO

¡Oh!

DON HERMÓGENES

Digo, me parece que, sin vanidad, pocos habrá que...

→ envidia

DON ELEUTERIO

Ninguno. Vamos, tan completo como usted, ninguno.

DON HERMÓGENES

Que reúnan el ingenio a la erudición, la aplicación al gusto, del modo que yo, sin alabarme, he llegado a reunirlos. ¿Eh?

DON ELEUTERIO

Vaya, de eso no hay que hablar; es más claro que el sol que nos alumbra.

DON HERMÓGENES

Pues bien, a pesar de eso hay quien me llama pedante, y casquivano, y animal cuadrúpedo. Ayer, sin ir más lejos, me lo dijeron en la Puerta del Sol delante de cuarenta o cincuenta personas.

DON ELEUTERIO

¡Picardía! ¿Y usted qué hizo?

DON HERMÓGENES

Lo que debe hacer un gran filósofo. Callé, tomé un polvo y me fuí a oír una misa a la Soledad.

DON ELEUTERIO

Envidia, todo envidia. ¿Vamos arriba?

DON HERMÓGENES

Esto lo digo para que usted se anime, y le aseguro que los aplausos que... Pero dígame usted, ¿ni siquiera una onza de oro

le han querido adelantar a usted a cuenta de los quince doblones de la comedia?

DON ELEUTERIO

Nada, ni un ochavo. Ya sabe usted las dificultades que ha habido para que esa gente la reciba. Por último, hemos quedado en que no han de darme nada hasta ver si la pieza gusta o no.

DON HERMÓGENES

¡Oh, corvas almas! Y precisamente en la ocasión más crítica para mí. Bien dice Tito Livio que cuando...

DON ELEUTERIO

¿Pues qué hay de nuevo?

DON HERMÓGENES

Ese bruto de mi casero... El hombre más ignorante que conozco. Por año y medio que le debo de alquileres me pierde el respeto, y me amenaza...

DON ELEUTERIO

No hay que afligirse. Mañana o el otro es regular que me den el dinero; pagaremos a ese bribón; y si tiene usted algún pivo en la hostería, también se...

DON HERMÓGENES

Sí, aún hay un piquillo. Cosa corta.

verdadera Ramón de P. Escobedo

DON ELEUTERIO

Pues bien, con la impresión lo menos ganaré cuatro mil reales.

DON HERMÓGENES

Lo menos. Se vende toda, seguramente.

(Váse Pipi por la puerta del foro.)

DON ELEUTERIO

Pues con ese dinero saldremos de apuros. Se adornará el cuarto de nuevo: unas sillas, una cama y algún otro chisme. Se casa usted. Mariquita, como usted sabe, es aplicada, hacedosilla y muy mujer. Ustedes estarán en en mi casa continuamente. Yo iré dando las otras cuatro comedias, que, pegando la de hoy, las recibirán los cómicos con palio. Pillo la moneda, las imprimo, se venden: entretanto ya tendré algunas hechas en el telar. Vaya, no hay que temer. Y sobre todo, usted saldrá colocado de hoy a mañana: una intendencia, una toga, una embajada. ¡qué sé yo! Ello es que el ministro le estima a usted. ¿No es verdad?

DON HERMÓGENES

Tres visitas le hago cada día.

DON ELEUTERIO

Sí, apretarle, apretarle. Subamos arriba, que las mujeres ya estarán...

*conocemos otro personaje
por el nombre no se da.*

DON HERMÓGENES

Diez y siete memoriales le he entregado la semana última.

DON ELEUTERIO

¿Y qué dice?

DON HERMÓGENES

En uno de ellos puse por lema aquel celebrísimo dicho del poeta: *Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas regunque turres.*

DON ELEUTERIO

¿Y qué dijo cuando leyó eso de las tabernas?

DON HERMÓGENES

Qué bien: que ya estaba enterado de mi solicitud.

DON ELEUTERIO

¡Pues no le digo a usted! Vamos, eso está conseguido.

DON HERMÓGENES

Mucho lo deseo, para que a este consorcio apetecido acompañe el episodio de tener que comer, puesto que *sine Cerere et Bacho friget Venus*. Y entonces, ¡oh, entonces!... Con un buen empleo y la blanca mano de Mariquita, ninguna otra cosa me queda que apetecer sino que el cielo me conceda numerosa y masculina sucesión.

(*Vanse por la puerta del foro.*)

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, DON SERAPIO, DON HERMÓGENES, DON ELEUTERIO.

(Salen por la puerta del foro.)

DON SERAPIO

El trueque de los puñales, créame usted, es de lo mejor que se ha visto.

DON ELEUTERIO

¿Y el sueño del emperador?

DOÑA AGUSTINA

¿Y la oración que hace el visir a sus ídolos?

DOÑA MARIQUITA

Pero a mí me parece que no es regular que el emperador se durmiera, precisamente en la ocasión más...

DON HERMÓGENES

Señora, el sueño es natural en el hombre, y no hay dificultad en que un emperador se duerma, porque los vapores húmedos que suben al cerebro...

DOÑA AGUSTINA

¿Pero hace usted caso de ella? ¡Qué tontería! ¡Si no sabe lo que se dice! Y, a todo esto, ¿qué hora tenemos?

DON SERAPIO

Serán... Deje usted. Podrán ser ahora...

DON HERMÓGENES

Aquí está mi reloj (*Saca su reloj*), que es puntualísimo. Tres y media cabales.

DOÑA AGUSTINA

¡Oh! Pues aún tenemos tiempo. Sentémonos, una vez que no hay gente.

(*Siéntanse todos, menos don Eleuterio.*)

DON SERAPIO

¿Qué gente ha de haber? Si fuera en otro cualquier día... Pero hoy todo el mundo va a la comedia.

DOÑA AGUSTINA

Estará lleno, lleno.

DON SERAPIO

Habrá hombre que dar  esta tarde dos medallas por un asiento de luneta.

DON ELEUTERIO

Ya se ve... Comedia nueva, autor nuevo y...

DOÑA AGUSTINA

Y que ya la habrán leído muchísimos y sabrán lo que es.   Vaya! No cabrá un alfiler, aunque fuera el coliseo siete veces más grande.

DON SERAPIO

Hoy los chorizos se mueren de frío y de miedo. Ayer noche apostaba yo al marido de la graciosa seis onzas de oro a que no tienen esta tarde en su corral cien reales de entrada.

DON ELEUTERIO

  Conque la apuesta se hizo, en efecto, eh?

DON SERAPIO

No llegó el caso, porque yo no tenía en el bolsillo más que dos reales y unos cuartos. Pero,   cómo los hice rabiar! Y qué...

DON ELEUTERIO

Soy con ustedes; voy aquí a la librería, y vuelvo.

DOÑA AGUSTINA

  A qué?

DON ELEUTERIO

¿No te lo he dicho? Si encargué que me trajesen ahí la razón de lo que va vendido, para que...

DOÑA AGUSTINA

Sí, es verdad. Vuelve presto.

DON ELEUTERIO

Al instante. (*Vase.*)

DOÑA MARIQUITA

¡Qué inquietud! ¡Qué ir y venir! No para este hombre.

DOÑA AGUSTINA

Todo se necesita, hija; y si no fuera por su buena diligencia y lo que él ha minado y revuelto, se hubiera quedado con su comedia escrita y su trabajo perdido.

DOÑA MARIQUITA

¿Y quién sabe lo que sucederá todavía, hermana? Lo cierto es que yo estoy en brasas porque, vaya, si la silban, yo no sé lo que será de mí.

DOÑA AGUSTINA

¿Pero por qué la han de silbar, ignorante? ¡Qué tonta eres y qué falta de comprensión!



DOÑA MARIQUITA

Pues siempre me está usted diciendo eso.
(Sale Pipí por la puerta del foro con platos, botellas, etc. Lo deja todo sobre el mostrador, y vuelve a irse por la misma parte.)

Vaya, que algunas veces me... ¡Ay, don Hermógenes! No sabe usted qué ganas tengo de ver estas cosas concluídas y poderme ir a comer un pedazo de pan con quietud a mi casa, sin tener que sufrir tales sinrazones.

DON HERMÓGENES

↓ No el pedazo de pan, sino ese hermoso pedazo de cielo, me tiene a mí impaciente hasta que se verifique el suspirado consorcio.

DOÑA MARIQUITA

¡Suspirado, sí, suspirado! ¡Quién le creyera a usted!

DON HERMÓGENES

¿Pues quién ama tan de veras como yo?
 ¿Cuándo ni Píramo, ni Marco Antonio, ni ni los Ptolomeos egipcios, ni todos los seleúcidas de Asiria sintieron jamás un amor comparable al mío?

DOÑA AGUSTINA

¡Discreta hipérbole! ¡Viva, viva! Respóndele, bruta.

No se sale a la
 vereda de la casa

DOÑA MARIQUITA

¿Qué he de responder, señora, si no le he he entedido una palabra?

DOÑA AGUSTINA

¡Me desespera!

DOÑA MARIQUITA

Pues digo bien. ¿Qué sé yo quién son esas gentes de quien está hablando? Mire usted, para decirme: "Mariquita, yo estoy deseando que nos casemos. Así que su hermano de usted coja esos cuartos, verá usted cómo todo se dispone; porque la quiero a usted mucho, y es usted muy guapa muchacha, y tiene usted unos ojos muy peregrinos, y..." ¿qué sé yo? Así, las cosas que dicen los hombres.

DOÑA AGUSTINA

Sí, los hombres ignorantes, que no tienen crianza, ni talento, ni saben latín.

DOÑA MARIQUITA

¡Qué latín! Maldito sea su latín. Cuando le pregunto cualquier friolera, casi siempre me responde en latín, y para decir que se quiere casar conmigo me cita tantos autores... ¡Mire usted qué entenderán los autores de eso, ni qué les importará a ellos que que nosotros nos casemos o no!

DOÑA AGUSTINA

mujer majadera

¡Qué ignorancia! Vaya, don Hermógenes, lo que he dicho a usted: es menester que usted se dedique a instruir y descortezarla, porque, la verdad, esa estupidez me avergüenza. Yo bien sabe Dios que no he podido más; ya se ve; ocupada continuamente en ayudar a mi marido en sus obras: corregirlas (coyo usted habrá visto muchas veces); en sugerirle ideas a fin de que salgan con la debida perfeccion, no he tenido tiempo para emprender su enseñanza. Por otra parte, es increíble lo que aquellas criaturas me molestan. El uno, que llora; el otro, que quiere mamar; el otro, que rompió la taza; el otro, que cayó de la silla, me tienen continuamente afanada. Vaya, yo lo he dicho mil veces: para las mujeres instruídas es un tormento la fecundidad.

DOÑA MARIQUITA

¡Tormento! ¡Vaya, hermana, que usted es singular en todas sus cosas! Pues si yo me caso, bien sabe Dios que...

DOÑA AGUSTINA

Calla, majadera, que vas a decir un disparate.

DON HERMÓGENES

Yo la instruiré en las ciencias abstractas; la enseñaré la prosodia, haré que copie a ratos perdidos el *Arte Magna*, de Raimundo Lulio, y que me recite de memoria todos los martes dos o tres hojas del *Diccionario* de Rubiños. Después aprenderá los logaritmos y algo de la estética; después...

DOÑA MARIQUITA

Después me dará un tabardillo pintado, y me llevará Dios. ¡Se habrá visto tal empeño! No, señor. Si soy ignorante, buen provecho me haga. Yo sé escribir y ajustar una cuenta, sé guisar, sé planchar, sé coser, sé zurcir, sé bordar, sé cuidar de una casa; yo cuidaré de la mía y de mi marido y de mis hijos, y yo me los criaré. Pues, señor, ¿no sé bastante? ¡Que por fuerza he de ser doctora y marisabidilla y que he de aprender la gramática, y que he de hacer coplas! ¿Para qué? ¿Para perder el juicio? Que permita Dios si no me parece casa de locos la nuestra desde que mi hermano ha dado en esas manías. Siempre disputando marido y mujer sobre si la escena es larga o corta, siempre contando las letras por los dedos para el lance a obscuras ha de ser antes que la

batalla o después del veneno, y manoseando continuamente gacetitas y mercurios para saber si los versos están cabales o no; si buscar nombres bien extravagantes, que casi todos acaben en *of* y en *graf*, para embutir con ellos sus relaciones... Y, entretanto, ni se barre el cuarto, ni la ropa se lava, ni las medias se cosen, y, lo que es peor, ni se come ni se cena. ¿Qué le parece a usted que comimos el domingo pasado, don Serapio?

DON SERAPIO

Yo, señora, ¿cómo quiere usted que...?

DOÑA MARIQUITA

Pues lléveme Dios si todo el banquete no se redujo a libra y media de pepinos, bien amarillos y bien gordos, que compré a la puerta, y un pedazo de rosca que sabró del día anterior. Y éramos seis bocas a comer, que el más desganado se hubiera engullido un cabrito y media hornada sin levantarse del asiento.

DOÑA AGUSTINA

Esta es su canción. Siempre quejándose de que no come y trabaja mucho. Menos como y más trabajo en un rato que me ponga a corregirse alguna escena o arreglar la ilusión de una catástrofe, que tú cosiendo y fregando u

*Las charreadas
decurridas con
fuerza*

ocupada en otros ministerios viles y mecánicos.

DON HERMÓGENES

—Sí, Mariquita, sí; en eso tiene razón mi señora doña Agutsina. Hay gran diferencia de un trabajo a otro, y los experimentos cotidianos nos enseñan que toda mujer que es literata y sabe hacer versos, *ipso facto* se halla exonerada de las obligaciones domésticas. Yo lo probé en una disertación que lei a la Academia de los Cinocéfalos. Allí sostuve que los versos se confeccionan con la glándula pineal, y los calzoncillos, con los tres dedos llamados *pollex*, *index* e *infamis*, que es decir que para lo primero se necesita toda la argucia del ingenio, cuando para lo segundo basta sólo la costumbre de la mano. Y concluí, a satisfacción de todo mi auditorio, que es más difícil hacer un soneto que pegar un hombrillo, y que más elogio merece la mujer que sepa componer décimas y redondillas que la que sólo es buena para hacer un pisto con tomate, un ajo de pollo o un carnero verde.

DOÑA MARIQUITA

—Aun por eso en mi casa no se gastan pistos, ni carneros verdes, ni pollos, ni ajos. Ya

se ve: en comiendo versos, no se necesita
cocina.

DON HERMÓGENES

Bien está, sea lo que usted quiera, idolo mío; pero si hasta ahora se ha padecido alguna estrechez (*angustam pauperiem*, que dijo el profano), de hoy en adelante será otra cosa.

DOÑA MARIQUITA

¿Y qué dice el profano? ¿Que no silbarán esta tarde la comedia?

DON HERMÓGENES

No, señora; la aplaudirán.

DON SERAPIO

Durará un mes, y los cómicos se cansarán de representarla.

DOÑA MARIQUITA

No, pues no decían eso ayer los que encontramos en la botillería. ¿Se acuerda usted, hermana? Y aquél más alto, a fe que no se mordía la lengua.

DON SERAPIO

¿Alto? ¿Uno alto, eh? Ya le conozco. (*Se levanta.*) ¡Picarón, vicioso! Uno de capa, que tiene un chirlo en las narices ¡Bribón! Ese es un oficial de guarnicionero, muy apasionado de la otra compañía. ¡Alborotador!

Que él fué el que tuvo la culpa de que silbaran la comedia de *El monstruo más espantable del Ponto de Calidonia*, que la hizo un sastre pariente de un vecino mio; pero yo le aseguro al...

DOÑA MARIQUITA

¿Qué tonterías está usted ahí diciendo? Si no es ese de quien yo hablo.

DON SERAPIO

Sí, uno alto, mala traza, con una señal que le coge...

DOÑA MARIQUITA

Si no es ese.

DON SERAPIO

¡Mayor gatallón! ¡Y qué mala vida dió a su mujer! ¡Pobrecita! ¡Lo mismo la trataba que a un perro!

DOÑA MARIQUITA

Pero si no es ese, ¡dale! ¿A qué viene cansarse? Este era un caballero muy decente, que no tiene ni capa, ni chirlo, ni se parece en nada al que usted nos pinta.

DON SERAPIO

¡Ya! Pero voy al decir. ¡Unas ganas tengo de pillar al tal guarnicionero! No irá esta tarde al patio, que si fuera... ¡eh!... Pero el otro día, ¡qué cosas le dijimos allí, en la

plazuela de San Juan! Empeñado en que la otra compañía es la mejor y que no hay quien la tosa. ¿Y saben ustedes (*vuelve a sentarse*) por qué es todo ello? Porque los domingos por la noche se van él y otros de su pelo a casa de la Ramírez, y allí se están retozando en el recibimiento con la criada; después la sacan un poco de queso o unos pimientos en vinagre, o así, y luego se van a palmotear como desesperados a las barandillas y al degolladero. Pero no hay remedio; ya estamos prevenidos los apasionados de acá, y a la primera comedia que echen en el otro corral, ¡zas!, sin remisión, a silbidos se ha de hundir la casa. A ver...

DOÑA MARIQUITA

¿Y si ellos nos ganasen por la mano y hacen con la de hoy otro tanto?

DOÑA AGUSTINA

¡Sí! ¡Te parecerá que tu hermano es lerdo y que ha trabajado poco estos días para que no le suceda un chasco! El se ha hecho ya amigo de los principales apasionados del otro corral, ha estado con ellos, les ha recomendado la comedia y les ha prometido que la primera que componga será para su compañía. Además de eso, la dama de allá le quie-

re mucho; él va todos los días a su casa a ver si se la ofrece algo, y cualquier cosa que allí ocurre, nadie la hace sino mi marido. Don Eleuterio, tráigame usted un par de libras de manteca. Do.n Eleuterio, eche usted un poco de alpiste a ese canario. Don Eleuterio, dé usted una vuelta por la cocina y vea usted si empieza a espumar aquel puchero. Y él, ya se ve, lo hace todo con una prontitud y un agrado que no hay más que pedir, porque, en fin, el que necesita es preciso que... Y, por otra parte, como él, bendito sea Dios, tiene tal gracia para cualquier cosa y es tan servicial con todo el mundo... ¡Qué silbar!... No, hija, no hay que temer; a buenas aldabas se ha agarrado él para que le silben.

DON HERMÓGENES

Y, sobre todo, el sobresaliente mérito del drama bastaría a imponer taciturnidad y admiración a la turba más garrula, más desenfrenada e insipiente.

DOÑA AGUSTINA

Pues ya se ve. Figúrese usted una comedia heroica como ésta, con más de nueve lances que tiene. Un desafío a caballo por el patio, tres batallas, dos tempestades, un en-

tierra, una función de máscara, un incendio de ciudad, un puente roto, dos ejercicios de fuego y un ajusticiado. Figúrese usted si esto ha de gustar precisamente.

DON SERAPIO

¡Toma si gustará!

DON HERMÓGENES

Aturdira.

DON SERAPIO

Se despoblará Madrid por ir a verla.

DOÑA MARIQUITA

Y a mí me parece que unas comedias así debían representarse en la plaza de toros.

ESCENA II

DON ELEUTERIO, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, DON SERAPIO, DON HERMÓGENES.

DOÑA AGUSTINA

Y bien, ¿qué dice el librero? ¿Se despachan muchas?

DON ELEUTERIO

Hasta ahora...

DOÑA AGUSTINA

Deja, me parece que voy a acertar: habrá vendido... ¿Cuándo se pusieron los carteles?

DON ELEUTERIO

Ayer por la mañana. Tres o cuatro hice poner en cada esquina.

DON SERAPIO

¡Ah! Y cuide usted (*levántase*) que les pongan buen engrudo, porque si no...

DON ELEUTERIO

¡Sí, que no estoy en todo! Como que yo mismo le hice con esa mira, y lleva una buena parte de cola.

DOÑA AGUSTINA

El diario y la gaceta la han anunciado ya. ¿Es verdad?

DON HERMÓGENES

En términos precisos.

DOÑA AGUSTINA

Pues irán vendidos... quinientos ejemplares...

DON SERAPIO

¡Qué friolera! Y más de ochocientos también:

DOÑA AGUSTINA

¿He acertado?

DON SERAPIO

¿Es verdad que pasan de ochocientos?

DON ELEUTERIO

No, señor; no es verdad. La verdad es

*Exageran las cifras para poder
utilizarlas todavía más.*

que hasta ahora, según me acaban de decir, no se han despachado más que tres ejemplares, y esto me da malísima espina.

○ DON SERAPIO

¿Tres no más? Harto poco es.

○ DOÑA AGUSTINA

Por vida mía que es bien poco.

○ DON HERMOGENES

Distingo. Poco, absolutamente hablando, niego; respectivamente, concedo, porque nada hay que sea ni poco ni mucho *per se*, sino respectivamente. Y así, si los tres ejemplares vendidos constituyen una cantidad tercia, con relación a nueve, y bajo este respecto los dichos tres ejemplares se llaman poco, también estos mismos tres ejemplares, relativamente a uno, componen una triplicada cantidad, a la cual podemos llamar mucho, por la diferencia que va de uno a tres. De donde concluyo que no es poco lo que se ha vendido, y que es falta de ilustración sostener lo contrario.

○ DOÑA AGUSTINA

Dice bien, ¡muy bien!

○ DON SERAPIO

¡Qué! ¡Si en poniéndose a hablar este hombre!...

DOÑA MARIQUITA

Pues en poniéndose a hablar probará que lo blanco es verde y que dos y dos son veinticinco. Yo no entiendo tal modo de sacar cuentas... Pero, al cabo y al fin, las tres comedias que se han vendido hasta ahora, ¿serán más que tres?

DON ELEUTERIO

Es verdad, y en suma, todo el importe no pasará de seis reales.

DOÑA MARIQUITA

¡Pues seis reales, cuando esperábamos montes de oro con la tal impresión!... Ya voy viendo que si mi boda no se ha de hacer hasta que todos esos papelotes se despachen, me llevarán con palma a la sepultura. (Llorando.) ¡Pobrecita de mí!

DON HERMÓGENES

No así, hermosa Mariquita, desperdicie usted el tesoro de perlas que una y otra luz derraman.

DOÑA MARIQUITA

¡Perlas! Si yo supiera llorar perlas, no tendría mi hermano necesidad de escribir disparates.

*todos aplauden a don
hermógenes menos
Mariquita*

*esto quiere
casar*

ESCENA III

DON ANTONIO, DON ELEUTERIO, DON HERMÓGENES, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA.

DON ANTONIO

A la orden de ustedes, señores.

DON ELEUTERIO

¿Pues cómo tan presto? ¿No dijo usted que iría a ver la comedia?

DON ANTONIO

En efecto, he ido. Allí queda don Pedro.

DON ELEUTERIO

¿Aquel caballero de tan mal humor?

DON ANTONIO

El mismo. Que quieras que no, le he acomodado. (*Se le Pipí por la puerta del foro, con un canastillo de manteles, cubiertos, etcétera y lo pone sobre el mostrador.*) en el palco de unos amigos. Yo creí tener luneta segura; ¡pero qué!, ni luneta, ni palcos, ni tertulia, ni cubillos. No hay asientos por ninguna parte.

DOÑA AGUSTINA

¡Si lo dije!

DON ANTONIO

Es mucha la gente que hay.

DON ELEUTERIO

Pues no, no es cosa de que usted se quede sin verla. Yo tengo palco. Véngase usted con nosotros, y todos nos acomodaremos.

DOÑA AGUSTINA

Sí, puede usted venir con toda satisfacción, caballero.

DON ANTONIO

Señora, doy a usted mil gracias por su atención; pero ya no es cosa de volver allá. Cuando yo salí se empazaba la primer tonadilla; conque...

DON SERAPIO

¿La tonadilla? (*Se levantan todos.*)

DOÑA MARIQUITA

¿Qué dice usted?

DON ELEUTERIO

¿La tonadilla?

DOÑA AGUSTINA

¿Pues cómo han empezado tan presto?

DON ANTONIO

No, señora. Han empezado a la hora regular.

DOÑA AGUSTINA

No puede ser. Si ahora serán...

DON HERMÓGENES

Yo lo diré (*Saca el reloj*): las tres y media en punto.

DOÑA MARIQUITA

¡Hombre! ¿Qué tres y media? Su reloj de usted está siempre en las tres y media.

DOÑA AGUSTINA

A ver... (*Toma el reloj de don Hermógenes, le aplica al oído y se lo vuelve.*) ¡Si está parado!

DON HERMÓGENES

Es verdad. Esto consiste en que la elasticidad del muelle espiral...

DOÑA MARIQUITA

Consiste en que está parado y nos ha hecho usted perder la mitad de la comedia. Vamos, hermana.

DOÑA AGUSTINA

Vamos.

DON ELEUTERIO

¡Cuidado que es cosa particular! ¡Voto va sanes! La casualidad de...

DOÑA MARIQUITA

Vamos pronto ¿Y mi abanico?

DON SERAPIO

Aquí está.

DON ANTONIO

Llegarán ustedes al segundo acto.

DOÑA MARIQUITA

Vaya, que este don Hermógenes...

DOÑA AGUSTINA

Quede usted con Dios, caballero.

DOÑA MARIQUITA

Vamos a prisa.

DON ANTONIO

Vayan ustedes con Dios.

DON SERAPIO

A bien que cerca estamos.

DON ELEUTERIO

Cierto que ha sido chasco estarnos así fiados en...

DOÑA MARIQUITA

Fiados en el maldito reloj de don Hermógenes.

Rapidez de acción

ESCENA IV

DON ANTONIO, PIPÍ.

DON ANTONIO

¿Conque estas dos son la hermana y la mujer del autor de la comedia?

PIPÍ

Si, señor.

DON ANTONIO

¡Qué paso llevan! Ya se ve: se baron del reloj de don Hermógenes...

PIPÍ

Pues yo no sé qué será; pero desde la ventana de arriba se ve salir mucha gente del coliseo.

DON ANTONIO

Serán los del patio, que estarán sofocados. Cuando yo me vine quedaban dando voces para que les abriesen las puertas. El calor es muy grande, y, por otra parte, meter cuatro donde no caben más que dos, es un despropósito; pero lo que importa es cobrar a la puerta, y los demás que revienten dentro.

ESCENA V

DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

DON ANTONIO

¡Calle! ¿Ya está usted por acá? Pues y la comedia, ¿en qué estado queda?

DON PEDRO

¡Hombre, no me hable usted de la comedia (*Se sienta.*), que no he tenido rato peor muchos meses ha!

DON ANTONIO

¿Pues qué ha sido de ello?
(*Sentándose junto a don Pedro.*)

DON PEDRO

¿Qué ha de ser? Que he tenido que sufrir, gracias a la recomendación de usted, casi todo el primer acto, y, por añadidura, una tonadilla insípida y desvergonzada, como es costumbre. Hallé la ocasión de escapar, y la aproveché.

DON ANTONIO

¿Y qué tenemos en cuanto al mérito de la pieza?

DON PEDRO

Que cosa peor no se ha visto en el tea-

tro, desde que las musas de guardilla le abastecen... En fin, ya salí...; y, sobre todo, yo me tengo la culpa de haber cedido a la oportunidad de usted... ¡Si tengo hecho propósito firme de no ir jamás a ver esas tonterías!... A mí no me divierten. Al contrario, me llenan de ... No, señor; menos me enfada cualquiera de nuestras comedias antiguas, por malas que sean. Están desarregladas, tienen disparates; pero aquellos disparates y aquel desarreglo son hijos del ingenio, no de la estupidez. Tienen defectos enormes, es verdad; pero entre estos defectos se hallan cosas que, por vida mía, tal vez suspenden y conmueven al espectador, en términos de hacerle olvidar o disculpar cuantos desaciertos han precedido. Ahora compare usted nuestros autores adocenados del día con los antiguos, y dígame si no valen más Calderón, Solís, Rojas, Moreto cuando deliran, que estotros cuando quieren hablar en razón.

Critica comedias

DON ANTONIO

La cosa es tan clara, señor don Pedro, que no hay nada que oponer a ella; pero dígame usted, el pueblo, el pobre pueblo, ¿sufre con paciencia ese espantable comedión?

DON PEDRO

No tanto como el autor quisiera, porque algunas veces se ha levantado en el patio una marea sorda que traía visas de tempestad. En fin, se acabó el acto muy oportunamente; pero no me atreveré a pronosticar el éxito de la tal pieza, porque aunque el público está ya muy acostumbrado a oír desatinos, tan garrafales como los de hoy jamás se oyeron.

DON ANTONIO,

¿Qué dice usted?

DON PEDRO

Es increíble. Ahí no hay más que un hacinamiento confuso de especies, una acción informe, lances inverosímiles, episodios inconexos, caracteres mal expresados o mal escogidos; en vez de artificio, embrollo; en vez de situaciones cómicas, mamarrachadas de linterna mágica. No hay conocimiento de historia, ni de costumbres; no hay objeto moral, no hay lenguaje, ni estilo, ni versificación, ni gusto, ni sentido común. En suma: es tan mala y peor que las otras con que nos regalan todos los días.

DON ANTONIO

Y no hay que esperar nada mejor. Mien-

crítica teatro

tras el teatro siga en el abandono en que hoy está, en vez de ser el espejo de la virtud y el templo del buen gusto, será la escuela del error y el almacén de las extravagancias.

DON PEDRO

¿Pero no es fatalidad que después de tanto como se ha escrito por los hombres más doctos de la nación sobre la necesidad de su reforma, se han de ver todavía en nuestra escena espectáculos tan infelices? ¿Qué pensarán de nuestra cultura los extranjeros que vean la comedia esta tarde? ¿Qué dirán cuando lean las que se imprimen continuamente?

DON ANTONIO

Defensa de D. Antonio

Digan lo que quieran, amigo don Pedro, ni usted ni yo podemos remediarlo. ¿Y qué haremos? Reír o rabiarse; no hay otra alternativa. Pues yo más quiero reír que impacientarme.

DON PEDRO

Yo no, porque tengo serenidad para eso. Los progresos de la literatura, señor don Antonio, interesan mucho al poder, a la gloria y a la conservación de los imperios; el teatro influye inmediatamente en la cultura nacional; el nuestro está perdido, y yo soy muy español.

DON ANTONIO

Con todo, cuando se ve que... Pero ¿qué novedad es ésta?

ESCENA VI

DON SERAPIO, DON HERMÓGENES, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

DON SERAPIO

Pipí, muchacho. Corriendo, por Dios, un poco de agua.

DON ANTONIO

¿Qué ha sucedido?

(Se levantan don Antonio y don Pedro.)

DON SERAPIO

No te pares en enjuagatorios. ¡A prisa!

PIPI

Voy, voy allá.

DON SERAPIO

Despáchate.

PIPI

¡Por vida del hombre! *(Pipí va detrás de don Serapio con un vaso de agua Don Hermógenes, que sale apresurado, tropieza con él y deja caer el vaso y el plato.)* ¿Por qué no mira usted?

DON HERMÓGENES

¿No hay alguno de ustedes que tenga por ahí un poco de agua melisa, elixir, extracto, aroma, álcali volátil, éter vitriólico, o cualquiera quintaesencia antiespasmódica, para entonar el sistema nervioso de una dama exánime?

DON ANTONIO

Yo, no; no traigo.

DON PEDRO

¿Pero qué ha sido? ¿Es accidente?

ESCENA VII

DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, DON ELEUTERIO, DON HERMÓGENES, DON SERAPIO, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

DON ELEUTERIO

Sí, es mucho mejor hacer lo que dice don Serapio.

(Doña Agustina, muy acongojada, sostenida por don Eleuterio y don Serapio. La hacen que se siente. Pipí trae otro vaso de agua, y ella bebe un poco.)

DON SERAPIO

Pues ya se ve. Anda, Pipí, en tu cama podrá descansar esta señora...

PIPÍ

¡Qué! Si está en un camaranchón que...

DON ELEUTERIO

No importa.

PIPÍ

¡La cama! La cama es un jergón de harpi-
llera y ...

DON SERAPIO

¿Qué quiere decir eso?

DON ELEUTERIO

No importa nada. Allí estará un rato, y
veremos si es cosa de llamar a un sangrador...

PIPÍ

Yo, bien. Si ustedes...

DOÑA AGUSTINA

No, no es menester

DOÑA MARIQUITA

¿Se siente usted mejor, hermana?

DON ELEUTERIO

¿Te vas aliviando?

DOÑA AGUSTINA

Alguna cosa.

DON SERAPIO

¡Ya se ve! El lance no era para menos.

DON ANTONIO

Pero ¿se podrá saber qué especie de insulto ha sido éste?

DON ELEUTERIO

¿Qué ha de ser, señor; qué ha de ser? Que hay gente envidiosa y mal intencionada que... ¡Vaya! No me hable usted de eso, porque... ¡Picarones! ¿Cuándo han visto ellos comedia mejor?

DON PEDRO

No acabo de comprender.

DOÑA MARIQUITA

Señor, la cosa es bien sencilla. El señor es hermano mío, marido de esta señora y autor de esa maldita comedia que han echado h y. Hemos ido a verla; cuando llegamos estaban ya en el segundo acto Allí había una tempestad, y luego un consejo de guerra, y luego un baile, y después un entierro... En fin; ello es que al cabo de esta tremolina salía la dama con un chiquillo de la mano, y ella y el chico rabiaban de hambre; el muchacho decía: "¡Madre, deme usted pan!", y la madre invocaba a Demogorgon y al Cancerbero. Al llegar nosotros se empezaba este lance de madre e hijo. El patio estaba tremendo ¡Qué oleadas! ¡Qué toser! ¡Qué estornudos! ¡Qué bostezar! ¡Qué

estado de la madre

ruido confuso por todas partes!... Pues, señor; como digo, salió la dama, y apenas hubo dicho que no había comido en seis días, y apenas el chico empezó a pedirle pan y ella a decirle que no lo tenía, cuando, para servir a ustedes, la gente (que a la cuenta estaba ya hostigada de la tempestad, del consejo de guerra, del baile y del entierro) comenzó de nuevo a alborotarse. El ruido se aumenta; suenan bramidos por un lado y otro, y empieza tal descarga de palmadas huecas y tal golpeteo en los bancos y barandillas, que no parecía sino que toda la casa se venía al suelo. Corrieron el telón, abrieron las puertas; salió renegando toda la gente; a mi hermana se le oprimió el corazón, de manera que... En fin, ya está mejor, que es lo principal. Aquello no ha sido oído ni visto; en un instante, entrar en el palco y suceder lo que acabo de contar, todo ha sido a un tiempo. ¡Válgame Dios! ¡En lo que han venido a parar tantos proyectos! Bien decía yo que era imposible que...

(Siéntase junto a doña Agustina.)

DON ELEUTERIO

¡Y que no ha de haber justicia para esto! Don Hermógenes, amigo don Hermógenes; usted bien sabe lo que es la pieza; informe

usted a estos señores... Tome usted (*Saca la comedia y se la da a don Hermógenes.*), léales usted todo el segundo acto, y que me digan si una mujer que no ha comido en seis días tiene razón de morirse, y si es mal parecido que un chico de cuatro años pida pan a su madre. Lea usted, lea usted, y que me digan si hay conciencia, ni ley de Dios, para haberme asesinado de esta manera.

DON HERMÓGENES

Yo, por ahora, amigo don Eleuterio, no puedo encargarme de la lectura del drama. (*Deja la comedia sobre una mesa. Pipí la toma, se sienta en una silla distante y lee con particular atención y complacencia.*) Estoy de prisa. Nos veremos otro día, y...

DON ELEUTERIO

¿Se va usted?

DOÑA MARIQUITA

—¿Nos deja usted así?

DON HERMÓGENES

Si en algo pudiera contribuir con mi presencia al alivio de ustedes, no me movería de aquí; pero...

DOÑA MARIQUITA

No se vaya usted.

DON HERMÓGENES

Me es muy doloroso asistir a tan acerbo

espectáculo; tengo que hacer. En cuanto a la comedia, nada hay que decir: murió, y es imposible que resucite; bien que ahora estoy escribiendo una apología del teatro, y la citaré con elogio. Diré que hay otras peores; diré que si no guarda reglas ni conexión, consiste en que el autor era un grande hombre. Callaré sus defectos...

DON ELEUTERIO

¿Qué defectos?

DON HERMÓGENES

Algunos que tiene.

DON PEDRO

Pues no decía usted eso poco tiempo ha.

DON HERMÓGENES

Fué para animarle.

DON PEDRO

Y para engañarle y perderle. Si usted conocía que era mala, ¿por qué no se lo dijo? ¿Por qué, en vez de aconsejarle que desistiera de escribir chapucerías, ponderaba usted el ingenio del autor y le persuadía que era excelente una obra tan ridícula y despreciable?

DON HERMÓGENES

Porque el señor carece de criterio y sindéresis para comprender la solidez de mis racio-

cinios, si por ellos intentara persuadirle de que la comedia es mala.

DOÑA AGUSTINA

¿Conque es mala?

DON HERMÓGENES

Malísima.

DON ELEUTERIO

¿Qué dice usted?

DOÑA AGUSTINA

Usted se chancea, don Hermógenes. No puede ser otra cosa.

DON PEDRO

No, señora, no se chancea. En eso dice la verdad. La comedia es detestable.

DOÑA AGUSTINA

Poco a poco con eso, caballero; que una cosa es que el señor lo diga por gana de fiesta, y otra que usted nos lo venga a repetir de ese modo. Usted será de los eruditos que de todo blasfeman y que nada les parece bien, sino lo que ellos hacen; pero...

DON PEDRO

Si usted es marido de esa (*A don Eleuterio*) señora, hágala usted callar, porque aunque no

puede ofenderme cuanto diga, es cosa ridícula que se meta a hablar de lo que no entiende.

DOÑA AGUSTINA

¿No entiendo? ¿Quién le ha dicho a usted que...?

DON ELEUTERIO

¡Por Dios, Agustina, no te desazones! Ya ves (*Se levanta colérica, y don Eleuterio la hace sentar.*) como éstas... ¡Válgame Dios, señor! Pero, amigo (*A don Hermógenes.*), no sé qué pensar de usted

DON HERMÓGENES

Piense usted lo que quiera. Yo pienso de su obra lo que ha pensado el público; pero soy su amigo de usted, y aunque vaticiné el éxito infausto que ha tenido, no quise anticiparle una pesadumbre, porque, como dicen Platón y el abate Lampillas...

DON ELEUTERIO

Digan lo que quieran. Lo que yo digo es que usted me ha engañado como a un chino. Si yo me aconsejaba de usted, si usted ha visto la obra lance por lance y verso por verso; si usted me ha exhortado a concluir las otras que tengo manuscritas, si me ha he-

cho usted creer que yo era un grande hombre, ¿cómo me dice usted ahora eso? ¿Cómo ha tenido usted corazón para exponerme a los silbidos, al palmoteo y a la zunba de esta tarde?

DON HERMÓGENES

Usted es pacato y pusilánime en demasía. ¿Por qué no le anima a usted el ejemplo? ¿No ve usted esos autores que componen para el teatro, con cuánta imperturbabilidad toleran los vaivenes de la fortuna? Escriben, los silban, y vuelven a escribir; vuelven a silbarlos, y vuelven a escribir... ¡Oh, almas grandes, para quienes los chiflidos son arruillos, y las maldiciones alabanzas!

DOÑA MARIQUITA

¿Y qué quiere usted (*Levántase*) decir con eso? Ya no tengo paciencia para callar más. ¿Qué quiere usted decir? ¿Que mi pobre hermano vuelva otra vez...?

DON HERMÓGENES

Lo que quiero decir es que estoy de prisa, y me voy.

DOÑA AGUSTINA

Vaya usted con Dios, y haga usted cuenta que no nos ha conocido. ¡Picardía! No

sé cómo (*Se levanta muy enojada, encaminándose hacia don Hermógenes, que se va retirando de ella.*) no me tiro a él... Váyase usted.

DON HERMÓGENES

¡Gente ignorante!

DOÑA AGUSTINA

Váyase usted.

DON ELEUTERIO

¡Picarón!

DON HERMÓGENES

¡Canalla infeliz!

ESCENA VIII

DON ELEUTERIO, DON SERAPIO, DON ANTONIO, DON PEDRO, DOÑA AGUSTINA, DOÑA MARIQUITA, PIPÍ.

DON ELEUTERIO

¡Ingrato! ¡Embustero! ¡Después(*Se sienta con ademanes de abatimiento.*) de lo que hemos hecho por él!

DOÑA MARIQUITA

Ya ve usted, hermana, lo que ha venido a resultar. Si lo dije, si me lo daba el corazón... Mire usted qué hombre: después de

haberme traído en palabras tanto tiempo, y, lo que es peor, haber perdido por él la conveniencia de casarme con el boticario, que a lo menos es hombre de bien, y no sabe latín, ni se mete en citar autores; como ese bribón... ¡Pobre de mí! Con diez y seis años, y todavía estoy sin colocar, por el maldito empeño de ustedes de que me había de casar con un erudito que supiera mucho... Mire usted lo que sabe el renegado (Dios me perdone): quitarme mi acomodo, engañar a mi hermano, perderle y hartarnos de pesadumbres.

DON ANTONIO

No se desconsuele usted, señorita, que todo se compondrá. Usted tiene mérito, y no la faltarán proporciones mucho mejores que las que ha perdido.

DOÑA AGUSTINA

Es menester que tengas un poco de paciencia, Mariquita.

DON ELEUTERIO

La paciencia (*Se levanta con viveza.*) la necesito yo, que estoy desesperado de ver lo que me sucede.

DOÑA AGUSTINA

Pero, ¡hombre, que no has de reflexionar!...

DON ELEUTERIO

Calla, mujer. ¡Calla, por Dios, que tú también...!

DON SERAPIO

No, señor. El mal ha estado en que nosotros no lo advertimos con tiempo... Pero yo le aseguro al guarnicionero y a sus camaradas que si llegamos a pillarlos, solfeo de mojicones como el que han de llevar... le... La comedia es buena, señor; créame usted a mí; la comedia es buena. Ahí no ha habido más sino que los de allá se han unido, y...

DON ELEUTERIO

Yo ya estoy en que la comedia no es tan mala, y que hay muchos partidos; pero lo que a mí me...

DON PEDRO

¿Todavía está usted en esa equivocación?

DON ANTONIO

(*Aparte a don Pedro.*) Déje usted.

DON PEDRO

No quiero dejarle, me da compasión... Y, sobre todo, es demasiada necedad, después de lo que ha sucedido, que todavía esté creyendo el señor que su obra es buena. ¿Por qué ha de serlo? ¿Qué motivos tiene usted para acertar? ¿Qué ha estudiado usted?

¿Quién le ha enseñado el arte? ¿Qué modelos se ha propuesto usted para la imitación? ¿No ve usted que en todas las facultades hay un método de enseñanza y unas reglas que seguir y observar; que a ellas debe acompañar una aplicación constante y laboriosa, y que sin estas circunstancias, unidas al talento, nunca se formarán grandes profesores, porque nadie sabe sin aprender? Pues, ¿por dónde usted, que carece de tales requisitos, presume que habrá podido hacer algo bueno? Qué, ¿no hay más sino meterse a escribir, a salga lo que salga, y en ocho días zurcir un embrollo, ponerle en malos versos, darle al teatro, y ya soy autor? Qué, ¿no hay más que escribir comedias? Si han de ser como la de usted, o como las demás que se le parecen, poco talento, poco estudio y poco tiempo son necesarios; pero si han de ser buenas (créame usted), se necesita toda la vida de un hombre, un ingenio muy sobresaliente, un estudio infatigable, observación continua, sensibilidad, juicio exquisito, y todavía no hay seguridad de llegar a la perfección.

DON ELEUTERIO

Bien está, señor; será todo lo que usted dice; pero ahora no se trata de eso. Si me

desespero y me confundo, es por ver que todo se me descompone, que he perdido mi tiempo, que la comedia no me vale un cuarto, que he gastado en la impresión lo que no tenía...

DON ANTONIO

No. La impresión, con el tiempo, se venderá.

DON PEDRO

No se venderá, no, señor. El público no compra en la librería las piezas que silba en el teatro. No se venderán.

DON ELEUTERIO

Pues, vea usted. No se venderá, y pierdo ese dinero; y, por otra parte... ¡Válgame Dios! Yo, señor, seré lo que ustedes quieran: seré mal poeta, seré zopenco; pero soy hombre de bien. Ese picarón de don Hermógenes me ha estafado cuanto tenía para pagar sus trampas y sus embrollos; me ha metido en nuevos gastos y me deja imposibilitado de cumplir como es regular con los muchos acreedores que tengo.

DON PEDRO

Pero ahí no hay más que hacerles una obligación de irlos pagando poco a poco, según el empleo o facultad que usted tenga, y arreglándose a una buena economía.

DOÑA AGUSTINA

¡Qué empleo, ni qué facultad, señor, si el pobrecito no tiene ninguna!

DON PEDRO

¿Ninguna?

DON ELEUTERIO

No, señor. Yo estuve en esa lotería de ahí arriba; después me puse a servir a un caballero indiano; pero se murió. Lo dejé todo y me metí a escribir comedias, porque ese don Hermógenes me engatusó, y...

DOÑA MARIQUITA

¡Maldito sea él!

DON ELEUTERIO

Y si fuera decir estoy solo, anda con Dios; pero casado, y con una hermana, y con aquellas criaturas...

DON ANTONIO

¿Cuántas tiene usted?

DON ELEUTERIO

Cuatro, señor, que el mayorcito no pasa de cinco años.

DON PEDRO

¡Hijos tiene! (*Aparte, con ternura.*) ¡Qué lástima!

DON ELEUTERIO

Pues si no fuera por eso...

DON PEDRO

(*Aparte.*) ¡Infeliz! Yo, amigo, ignoraba que del éxito de la obra de usted dependiera la suerte de esa pobre familia. Yo también he tenido hijos. Ya no los tengo, pero sé lo que es el corazón de un padre Dígame usted. ¿Sabe usted contar? ¿Escribe usted bien?

DON ELEUTERIO

Sí, señor. Lo que es así, cosa de cuentas, me parece que sé bastantes. En casa de mi amo... Porque yo, señor, he sido paje... Allí, como digo, no había más mayordomo que yo. Yo era el que gobernaba la casa. Como ya se ve, estos señores no entienden de eso... Y siempre me porté como todo el mundo sabe. Eso sí. Lo que es honradez y... ¡Vaya! Ninguno ha tenido que...

DON PEDRO

Lo creo muy bien.

DON ELEUTERIO

En cuanto a escribir, yo aprendí en los Escolapios, y luego me he soltado bastante, y sé alguna cosa de ortografía... Aquí tengo... Vea usted... (*Saca un papel y se lo da*

a don Pedro.) Ello está escrito algo de prisa, porque ésta es una tonadilla que se había de cantar mañana... ¡Ay, Dios mío!

DON PEDRO

Me gusta la letra, me gusta.

DON ELEUTERIO

Sí, señor. Tiene su introduccioncita; luego entran las coplillas satíricas con un estribillo, y concluye con las...

DON PEDRO

No hablo de eso, hombre, no hablo de eso. Quiero decir que la forma de la letra es muy buena. La tonadilla ya se conoce que es prima hermana de la comedia.

DON ELEUTERIO

Ya.

DON PEDRO

Es menester que se deje usted de esas conterías.

(Volviéndole el papel.)

DON ELEUTERIO

Ya lo veo, señor; pero si parece que el enemigo...

DON PEDRO

Es menester olvidar absolutamente esos devaneos; ésta es una condición precisa que exijo de usted. Yo soy rico, muy rico, y no acom-

pañó con lágrimas estériles las desgracias de mis semejantes. La mala fortuna a que le han reducido a usted sus desvaríos necesita, más que consuelos y reflexiones, socorros efectivos y pronto. Mañana quedarán pagadas por mí todas las deudas que usted tenga.

DON ELEUTERIO

Señor, ¿qué dice usted?

DOÑA AGUSTINA

¿De veras? ¡Válgame Dios!

DOÑA MARIQUITA

¿De veras?

DON PEDRO

Quiero hacer más. Yo tengo bastantes haciendas cerca de Madrid. Acabo de colocar a un mozo de mérito que entendía en el gobierno de ellas. Usted, si quiere, podrá irse instruyendo al lado de mi mayordomo, que es hombre honradísimo; y, desde luego, puede usted ir contando con una fortuna proporcionada a sus necesidades. Esta señora deberá contribuir por su parte a hacer feliz el nuevo destino que a usted le propongo. Si cuida de su casa, si cría bien a sus hijos, si desempeña como debe los oficios de esposa y de madre, conocerá que sabe cuanto hay que saber y



cuanto conviene a una mujer de su estado y sus obligaciones. Usted, señorita, no ha perdido nada en no casarse con el pedantón de don Hermógenes, porque, según se ha visto, es un malvado que la hubiera hecho infeliz, y si usted disimula un poco las ganas que tiene de casarse, no dudo que hallará muy presto un hombre de bien que la quiera. En una palabra: yo haré en favor de ustedes todo el bien que pueda, no hay que dudarlo. Además, yo tengo muy buenos amigos en la corte ... Créanme ustedes: soy algo áspero en mi carácter, pero tengo el corazón muy compasivo.

DOÑA MARIQUITA

¡Qué bondad!

(Don Eleuterio, su mujer y su hermana quieren arrodillarse a los pies de don Pedro. El lo estorba y los abraza cariñosamente.)

DON ELEUTERIO

¡Qué generoso!

DON PEDRO

Esto es ser justo. El que socorre a la pobreza, evitando a un infeliz la desesperación y los delitos, cumple con su obligación. No hace más.

DON ELEUTERIO

Yo no sé cómo he de pagar a usted tantos beneficios.

DON PEDRO

Si usted me los agradece, ya me los paga.

DON ELEUTERIO

Perdone usted, señor, las locuras que he dicho y el mal modo...

DOÑA AGUSTINA

Hemos sido muy imprudentes.

DON PEDRO

No hablemos de eso.

DON ANTONIO

¡Ah, don Pedro, qué lección me ha dado usted esta tarde!

DON PEDRO

Usted se burla. Cualquiera hubiera hecho lo mismo, en iguales circunstancias.

DON ANTONIO

Su carácter de usted me confunde.

DOÑA AGUSTINA

¡Eh! Los genios serán diferentes; pero somos muy amigos. ¿No es verdad?

DON ANTONIO

¿Quién no querrá ser amigo de usted?

DON SERAPIO

Vaya, vaya, yo estoy loco de contento.

DON PEDRO

Más lo estoy yo, porque no hay placer comparable al que resulta de una acción virtuosa. Recoja usted esa comedia (*Al ver la comedia, que está leyendo Pipí.*), no se quede por ahí perdida y sirva de pasatiempo a la gente burlesca que llegue a verla.

DON ELEUTERIO

¡Malhaya la comedia! (*Arrebata la comedia de manos de Pipí y la hace pedazos.*) ¡Amén! Y mi docilidad y mi tontería. Mañana, así que amanezca, hago una hoguera con todo cuanto tengo impreso y manuscrito, y no ha de quedar en mi casa un verso.

DOÑA MARIQUITA

Yo encenderé la pajuela.

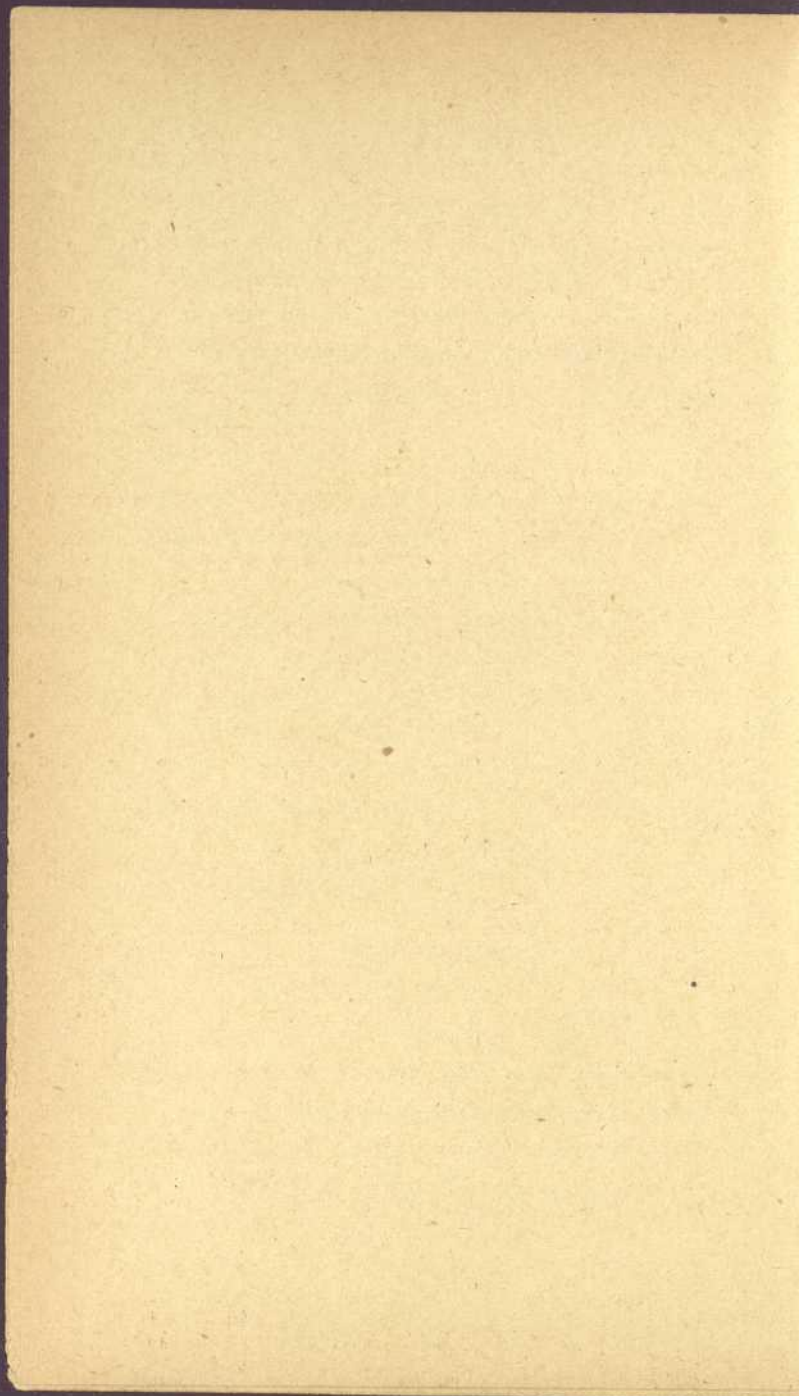
DOÑA AGUSTINA

Y yo aventaré las cenizas.

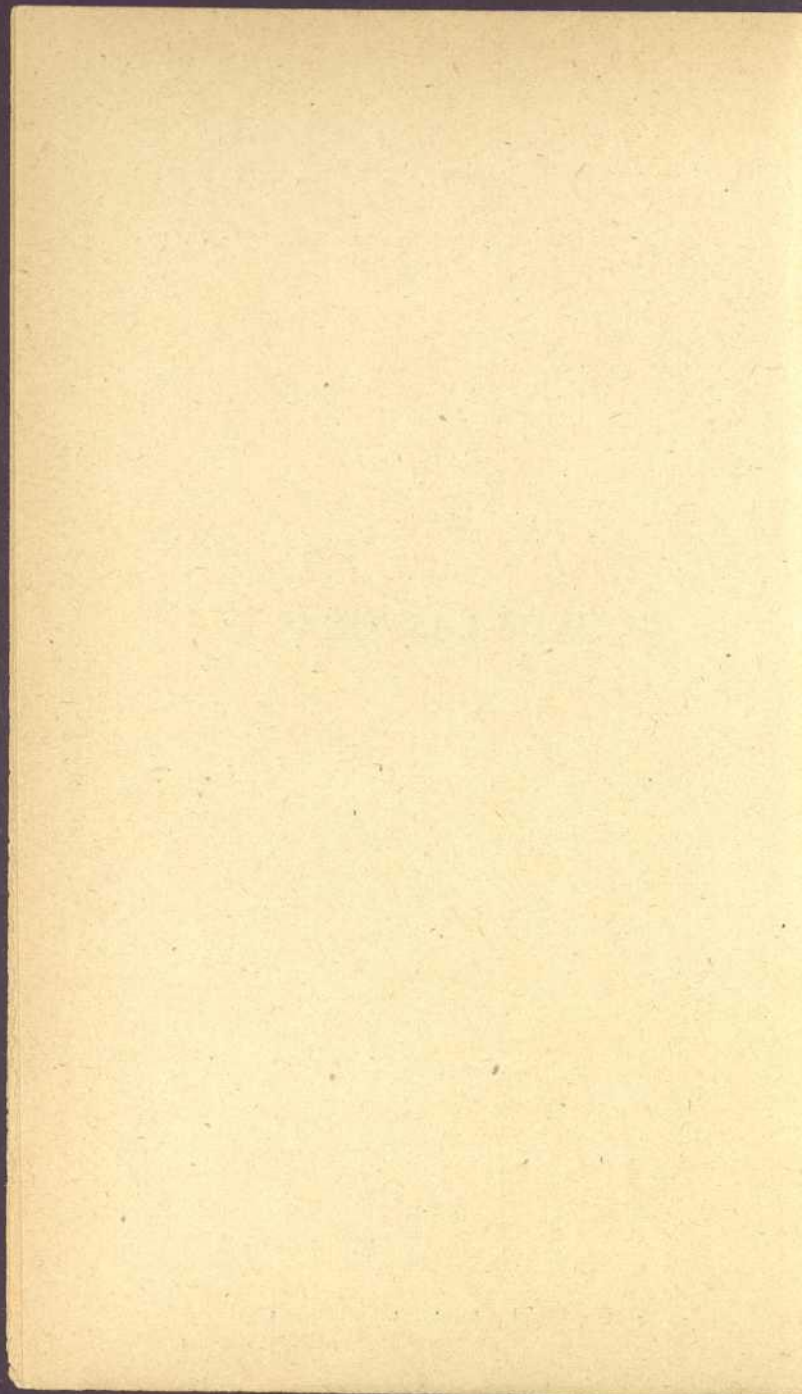
DON PEDRO

Así debe ser. Usted, amigo, ha vivido engañado: su amor propio, la necesidad, el ejemplo y la falta de instrucción le han hecho escribir disparates. El público le ha dado a us-

ted una lección muy dura, pero muy útil, puesto que por ella se reconoce y se enmienda. ¡Ojalá los que hoy tiranizan y corrompen el teatro por el maldito furor de ser autores, ya que desatinan como usted, le imitaran a desengañarse!



EL SI DE LAS NIÑAS



EL SÍ DE LAS NIÑAS

COMEDIA

Estas son las seguridades que dan
los padres y los tutores, y esto es lo
que se debe fiar en el sí de las niñas.

ACTO III. ESCENA XIII.

PERSONAS

DON DIEGO.
DON CARLOS.
DOÑA FRANCISCA.
DOÑA IRENE.
RITA.
SIMON.
CALAMOCHA.

La escena es en una posada de Alcalá de Henares.

El teatro representa una sala de paso con cuatro puertas de habitaciones para huéspedes, numeradas todas. Una más grande en el foro, con escalera que conduce al piso bajo de la casa. Ventana de antepecho a un lado. Una mesa en medio, un banco, sillas, etc.

La acción empieza a las siete de la tarde y acaba a las cinco de la mañana siguiente.

EL SIDA DE LAS NIÑAS

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

DON DIEGO, SIMÓN.

(Sale don Diego de su cuarto. Simón, que está sentado en una silla, se levanta.)

DON DIEGO

¿No han venido todavía?

SIMÓN

No, señor.

DON DIEGO

Despacio la han tomado, por cierto.

SIMÓN

Como su tía la quiere tanto, según parece, y

no la ha visto desde que la llevaron a Guadala-
 aja a... *frases entrecontadas**

DON DIEGO

—Sí. Yo no digo que no la viese; pero con media hora de visita y cuatro lágrimas estaba concluido.

SIMÓN

—Ello también ha sido extraña determinación la de estarse usted dos días enteros sin salir de la posada. Cansa el leer, cansa el dormir... Y, sobre todo, cansa la mugre del cuarto, las sillas desvencijadas, las estampas del Hijo Pródigo, el ruido de campanillas y cascabeles y la conversación ronca de carromatos y patanes, que no permiten un instante de quietud.

DON DIEGO

—Ha sido conveniente el hacerlo así. Aquí me conocen todos... El corregidor, el señor abal el visitador, el rector de Málaga... ¡Qué sé yo! Todos... Y ha sido preciso estarme quieto y no exponerme a que me hallasen por ahí.

SIMÓN

—Yo no alcanzo la causa de tanto retiro. Pues ¿hay más en esto que haber acompañado usted a doña Irene hasta Guadalajara para sa-

*miedo al que
 don*

car del convento a la niña y volvernos con ellas a Madrid?

DON DIEGO

Sí, hombre. Algo más hay de lo que has visto.

SIMÓN

Adelante.

DON DIEGO

Algo, algo... Ello tú al cabo lo has de saber, y no puede tardarse mucho... Mira, Simón, por Dios te encargo que no lo digas... Tú eres hombre de bien y me has servido muchos años con fidelidad... Ya ves que hemos sacado a esa niña del convento y nos la llevamos a Madrid.

SIMÓN

Sí, señor.

DON DIEGO

Pues bien... Pero te vuelvo a encargar que a nadie lo descubras.

SIMÓN

Bien está, señor. Jamás he gustado de chismes...

DON DIEGO

Ya lo sé. Por eso quiero fiarme de ti. Y la verdad, nunca había visto a la tal doña Paquita; pero mediante la amistad con su madre he tenido frecuentes noticias de ella; he

Estado amonestado

leído muchas de las cartas que escribía, he visto algunas de su tía la monja, con quien ha vido en Guadalajara; en suma, he tenido cuantos informes pudiera desear acerca de sus inclinaciones y su conducta. Ya he logrado verla, he procurado observarla en estos pocos días, y, a decir verdad, cuantos elogios hicieron de ella me parecen escasos. *

SIMÓN

Sí, por cierto... Es muy linda y... *

DON DIEGO

*de forma indirecta
conocemos aho
personaje*
Es muy linda, muy graciosa, muy humilde... Y, sobre todo, ¡aquel candor, aquella inocencia!... Vamos, es de lo que no se encuentra por ahí... Y talento... Sí, señor; mucho talento... Conque, para acabar de informarte, lo que hoy he pensado es... *

SIMÓN

No hay que decírmelo.

DON DIEGO

¿No? ¿Por qué?

SIMÓN

*equivoco
hace un
zorca
la situación*
Porque ya lo odivino. Y me parece excelente idea.

DON DIEGO

¿Qué dices?

SIMÓN

Excelente.

DON DIEGO

¿Conque al instante has conocido...?

SIMÓN

¿Pues no es claro?... ¡Vaya!... Dígole a usted que me parece muy buena boda. Buena, buena.

DON DIEGO

Sí, señor... Yo lo he mirado bien, y lo tengo por cosa muy acertada.

SIMÓN

Seguro que sí.

DON DIEGO

Pero quiero absolutamente que no se sepa hasta que esté hecho.

SIMÓN

Y en eso hace usted bien.

DON DIEGO

Porque no todos ven las cosas de una manera, y no faltaría quien murmurase y dijese que era una locura, y me... *

SIMÓN

¿Locura? ¡Buena locura!... ¿Con una chica como esa, eh?

DON DIEGO *Baba*

Pues ya ves tú... Ella es una pobre..., eso sí. Porque, aquí entre los dos, la buena de doña Irene se ha dado tal prisa a gastar desde que murió su marido, que si no fuera por estas benditas religiosas y el canónigo de Castrojeriz, que es también su cuñado, no tendría para poner un puchero a la lumbre... Y muy vanidosa, y muy remilgada, y hablando siempre de su parentela y de sus difuntos, y sacando unos cuentos, allá, que... Pero esto no es del caso... Yo no he buscado dinero, que dineros tengo; he buscado modestia, recogimiento, virtud.

SIMÓN

Eso es lo principal... Y, sobre todo, lo que usted tiene, ¿para quién ha de ser?

DON DIEGO

Dices bien... ¿Y sabes tú lo que es una mujer aprovechada, hacendosa, que sepa cuidar de la casa, economizar, estar en todo?... Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra peor: regalonas, entrometidas, habladoras, llenas de histérico, viejas, feas como demonios... No, señor; vida nueva. Tendré quien me asista con amor y fidelidad, y viviremos como unos santos... Y deja que hablen y murmuren, y... *

SIMÓN

Pero, siendo a gusto de entrambos, ¿qué pueden decir?

DON DIEGO

No, yo ya sé lo que dirán; pero... Dirán que la boda es desigual, que no hay proporción en la edad, que...

SIMÓN

Vamos, que no me parece tan notable la diferencia. Siete u ocho años, a lo más...

DON DIEGO

¿Qué, hombre? ¿Qué hablas de siete u ocho años? Si ella ha cumplido diez y seis años pocos meses ha.

SIMÓN

Y bien, ¿qué?

DON DIEGO

Y yo, aunque, gracias a Dios, estoy robusto y... Con todo eso, mis cincuenta y nueve años no hay quien me los quite.

SIMÓN

Pero si yo no hablo de eso.

DON DIEGO

¿Pues de qué hablas?

*Se usha el
equivoco. ugo →
pueda redimirse*

SIMÓN

Decía que... Vamos, o usted no acaba de explicarse, o yo lo entiendo al revés... En suma, esta doña Paquita, ¿con quién se casa?

DON DIEGO

¿Ahora estamos ahí? Conmigo.

SIMÓN

¿Con usted?

DON DIEGO

Conmigo.

SIMÓN

¡Medrados quedamos!

DON DIEGO

¿Qué dices?... Vamos, ¿qué?

SIMÓN

¡Y pensaba yo haber adivinado!

DON DIEGO

¿Pues qué creías? ¿Para quién juzgabas que la destinaba yo?

SIMÓN

Para don Carlos, su sobrino de usted: mozo de talento, instruído, excelente soldado, amabilísimo por todas sus circunstancias... Para ese juzgué que se guardaba la tal niña.

DON DIEGO

Pues no, señor.

SIMÓN

Pues bien está.

DON DIEGO

¡Mire usted qué idea! ¡Con el otro la había de casar!... No, señor; que estudie sus matemáticas.

SIMÓN

Ya las estudia, o, por mejor decir, ya las enseña.

DON DIEGO

Que se haga hombre de valor, y...

SIMÓN

¡Valor! ¿Todavía pide usted más valor a un oficial que en la última guerra, con muy pocos que se atrevieron a seguirle, tomó dos baterías, clavó los cañones, hizo algunos prisioneros y volvió al campo lleno de heridas y cubierto de sangre?... Pues bien satisfecho quedó usted entonces del valor de su sobrino, y yo le vi a usted más de cuatro veces llorar de alegría, cuando el rey le premió con el grado de teniente coronel y una cruz de Alcántara.

*valeroso a conocer esto por
sonaje por referencia*

*operación a su
indiferencia
humildad por
fuer a la hora de
mantenerse firme
sus sentimientos*

DON DIEGO

Sí, señor, todo es verdad; pero no viene a cuento. Yo soy el que me caso. •

SIMÓN

Si está usted bien seguro de que ella le quiere, si no le asusta la diferencia de la edad, si su elección es libre... *crítica de los dos puntos fundamentales*

DON DIEGO

¿Pues no ha de serlo?... ¿Y qué sacarían con engañarme? Ya ves tú la religiosa de Guadalajara, si es mujer de juicio; ésta de Alcalá, aunque no la conozco, sé que es una señora de excelentes prendas; mira tú si doña Irene querrá el bien de su hija; pues todas ellas me han dado cuantas seguridades puedo apetecer... La criada que la ha servido en Madrid y más de cuatro años en el convento, se hace lenguas de ella, y, sobre todo, me ha informado de que jamás observó en esta criatura la más remota inclinación a ninguno de los pocos hombres que ha podido ver en aquel encierro. Bordar, coser, leer libros devotos, oír misa y correr por la huerta detrás de las mariposas, y echar agua en los agujeros de las hormigas: éstas han sido su ocupación y sus diversiones... ¿Qué dices?

*engaño
devenir
pocilta*

SIMÓN

Yo, nada, señor.

DON DIEGO

Y no pienses tú que a pesar de tantas seguridades no aprovecho las ocasiones que se presentan para ir ganando su amistad y su confianza y lograr que se explique conmigo en absoluta libertad... Bien que aún hay tiempo.. Sólo que aquella doña Irene siempre la interrumpe, todo se lo habla... Y es muy buena mujer, buena...

SIMÓN

En fin, señor; yo desearé que salga como usted apetece.

DON DIEGO

Sí. Yo espero en Dios, que no ha de salir mal. Aunque el novio es muy de tu gusto... ¡Y qué fuera de tiempo me recomendabas al tal sobrinito! ¿Sabes tú lo enfadado que estoy con él?

SIMÓN

¿Pues qué ha hecho?

DON DIEGO

Una de las tuyas... Y hasta pocos días ha no lo he sabido. El año pasado, ya lo viste, estuvo dos meses en Madrid... Y me costó buen dinero la tal visita... En fin, es mi sobrino, bien dado está; pero voy al asunto. Llegó el

caso de irse a Zaragoza, a su regimiento... Ya te acuerdas de que a muy pocos días de haber salido de Madrid recibí la noticia de su llegada.

SIMÓN

Sí, señor.

DON DIEGO

Y que siguió escribiéndome, aunque algo perezoso, siempre con la data de Zaragoza.

SIMÓN

Así es la verdad.

DON DIEGO

Pues el picarón no estaba allí cuando me escribía las tales cartas.

SIMÓN

¿Qué dice usted?

DON DIEGO

Sí, señor. El día 3 de julio salió de mi casa, y a fines de septiembre aun no había llegado a sus pabellones... ¿No te parece que para ir por la posta hizo muy buena diligencia?

SIMÓN

Tal vez se pondría malo en el camino, y por no darle a usted pesadumbre...

DON DIEGO

Nada de eso. Amores del señor oficial y devaneos que le traen loco... Por ahí, en esas

ciudades, puede que... ¿Quién sabe?... Si encuentra un par de ojos negros, ya es hombre perdido... ¡No permita Dios que me le engañe alguna bribona de éstas que truecan el honor por el matrimonio!

SIMÓN

¡Oh! No hay que temer... Y si tropieza con alguna fullera de amor, buenas cartas ha de tener para que le engañe.

DON DIEGO

Me parece que están ahí... Sí. ¡Gracias a Dios! Busca al mayoral y dile que venga, para quedar de acuerdo en la hora a que deberemos salir mañana.

SIMÓN

Bien está.

DON DIEGO

Ya te he dicho que no quiero que esto se trasheduzca, ni... ¿Estamos?

SIMÓN

No haya miedo a que nadie lo cuente.

(Simón se va por la puerta del foro. Salen por la misma las tres mujeres, con mantillas y basquiñas. Rita deja un pañuelo atado sobre la mesa, y recoge las mantillas y las dobla.)

ESCENA II

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, RITA, DON
DIEGO.

DOÑA FRANCISCA

Ya estamos acá.

DOÑA IRENE

¡Ay, qué escalera!

DON DIEGO

Muy bien venidas, señoras.

DOÑA IRENE

¿Conque usted, a lo que parece, no ha sa-
lido?

(Se sientan doña Irene y don Diego.)

DON DIEGO

No, señora. Luego, más tarde, daré una
vueltecilla por ahí... He leído un rato. Traté
de dormir; pero en esta posada no se duerme.

DOÑA FRANCISCA

Es verdad que no... ¡Y qué mosquitos! Mala
peste en ellos. Anoche no me dejaron parar.
Pero mire usted, mire usted *(Desata el pañue-
lo y manifiesta algunas cosas que indica el
diálogo.)* cuántas cosas traigo. Rosarios de ná-
car, cruces de ciprés, la regla de San Benito,
una pililla de cristal... Mire usted qué bonita.

Y dos corazones de talco... ¡Qué sé yo cuánto viene aquí!... ¡Ay! Y una campanilla de barro bendito para los truenos... ¡Tantas cosas!

DOÑA IRENE

Chucherías que la han dado las madres. ¡Locas estaban con ella!

DOÑA FRANCISCA

¡Cómo me quieren todas! ¡Y mi tía, mi pobre tía, lloraba tanto...! Es ya muy viejecita.

DOÑA IRENE

Ha sentido mucho no conocer a usted.

DOÑA FRANCISCA

Sí, es verdad. Decía: "¿Por qué no ha venido aquel señor?..."

DOÑA IRENE

El pobre capellán y el rector de los Verdes nos han venido acompañando hasta la puerta.

DOÑA FRANCISCA

Toma (*Vuelve a atar el pañuelo y se lo da a Rita, la cual se va con él y con las mantillas al cuarto de doña Irene.*), guárdamelo todo allí, en la excusabaraaja. Mira, llévalo así, de las puntas... ¡Válgate Dios! ¡Eh! ¡Ya se ha roto la Santa Gertrudis de Alcorza!

RITA

No importa; yo me la comeré.



ESCENA III

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA, DON DIEGO.

DOÑA FRANCISCA

¿Nos vamos adentro, mamá, o nos quedamos aquí?

DOÑA IRENE

Ahora, niña, que quiero descansar un rato.

DON DIEGO

Hoy se ha dejado sentir el calor en forma.

DOÑA IRENE

¡Y qué fresco tienen aquel locutorio! Vaya, está hecho un cielo.

DOÑA FRANCISCA

Pues, con todo (*Se sienta junto a doña Irene.*), aquella monja tan gorda, que se llama la madre Angustias, bien sudaba... ¡Ay, cómo sudaba la pobre mujer!

DOÑA IRENE

Mi hermana es la que está bastante delicadita... Ha padecido mucho este invierno... Pero, vaya, no sabía qué hacerse con su sobrina la buena señora... Está muy contenta de nuestra elección.

DON DIEGO

Yo celebro que sea tan a gusto de aquellas personas, a quienes debe usted particulares obligaciones.

DOÑA IRENE

Sí. Trinidad está muy contenta, y en cuanto a Circuncisión, ya lo ha visto usted. La ha costado mucho despegarse de ella; pero ha conocido que, siendo para su bienestar, es necesario pasar por todo... Ya se acuerda usted de lo expresiva que estuvo y...

DON DIEGO

Es verdad. Sólo falta que la parte interesada tenga la misma satisfacción que manifiestan cuantos la quieren bien.

DOÑA IRENE

Es hija obediente, y no se apartará jamás de lo que determine su madre.

DON DIEGO

Todo es cierto; pero...

DOÑA IRENE

Es de buena sangre, y ha de pensar bien y ha de proceder con el honor que le corresponde.

DON DIEGO

Sí. Ya estoy; pero ¿no pudiera, sin faltar a su honor ni a su sangre...?

DOÑA FRANCISCA

¿Me voy, mamá?

(Se levanta y vuelve a sentarse.)

DOÑA IRENE

No pudiera, no, señor. Una niña bien educada, hija de buenos padres, no puede menos de conducirse en todas ocasiones como es conveniente y debido. Un vivo retrato es la chica, ahí donde usted la ve, de su abuela, que Dios perdone, doña Jerónima de Peralta... En casa tengo el cuadro, ya le habrá usted visto. Y le hicieron, según me contaba su merced, para enviársele a su tío carnal el padre fray Separión de San Juan Crisóstomo, electo obispo de Mechoacan.

DON DIEGO

Ya.

DOÑA IRENE

Y murió en el mar el buen religioso, que fué un quebranto para toda la familia... Hoy es, y todavía estamos sintiendo su muerte; particularmente mi primo don Cucufate, regidor perpetuo de Zamora, no puede oír hablar de su ilustrísima sin deshacerse en lágrimas.

DOÑA FRANCISCA

¡Válgate Dios! Qué moscas tan...

DOÑA IRENE

Pues murió en olor de santidad.

DON DIEGO

Eso, bueno es.

DOÑA IRENE

Si, señor; pero como la familia ha venido tan a menos... ¿Qué quiere usted? Donde no hay facultades... Bien que, por lo que pueda tronar, ya se le está escribiendo la vida, y quién sabe que el día de mañana no se imprima, con el favor de Dios.

DON DIEGO

Si, pues ya se ve. Todo se imprime.

DOÑA IRENE

Lo cierto es que el autor, que es sobrino de mi hermano político, el canónigo de Castrogeriz, no la deja de la mano, y a la hora ésta lleva ya escritos nueve tomos en folio, que comprenden los nueve años primeros de la vida del santo obispo.

DON DIEGO

¿Conque para cada año un tomo?

DOÑA IRENE

Si, señor; ese plan se ha propuesto.

DON DIEGO.

Y de qué edad murió el venerable?

DOÑA IRENE

De ochenta y dos años, tres meses y catorce días.

DOÑA FRANCISCA

¿Me voy, mamá?

DOÑA IRENE

Anda, vete. ¡Válgame Dios, que prisa tienes!

DOÑA FRANCISCA

¿Quiere usted (*Se levanta, y después de hacer una graciosa cortesía a don Diego, da un beso a doña Irene y se va al cuarto de ésta.*) que le haga una cortesía a la francesa, señor don Diego?

DON DIEGO

Si, hija mia. A ver.

DOÑA FRANCISCA

Mire usted, así.

DON DIEGO

¡Graciosa niña! ¡Viva la Paquita, viva!

DOÑA FRANCISCA

Para usted una cortesía, y para mi mamá un beso.

ESCENA IV

DOÑA IRENE, DON DIEGO.

DOÑA IRENE

Es muy gitana y muy mona, mucho.

DON DIEGO

Tiene un donaire natural que arrebatá.

DOÑA IRENE

¿Qué quiere usted? Criada sin artificio ni embelecós del mundo, contenta de verse otra vez al lado de su madre, y mucho más de considerar tan inmediata su colocación, no es maravilla que cuanto hace y dice sea una gracia, y máxime a los ojos de usted, que tanto se ha empeñado en favorecerla.

DON DIEGO

Quisiera sólo que se explicase libremente acerca de nuestra proyectada unión, y... *

DOÑA IRENE

Oiría usted lo mismo que le he dicho ya.

DON DIEGO

Si, no lo dudo; pero el saber que la merezco alguna inclinación, oyéndoselo decir con

aquella boquilla tan graciosa que tiene, sería para mí una satisfacción imponderable.

DOÑA IRENE

No tenga usted sobre ese particular la más leve desconfianza; pero hágase usted cargo de que a una niña no es lícito decir con ingenuidad lo que siente. Mal parecería, señor don Diego, que una doncella de vergüenza y criada como Dios manda se atreviese a decirle a un hombre: "Yo le quiero a usted."

DON DIEGO

Bien. Si fuese a un hombre a quien hallara por casualidad en la calle y le espetara ese favor de buenas a primeras, cierto que la doncella haría muy mal; pero a un hombre con quien ha de casarse dentro de pocos días, ya pudiera decirle alguna cosa que... Además, que hay ciertos modos de explicarse...

DOÑA IRENE

Conmigo usa de más franqueza. A cada instante hablamos de usted, y en todo manifiesta el particular cariño que a usted le tiene... ¡Con qué juicio hablaba ayer noche, después que usted se fué a recoger! No sé lo que hubiera dado porque hubiese podido oírla.

DON DIEGO

¡Y qué? ¿Hablabas de mí?

DOÑA IRENE

¡Y qué bien piensa acerca de lo preferible que es para una criatura de sus años un marido de cierta edad, experimentado, maduro y de conducta!...

DON DIEGO

¡Calle! ¿Eso decía?

DOÑA IRENE

No; esto se lo decía yo, y me escuchaba con una atención como si fuera una mujer de cuarenta años, lo mismo... ¡Buenas cosas le dije! Y ella, que tiene mucha penetración, aunque me está mal el decirlo... ¿Pues no da lástima, señor, el ver cómo se hacen los matrimonios hoy en el día? Casan a una muchacha de quince años con un arrapiezo de diez y ocho; a una de diez y siete, con otro de veintidós; ella, niña, sin juicio ni experiencia, y él, niño también, sin asomo de cordura ni conocimiento de lo que es el mundo. Pues, señor, que es lo que yo digo: ¿quién ha de gobernar la casa? ¿Quién ha de mandar a los criados? ¿Quién ha de enseñar y corregir a los hijos? Porque sucede también que estos

atolondrados de chicos suelen plagarse de criaturas en un instante, que da compasión.

DON DIEGO

Cierto que es un dolor el ver rodeados de hijos a muchos que carecen del talento, de la experiencia y de la virtud que son necesarias para dirigir su educación.

DOÑA IRENE

Lo que sé decirle a usted es que aún no había cumplido los diez y nueve años cuando me casé de primeras nuncias con mi difunto don Epifanio, que esté en el cielo. Y era un hombre que, mejorando lo presente, no es posible hallarle de más respeto, más caballeroso... Y, al mismo tiempo, más divertido y decididor. Pues, para servir a usted, ya tenía los cincuenta y seis, muy largos de talle, cuando se casó conmigo.

DON DIEGO

Buena edad... No era un niño, pero...

DOÑA IRENE

Pues a eso voy... Ni a mí podía convenirme en aquel entonces un boquirrubio, con los cascos a la jineta... No, señor... Y no es decir tampoco que estuviese achacoso ni quebrantado de salud, nada de eso. Sanito estaba, gracias a Dios, como una manzana, ni en su vida conoció otro mal sino una espe-

cie de alferecía que le amagaba de cuando en cuando. Pero luego que nos casamos dió en darle tan a menudo y tan recio, que a los siete meses me hallé viuda y encinta de una criatura que nació después, y, al cabo y al fin, se me murió de alfombrilla.

DON DIEGO

¡Oiga!... Mire usted si dejó sucesión el bueno de don Epifanio.

DOÑA IRENE

Sí, señor. ¿Pues por qué no?

DON DIEGO

Lo digo, porque luego saltan con... Bien que si uno hubiera de hacer caso... ¿Y fué niño, o niña?

DOÑA IRENE

Un niño muy hermoso. Como una p'ata era el angelito.

DON DIEGO

Cierto que es consuelo tener, así, una criatura y...

DOÑA IRENE

¡Ay, señor! Dan malos ratos; pero ¿qué importa? Es mucho gusto, mucho.

DON DIEGO

Ya lo creo.

DOÑA IRENE

Sí, señor.

DON DIEGO

Ya se ve que será una delicia y...*

DOÑA IRENE

¿Pues no ha de ser?

DON DIEGO

Un embeleso el verlo jugar, y reír, y acariciarlos, y merecer sus fiestecillas inocentes...

DOÑA IRENE

¡Hijos de mi vida! Veintidós he tenido en los tres matrimonios que llevo hasta ahora, de los cuales sólo esta niña me ha venido a quedar; pero le aseguro a usted que...*

ESCENA V

SIMÓN (*Sale por la puerta del foro.*), DOÑA IRENE, DON DIEGO.

SIMÓN

Señor, el mayoral está esperando.

DON DIEGO

Dile que voy allá... ¡Ah! Tráeme primero el sombrero y el bastón, que quisiera dar una vuelta por el campo. (*Entra Simón al cuarto de don Diego, saca un sombrero y un bastón, se los da a su amo, y al fin de la escena se va con él por la puerta del foro.*)

¿Conque supongo que mañana tempranito saldremos?

DOÑA IRENE

No hay dificultad. A la hora que a usted le parezca.

DON DIEGO

A eso de las seis, ¿eh?

DOÑA IRENE

Muy bien.

DON DIEGO

El sol nos da de espaldas... Le diré que venga una media hora antes.

DOÑA IRENE

Sí, que hay mil chismes que acomodar.

ESCENA VI

DOÑA IRENE, RITA.

DOÑA IRENE

¡Válgame Dios! Ahora que me acuerdo... Rita... Me le habrán dejado morir. Rita.

RITA

Señora.

(Sacará Rita unas sábanas y almohadas debajo del brazo.)

*Todas van a la
misma habitación.*

DOÑA IRENE

¿Qué has hecho del tordo? ¿Le diste de comer?

RITA

Sí, señora. Más ha comido que un avestruz. Ahí le puse en la ventana del pasillo.

DOÑA IRENE

¿Hiceste las camas?

RITA

La de usted ya está. Voy a hacer esotras antes de que anochezca, porque si no, como no hay más alumbrado que el del candil y no tiene garabato, me veo perdida.

DOÑA IRENE

Y aquella chica, ¿qué hace?

RITA

Está desmenuzando un bizcocho para dar de comer a *don Periquito*.

DOÑA IRENE

¡Qué pereza tengo de escribir! (*Se levanta y entra en su cuarto.*) Pero es preciso, que estará con mucho cuidado la pobre Circuncisión.

RITA

¡Qué chapucerías! No ha dos horas, como quien dice, que salimos de allá, y ya empie-

zan a ir y venir correos. ¡Qué poco me gustan a mí las mujeres gazmoñas y zalaineras!
(*Entrase en el cuarto de doña Francisca.*)

ESCENA VII

CALAMOCHA.

(*Sale por la puerta del foro con unas maletas, látigo y botas. Lo deja todo sobre la mesa y se sienta.*)

CALAMOCHA

¿Conque ha de ser el número tres? Vaya en gracia... Ya, ya conozco el tal número tres. Colección de bichos más abundante no la tiene el gabinete de historia natural... Miedo me da de entrar... ¡Ay, ay!... ¡Y qué agujetas! Estas sí que son agujetas... Paciencia, pobre Calamocha, paciencia... Y gracias a que los caballitos dijeron "no podemos más", que si no, por esta vez no sería yo el número tres, ni las plagas de Faraón que tiene dentro... En fin, como los animales amanezcan vivos, no será poco... Reventados están... (*Canta Rita desde dentro. Calamocha se levanta desperezándose.*) ¡Oiga!... ¿Seguidillitas?... Y no canta mal... ¡Vaya, aventura tenemos!... ¡Ay, qué desvencijado estoy!

ESCENA VIII

RITA, CALAMOCHA.

RITA

Mejor es cenar, no sea que nos alivien la ropa y... (*Forcejeando para echar la llave.*) Pues cierto que está bien acondicionada la llave.

CALAMOCHA

¿Gusta usted de que eche una mano, mi vida?

RITA

Gracias, mi alma.

CALAMOCHA

¡Calle!... ¡Rita!

RITA

¡Calamocha!

CALAMOCHA

¿Qué hallazgo es éste?

RITA

¿Y tu amo?

CALAMOCHA

Los dos acabamos de llegar.

RITA

¿De veras?

CALAMOCHA

No, que es chanza. Apenas recibió la carta de doña Paquita, yo no sé adónde fué ni con quién habló, ni cómo lo dispuso; sólo sé decirte que aquella tarde salimos de Zaragoza. Hemos venido como dos centellas por ese camino. Llegamos esta mañana a Guadalajara, y a las primeras diligencias nos hallamos con que los pájaros volaron ya. A caballo otra vez, y vuelta a correr y a sudar y dar chasquidos... En suma, molidos los rocines y nosotros a medio moler hemos parado aquí con ánimo de salir mañana... Mi teniente se ha ido al colegio mayor a ver a un amigo, mientras se dispone algo para cenar... Ésta es la historia.

RITA

¿Conque le tenemos aquí?

CALAMOCHA

Y enamorado más que nunca, celoso, amenazando vidas... Aventurado a quitar el hipo a cuantos le disputen la posesión de su Curritita idolatrada.

RITA

¿Qué dices?

CALAMOCHA

Ni más, ni menos.

*encaya con Cal^a descrip-
ción de m. c. u. n. o.
con la actividad que
adoptará después*

(3)

RITA

¡Qué gusto me das!... Ahora sí se conoce que la tiene amor.

CALAMOCHA

¿Amor?... ¡Friolera!... El moro Gazul fué para él un pelele; Medoro, un zascandil, y Gaiferos, un chiquillo de la doctrina.

RITA

¡Ay, cuando la señorita lo sepa!

CALAMOCHA

Pero acabemos. ¿Cómo te hallo aquí? ¿Con quién estás?... ¿Cuándo llegastes?... ¿Qué...?

RITA

Yo te lo diré. La madre de doña Paquita dió en escribir cartas y más cartas, diciendo que tenía concertado su casamiento en Madrid con un caballero rico, honrado, bienquisto, en suma, cabal y perfecto, que no había más que apetecer. Acosada la señorita con tales propuestas, y angustiada incesantemente con los sermones de aquella bendita monja, se vió en la necesidad de responder que estaba pronta a todo lo que la mandasen... Pero no te puedo ponderar cuánto lloró la pobrecilla, qué afligida estuvo. Ni quería comer, ni podía dormir... Y al mismo tiempo era preciso di-

simular para que su tía no sospechara la verdad del caso. Ello es que cuando, pasado el primer susto, hubo lugar de discurrir escapatória y arbitrios, no hallamos otro que el de avisar a tu amo, esperando que si era su cariño tan verdadero y de buena ley como nos había ponderado, no consentiría que su pobre Paquita pasara a manos de un desconocido y se perdiesen para siempre tantas caricias, tantas lágrimas y tantos suspiros, estrellados en las tapias del corral. A pocos días de haberle escrito, cata el coche de colleras, y el mayoral Gasparet con sus medias azules, y la madre y el novio, que vienen por ella; recogimos a toda prisa nuestros miriñaques, se atan los cofres, nos despedimos de aquellas buenas mujeres, y en dos latigazos llegamos anteayer a Alcalá. La detención ha sido para que la señorita visite a otra tía monja que tiene aquí, tan arrugada y tan sorda como la que dejamos allá. Ya la ha visto, ya la han besado bastante una por una todas las religiosas, y creo que mañana temprano saldremos. Pero esta casualidad nos... *

CALAMOCHA

Sí. No digas más... Pero... ¿Conque el novio está en la posada?

RITA

Ese es su cuarto. (*Señalando el cuarto de don Diego, el de doña Irene y el de doña Francisca.*), éste el de la madre y aquél el nuestro.

CALAMOCHA

¿Cómo nuestro? ¿Tuyo y mío?

RITA

No, por cierto. Aquí dormiremos esta noche la señorita y yo, porque ayer, metidas las tres en ese de enfrente, ni cabíamos de pie, ni pudimos dormir un instante, ni respirar siquiera.

CALAMOCHA

Bien... Adiós. (*Recoge los trastos que puso sobre la mesa, en ademán de irse.*)

RITA

¿Y adónde?

CALAMOCHA

Yo me entiendo... Pero el novio, ¿trae consigo criados, amigos o deudos que le quiten la primera zambullida que le amenaza?

RITA

Un criado viene con él.

CALAMOCHA

¡Poca cosa!... Mira, dile en caridad que se disponga, porque está de peligro. Adiós,

(2)

RITA

¿Y volverás presto?

CALAMOCHA

Se supone. Estas cosas piden diligencia, y aunque apenas puedo moverme, es necesario que mi teniente deje la visita y venga a cuidar de su hacienda, disponer el entierro de ese hombre, y... ¿Conque ese es nuestro cuarto, eh?

RITA

Sí. De la señorita y mío.

CALAMOCHA


¡Bribona!

RITA

¡Botarate! ¡Adiós!

CALAMOCHA

¡Adiós, aborrecida! (*Entrase con los trastos al cuarto de don Carlos.*)

ESCENA IX 

DOÑA FRANCISCA, RITA.

RITA

¡Qué malo es!... Pero... ¡Válgame Dios!
¡Don Félix aquí! Sí, la quiere, bien se cono-

ce... (*Sale Calamocha del cuarto de don Carlos y se va por la puerta del foro.*) ¡Oh! Por más que digan, los hay muy finos, y entonces, ¿qué ha de hacer una?... Quererlos, no tiene remedio, quererlos... Pero ¿qué dirá la señorita cuando le vea que está ciega por él? ¡Pobrecita! Pues no sería una lástima que... Ella es. (*Sale doña Francisca.*)

DOÑA FRANCISCA

¡Ay, Rita!

RITA

¿Qué es eso? ¿Ha llorado usted?

DOÑA FRANCISCA

¿Pues no he de llorar? Si vieras mi madre... Empeñada está en que he de querer mucho a ese hombre... Si ella supiera lo que sabes tú, no me mandaría cosas imposibles... ¡Y que es tan bueno! ¡Y que es tan rico, y que me irá tan bien con él!... Se ha enfadado tanto, y me ha llamado picarona, inobediente... ¡Pobre de mí! Porque no miento, ni sé fingir, por eso me llama picarona.

RITA

Señorita, por Dios, no se aflija usted.

DOÑA FRANCISCA

Ya, como tú no lo has oído... Y dice que

don Diego se queja de que yo no le digo nada... Harto le digo, y bien he procurado hasta ahora mostrarme contenta delante de él, que no lo estoy por cierto, y reirme y hablar niñerías... Y todo por dar gusto a mi madre, que si no... Pero bien sabe la Virgen que no me sale del corazón.

(Se va oscureciendo lentamente el teatro.)

RITA

Vaya, vamos, que no hay motivos todavía para tanta angustia... ¿Quién sabe?... ¿No se acuerda usted ya de aquel día del asueto que tuvimos el año pasado en la casa de campo del intendente?

DOÑA FRANCISCA

¡Ay! ¿Cómo puedo olvidarlo?... ¿Pero qué me vas a contar?

RITA

Quiero decir que aquel caballero que vimos allí con aquella cruz verde, tan galán, tan fino...

DOÑA FRANCISCA

¡Qué rodeos!... Don Félix, ¿Y qué?

RITA

Que nos fué acompañando hasta la ciudad...

DOÑA FRANCISCA

Y bien... Y luego volvió, y le vi, por mi desgracia, muchas veces... mal aconsejada de ti.

RITA

¿Por qué, señora?... ¿A quién dimos es-
cándalo? Hasta ahora, nadie lo ha sospecha-
do en el convento. El no entró jamás por las
puertas, y cuando de noche hablaba con us-
ted, mediaba entre los dos una distancia tan
grande, que usted la maldijo no pocas ve-
ces... Pero esto no es del caso. Lo que voy a
decir es que un amante como aquél no es po-
sible que se olvide tan presto de su querida
Paquita... Mire usted que todo cuanto hemos
leído a hurtadillas en las novelas no equivale
a lo que hemos visto en él... ¿Se acuerda us-
ted de aquellas tres palmadas que se oían en-
tre once y doce de la noche, de aquella sono-
ra punteada con tanta delicadeza y expresión?

DOÑA FRANCISCA

¡Ay, Rita! Sí, de todo me acuerdo, y mien-
tras viva conservaré la memoria... Pero está
ausente... Y entretenido acaso con nuevos
amores.

*Se ven hipocresía y verdades
en de la joven*

RITA

Eso no lo puedo yo creer.

DOÑA FRANCISCA

Es hombre al fin, y todos ellos...

RITA

¡Qué bobería! Desengañese usted, señorita. Con los hombres y las mujeres sucede lo mismo que con los melones de Añover. Hay de todo; la dificultad está en saber escogerlos. El que se lleve chasco en la elección, quejese de su mala suerte, pero no desacredite la mercancía... Hay hombres muy embusteros, muy picarones; pero no es creíble que lo sea el que ha dado pruebas tan repetidas de perseverancia y amor. Tres meses duró el terreno y la conversación a oscuras, y en todo aquel tiempo bien sabe usted que no vimos en él una acción descompuesta, ni oímos de su boca una palabra indecente ni atrevida.

DOÑA FRANCISCA

Es verdad. Por eso le quise tanto, por eso le tengo tan fijo aquí... aquí... (*Señalando el pecho.*) ¿Qué habrá hecho al ver la carta?... ¡Oh! Yo bien sé lo que habrá dicho... ¡Válgate Dios! ¡Es lástima!... Cierto. ¡Pobre Paquita!... Y se acabó... No habrá dicho más... Nada más.

RITA

No, señora, no ha dicho eso.

DOÑA FRANCISCA

¿Qué sabes tú?

RITA

Bien lo sé. Apenas haya leído la carta se habrá puesto en camino, y vendrá volando a consolar a su amiga... Pero...

(Acercándose a la puerta del cuarto de doña Irene.)

DOÑA FRANCISCA

¿A dónde vas?

RITA

Quiero ver si... ✱

DOÑA FRANCISCA

Está escribiendo.

RITA

Pues ya presto habrá de dejarlo, que em pieza a anochecer... Señorita, lo que le he dicho a usted es la verdad pura. Don Félix está ya en Alcalá.

DOÑA FRANCISCA

¿Qué dices? No me engañes.

RITA

Aqué! es su cuarto... Calamocha acaba de hablar conmigo.

*¿qué desea bre lo
moricio*

DOÑA FRANCISCA

¿De veras?

RITA

Sí, señora... Y le ha ido a buscar para...

DOÑA FRANCISCA

¿Conque me quiere? ¡Ay, Rita! M'ra tú si hicimos bien de avisarle... ¿Pero ves qué fina?... ¿Si vendrá bueno? ¡Correr tantas leguas sólo por verme... porque yo se lo mandé!... ¡Qué agradecida le debo estar!... ¡Oh! Yo le prometo que no se quejara de mí. Para siempre agradecimiento y amor.

RITA

Voy a traer luces. Procuraré detenerme por allá abajo hasta que vuelvan... Veré lo que dice y qué piensa hacer, porque hallándonos todos aquí pudiera haber una de Satanás entre la madre, la hija, el novio y el amante, y si no ensayamos bien esta contradanza, nos hemos de perder en ella.

DOÑA FRANCISCA

Dices bien... Pero no. El tiene resolución y talento, y sabrá determinar lo más conveniente... ¿Y cómo has de avisarme?... Mira que así que llegue le quiero ver.

RITA

No hay que dar cuidado. Yo le traeré por acá, y en dándome aquella tosecilla seca... ¿Me entiende usted?

DOÑA FRANCISCA

Sí, bien.

RITA

Pues entonces no hay más que salir con cualquier excusa. Yo me quedaré con la señora mayor, la hablaré de todos sus maridos y de sus cuñados, y del obispo que murió en el mar... Además, que si está allí don Diego...

DOÑA FRANCISCA

Bien, anda, y así que llegue...

RITA

Al instante.

DOÑA FRANCISCA

Que no se te olvide toser.

RITA

No haya miedo.

DOÑA FRANCISCA

¡Si vieras qué consolada estoy!

RITA

Sin que usted lo jure lo creo.

DOÑA FRANCISCA

¿Te acuerdas cuando me decía que era imposible apartame de su memoria, que no habría peligros que le detuvieran, ni dificultades que no atropellara por mí?

RITA

Sí. Bien me acuerdo.

DOÑA FRANCISCA

¡Ah!... Pues mira cómo me dijo la verdad.
(Doña Francisca se va al cuarto de doña Irene. Rita, por la puerta del foro.)



ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

(Teatro oscuro.)

DOÑA FRANCISCA

Nadie aparece aún... (*Acércase a la puerta del foro y vuelve.*) ¡Qué impaciencia tengo!... Y dice mi madre que soy una simple, que sólo pienso en jugar y en reír, y que no sé lo que es amor... Sí, diez y siete años, y no cumplidos; pero ya sé lo que es querer bien y la inquietud y las lágrimas que cuesta.

ESCENA II

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE

Sola y a oscuras me habéis dejado allí.

Verdadero en de
El seven

DOÑA FRANCISCA

Como estaba usted acabando su carta, mamá, por no estorbarla me he venido aquí, que está mucho más fresco.

DOÑA IRENE

¿Pero aquella muchacha, qué hace que no trae una luz? Para cualquiera cosa se está un año... Y yo, que tengo un genio como una pólvora... (*Siéntase.*) Sea todo por Dios... ¿Y don Diego, no ha venido?

DOÑA FRANCISCA

Me parece que no.

DOÑA IRENE

Pues cuenta, niña, con lo que te he dicho ya. Y mira que no gusto de repetir una cosa dos veces. Este caballero está sin sentido, y con muchísima razón...

DOÑA FRANCISCA

Bien, sí, señora, ya lo sé. No me riña usted más.

DOÑA IRENE

No es esto reñirte, hija mía; esto es aconsejarte. Porque como tú no tienes conocimiento para considerar el bien que se nos ha entrado por las puertas... Y lo atrasada que me coge, que yo no sé lo que hubiera sido

de tu pobre madre... Siempre cayendo y levantando... Médicos, botica... Que se dejaba pedir aquel caribe de don Bruno (Dios le haya coronado de gloria) los veinte y los treinta reales por cada papelillo de píldoras de coluquintida y asafétida... Mira que un casamiento como el que vas a hacer, muy pocas lo consiguen. Bien que a las oraciones de tus tías, que son unas bienaventuradas, debemos agradecer esta fortuna, y no a tus méritos ni a tu diligencia...; ¿qué dices?

DOÑA FRANCISCA

Yo, nada, mamá.

DOÑA IRENE

Pues nunca dices nada. ¡Válgame Dios, señor!... En hablándote de esto, no se te ocurre nada que decir.

ESCENA III

RITA (*Sale por la puerta del foro con luces y las pone encima de la mesa.*) DOÑA IRENE,
DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE

Vaya, mujer, yo pensé que en toda la noche venías.

RITA

Señora, he tardado, porque han tenido que ir a comprar las velas. Como el tufo del velón la hace a usted tanto daño...

DOÑA IRENE

Seguro que me hace muchísimo mal con esta jaqueca que padezco... Los parches de alcanfor al cabo tuve que quitármelos. Si no me sirvieron de nada. Con las obleas me parece que me va mejor... Mira, deja una luz ahí y llévate la otra a mi cuarto, y corre la cortina, que no se llene todo de mosquitos.

RITA

Muy bien.

(Toma una luz y hace que se va.)

DOÑA FRANCISCA

(Aparte a Rita.) ¿No ha venido?

RITA

Vendrá.

DOÑA IRENE

Oye, aquella carta que está sobre la mesa, dásela al mozo de la posada, para que la lleve al instante al correo... *(Vase Rita al cuarto de doña Irene.)* Y tú, niña, ¿qué has de cenar? Porque será menester recogernos presto para salir mañana de madrugada.

DOÑA FRANCISCA

Como las monjas me hicieron merendar..

DOÑA IRENE

Con todo eso... Siquiera unas sopas del puchero para el abrigo del estómago... *(Sale Rita con una carta en la mano, y hasta el fin de la escena hace que se va y vuelve, según lo indica el diálogo.)* Mira, has de calentar el caldo que apartamos al mediodía, y haznos un par de tazas de sopas y tráetelas luego que estén.

RITA

¿Y nada más?

DOÑA IRENE

No, nada más... ¡Ah! Y házmelas bien caldositas.

RITA

Sí, ya lo sé.

DOÑA IRENE

Rita.

RITA

¡Otra! ¿Qué me manda usted?

DOÑA IRENE

Encarga mucho al mozo que lleve la carta al instante... Pero no, señor; mejor es... No quiero que la lleve él, que son unos borrachones, que no se les puede... Has de decir a Simón que digo yo que me haga el gusto de echarla en el correo. ¿Lo entiendes?

RITA

Sí, señora.

DOÑA IRENE

¡Ah, mira!

RITA

¡Otra!

DOÑA IRENE

Bien que ahora no corre prisa... Es menester que luego me saques de ahí al tordo y colgarle por aquí, de modo que no se caiga y se me lastime... (*Vase Rita por la puerta del foro.*) ¡Qué noche tan mala me dió!... ¡Pues no se estuvo el animal toda la noche de Dios rezando el Gloria Patri y la oración del Santo Sudario!... Ello, por otra parte, edificaba, es cierto... Pero cuando se trata de dormir...

ESCENA IV

DOÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE

Pues mucho será que don Diego no haya tenido algún encuentro por ahí, y eso le detenga. Cierto que es un señor muy mirado muy puntual... ¡Tan buen cristiano! ¡Tan atento! ¡Tan bien hablado! ¡Y con qué gar-

*volvemos a considerar personas
por referencias indirectas*

bo y generosidad se porta! Ya se ve, un sujeto de bienes y de posibles... ¡Y qué casa tiene! Como un ascua de oro la tiene... Es mucho aquello. ¡Qué ropa blanca! ¡Qué batería de cocina! ¡Y qué despensa, llena de cuanto Dios crió!... Pero tú no parece que atiendes a lo que estoy diciendo.

DOÑA FRANCISCA

¡Sí, señora, bien lo oigo; pero no la quería interrumpir a usted.

DOÑA IRENE

Allí estarás, hija mía, como el pez en el agua; pajaritas del aire que apetecieras las tendrías, porque como él te quiere tanto y es un caballero tan de bien y tan temeroso de Dios... Pero mira, Francisquita, que me causa de veras el que siempre que te hablo de esto hayas dado en la flor de no responderme palabra... Pues no es cosa particular, señor.

DOÑA FRANCISCA

Mamá, no se enfade usted.

DOÑA IRENE

No es buen empeño de... ¡Y te parece ti que nos sé yo muy bien de donde viene todo eso? ¡No ves que conozco las locuras que se te han metido en esa cabeza de chorlito?... Perdóneme Dios.

DOÑA FRANCISCA

Pero... ¿Pues qué sabe usted?

DOÑA IRENE

¿Me quieres engañar a mí, eh? ¡Ay, hija! He vivido mucho, y tengo ya mucha trastienda y mucha penetración para que tú me engañes.

DOÑA FRANCISCA

(Aparte.) ¡Perdida soy!

*Vuelve al equi-
voco*

DOÑA IRENE

Sin contar con tu madre... Como si tal madre no tuviera... Yo te aseguro que aunque no hubiera sido con esta ocasión, de todos modos era ya necesario sacarte del convento. Aunque hubiera tenido que ir a pie y sola por ese camino, te hubiera sacado de allí... ¡Mire usted qué juicio de nieta es ~~esta~~! Que porque ha vivido un poco de tiempo entre monjas, ya se la puso en la cabeza el ser ella monja también... Ni qué entiende ella de eso, ni qué... En todos los estados se sirve a Dios, Frasquita; pero el complacer a su madre, asistirle, acompañarla y ser el consuelo de sus trabajos, esa es la primera obligación de una hija obediente. Y sépalo usted, si no lo sabe.

DOÑA FRANCISCA

Es verdad, mamá... Pero yo nunca he pensado abandonarla a usted.

DOÑA IRENE

Sí, que no sé yo...

DOÑA FRANCISCA

No, señora. Créame usted. La Paquita nunca se apartará de su madre, ni la dará disgustos.

DOÑA IRENE

Mira si es cierto lo que dices.

DOÑA FRANCISCA

Sí, señora; que yo no sé mentir.

DOÑA IRENE

Pues, hija, ya sabes lo que te he dicho. Ya ves lo que pierdes y la pesadumbre que me darás si no te portas en un todo como corresponde. Cuidado con ello.

DOÑA FRANCISCA

¡Pobre de mí! (*Aparte.*)

ESCENA V

DON DIEGO (*Sale por la puerta del foro, y deja sobre la mesa sombrero y bastón.*) DO-

ÑA IRENE, DOÑA FRANCISCA.

DOÑA IRENE

¿Pues cómo tan tarde?

DON DIEGO

Apenas salí, tropecé con el padre guardián de San Diego y el doctor Padilla, y hasta que me han hartado de chocolate y bollos no me han querido soltar... (*Siéntase junta a doña Irene.*) Y, a todo esto, ¿cómo va?

DOÑA IRENE

Muy bien.

DON DIEGO

¿Y doña Paquita?

DOÑA IRENE

Doña Paquita, siempre acordándose de sus monjas. Ya la digo que es tiempo de mudar de bisiesto y pensar sólo en dar gusto a su madre y obedecerla.

DON DIEGO

¡Qué diantre! ¿Con que tanto se acuerda de...?

DOÑA IRENE

¿Qué se admira usted? Son niñas... no saben lo que quieren, ni lo que aborrecen. En una edad así, tan...

DON DIEGO

No, poco a poco. Eso no. Precisamente en esa edad son las pasiones algo más enérgicas y decisivas que en la nuestra, y por cuanto la

razón se halla todavía imperfecta y débil, los impetus del corazón son mucho más violentos... (*Asiendo de una mano a doña Francisca, la hace sentar inmediata a él.*) Pero de veras, doña Paquita, ¿se volvería usted al convento de buena gana?... La verdad.

DOÑA IRENE

Pero si ella no...

DON DIEGO

Déjela usted, señora, que ella respondiera

DOÑA FRANCISCA

Bien sabe usted lo que acabo de decirle... No permita Dios que yo la dé que sentir.

DON DIEGO

Pero eso lo dice usted tan afligida y...

DOÑA IRENE

Si es natural, señor. No ve usted que

DON DIEGO

¡Calle usted, por Dios, doña Irene, y no me diga usted a mí lo que es natural!... Lo que es natural es que la chica esté llena de miedo y no se atreve a decir una palabra que se oponga a lo que su madre quiere que diga... Pero si esto hubiese, por vida mía que e ábamos lucidos.

DOÑA FRANCISCA

No, señor, lo que dice su merced, eso digo

yo, lo mismo. Porque en todo lo que me manda la obedeceré.

DON DIEGO

¡Mandar, hija mía!... En estas materias tan delicadas, los padres que tienen juicio no mandan. Insinúan, proponen, aconsejan, eso sí, todo eso sí; ¡pero mandar!... ¿Y quién ha de evitar después las resultas funestas de lo que mandaron? ¿Pues cuántas veces vemos matrimonios infelices, uniones monstruosas verificadas solamente porque un padre tonto se metió a mandar lo que no debiera? ¿Cuántas veces una desdichada mujer halla anticipada la muerte en el encierro de un claustro, porque su madre o su tío se empeñaron en regalar a Dios lo que Dios no quería?... ¡Eh! No, señor; eso no va bien... Mire usted, doña Paquita, yo no soy de aquellos hombres que disimulan los defectos. Yo sé que ni mi figura ni mi edad son para enamorar perdidamente a nadie; pero tampoco he creído imposible que una muchacha de juicio y bien criada llegase a quererme con aquel amor tranquilo y constante que tanto se parece a la amistad y es el único que puede hacer matrimonios felices. Para conseguirlo, no he ido a buscar ninguna hija de familia de estas que viven en una decente

opiniones de doña Paquita

libertad... Decente, que yo no culpo lo que no se opone al ejercicio de la virtud. ¿Pero cuál sería entre todas ellas la que no estuviese ya prevenida en favor de otro amante más apetecible que yo? Y en Madrid, figúrese usted, en un Madrid... Lleno de estas ideas, me pareció que tal vez hallaría en usted todo cuanto yo deseaba.

DOÑA IRENE

Y puede usted creer, señor don Diego, que... *

DON DIEGO

Voy a acabar, señora, déjeme usted acabar. Yo me hago cargo, querida Paquita, de lo que habrán influído en una niña también inclinada como usted las santas costumbres que ha visto practicar en aquel inocente asilo de la devoción y la virtud; pero si a pesar de todo esto la imaginación acalorada, las circunstancias imprevistas, la hubiesen hecho elegir sujeto más digno, sepa usted que yo no quiero nada con violencia. Yo soy ingenuo: mi corazón y mi lengua no se contradicen jamás. Esto mismo la pido a usted, Paquita: sinceridad. El cariño que a usted la tengo no la debe hacer infeliz... Su madre de usted no es capaz de querer una injusticia, y sabe muy bien que a nadie se le hace

dichoso por la fuerza. Si usted no halla en mí prendas que la inclinen; si siente algún otro cuidadillo en su corazón, créame usted, la menor disimulación en esto nos daría a todos muchísimo que sentir.

DOÑA IRENE

¿Puedo hablar ya, señor?

DON DIEGO

Ella, ella debe hablar, y sin apuntador, y sin intérprete.

DOÑA IRENE

Cuando yo se lo mande.

DON DIEGO

Pues ya puede usted mandárselo, porque a ella le toca responder... Con ella he de casarme, con usted no.

DOÑA IRENE

Yo, creo, señor don Diego, que ni con ella ni conmigo. ¿En qué concepto nos tiene usted?... Bien dice su padrino, y bien claro me lo escribió días ha, cuando le di parte de este casamiento. Que aunque no la ha vuelto ha ver desde que la tuvo en la pila, la quiere muchísimo, y a cuantos pasan por el Burgo de Osmá les pregunta cómo está y continuamente nos envía memorias con el ordinario.

DON DIEGO

Y bien, señora, ¿qué escribió el padrino?... O, por mejor decir, ¿qué tiene que ver nada de eso con lo que estamos hablando?

DOÑA IRENE

Sí, señor, que tiene que ver; sí, señor. Y aunque yo lo diga, le aseguro a usted que ni un padre de Atocha hubiera puesto una carta mejor que la que él me escribió sobre el matrimonio de la niña... Y no es ningún cate-drático, ni bachiller, ni nada de eso, sino un cualquiera, como quien dice: un hombre de capa y espada, con un empleíllo infeliz en el ramo del viento, que apenas le da para comer... Pero es muy ladino, y sabe de todo, y tiene una labia, y escribe que da gusto... Casi toda la carta venía en latín, no le parezca a usted, y muy buenos consejos que me daba en ella. Que no es posible sino que adivinase lo que nos está sucediendo.

DON DIEGO

Pero, señora, si no sucede nada, ni hay cosa que a usted la deba disgustar.

DOÑA IRENE

¿Pues no quiere usted que me disguste oyéndole hablar de mi hija en unos términos

que...? ¡Ella otros amores, ni otros cuidados!... Pues si tal hubiera... ¡Válgame Dios!... La mataba a golpes, mire usted... Respóndele, una vez que quiere que hables y que yo no chiste. Cuéntale los novios que dejaste en Madrid cuando tenías doce años, y los que has adquirido en el convento al lado de aquella santa mujer. Díselo, para que se tranquilice y ...

DON DIEGO

Yo, señora, estoy más tranquilo que usted...

DOÑA IRENE

Respóndele.

DOÑA FRANCISCA

Yo no sé qué decir. Si ustedes se enfadan...

DON DIEGO

No, hija mía; esto es dar alguna expresión a lo que se dice; pero enfadarnos, no, por cierto. Doña Irene sabe lo que yo la estimo.

DOÑA IRENE

Sí, señor, que lo sé, y estoy sumamente agradecida a los favores que usted nos hace... Por eso mismo...

DON DIEGO

No se hable del agradecimiento. Cuanto yo

puedo hacer, todo es poco... Quiero, que doña Paquita esté contenta.

DOÑA IRENE

¿Pues no ha de estarlo? Responde.

DOÑA FRANCISCA

Sí, señor, que lo estoy.

DON DIEGO

Y que la mudanza de estado que se la previene no le cueste el menor sentimiento.

DOÑA IRENE

No, señor; todo al contrario... Boda más a gusto de todos, no se pudiera imaginar.

DON DIEGO

En esa inteligencia, puedo asegurarla que no tendrá motivos de arrepentirse después. En nuestra compañía vivirá querida y adorada, y espero que a fuerza de benéficos se de merecer su estimación y su amistad.

DOÑA FRANCISCA

¡Gracias, señor don Diego!... ¡A una huérfana pobre, desvalida como yo!...

DON DIEGO

Pero de prendas tan estimables, que la hacen a usted digna todavía de mayor fortuna.

DOÑA IRENE

Ven aquí, ven... Ven aquí, Paquita.

DOÑA FRANCISCA

¡ Mamá!

(*Levántase doña Francisca, abraza a su madre y se acarician mutuamente.*)

DOÑA IRENE

¿ Ves lo que te quiero?

DOÑA FRANCISCA

Bien lo conozco.

DOÑA IRENE

¡ Hija de mi vida!... ¿ Has de ser buena?

DOÑA FRANCISCA

Sí, señora.

DOÑA IRENE

¡ Ay, que no sabes tú lo mucho que te quiere tu madre!

DOÑA FRANCISCA

Pues qué, ¿ no la quiero yo a usted?

DON DIEGO

Vamos, vamos de aquí (*Levántase don Diego y después doña Irene.*) No venga alguno y nos halle a los tres llorando como tres chiquillos.

DOÑA IRENE

Sí, dice usted bien.

(Vanse los dos al cuarto de doña Irene. Doña Francisca va detrás, y Rita, que sale por la puerta del foro, la hace detener.)

ESCENA VI

RITA, DOÑA FRANCISCA.

RITA

Señorita... ¡Eh! ¡Chits!... Señorita...

DOÑA FRANCISCA

¿Qué quieres?

RITA

Ya ha venido.

DOÑA FRANCISCA

¿Cómo?

RITA

Ahora misma acaba de llegar. Le he dado un abrazo, con licencia de usted, y ya sube por la escalera.

DOÑA FRANCISCA

¡Ay, Dios mío!... ¿Y qué debo hacer?

RITA

¡Donosa pregunta!... Vaya; lo que importa es no gastar el tiempo en melindres de amor... Al asunto..., y juicio. Y mire usted que en el

paraje en que estamos la conversación no puede ser muy larga... Ahí está.

DOÑA FRANCISCA

Sí... El es.

RITA

Voy a cuidar de aquella gente... Valor, señorita, y resolución.

(Rita se va al cuarto de doña Irene.)

DOÑA FRANCISCA

No, no, que yo también... Pero no lo merece.

ESCENA VII

DON CARLOS *(Sale por la puerta del foro.)*,

DOÑA FRANCISCA.

DON CARLOS

¡Paquita!... ¡Vida mía! Ya estoy aquí.
¿Cómo va, hermosa, cómo va?

DOÑA FRANCISCA

Bien venido.

DON CARLOS

¿Cómo tan triste?... ¿No merece mi llegada más alegría?

DOÑA FRANCISCA

Es verdad; pero acaban de sucederme cosas que me tienen fuera de mí... ¿Sabe usted?... Sí, bien lo sabe usted... Después de escrita aquella carta fueron por mí... Mañana, a Madrid... Ahí está mi madre.

DON CARLOS

¿En dónde?

DOÑA FRANCISCA

Ahí, en ese cuarto.

(Señalando al cuarto de doña Irene.)

DON CARLOS

¿Sola?

DOÑA FRANCISCA

No, señor.

DON CARLOS

Estará en compañía del prometido esposo.
(Se acerca al cuarto de doña Irene. Se detiene y vuelve.) Mejor... ¿Pero no hay nadie más con ella?

DOÑA FRANCISCA

Nadie más; solos están... ¿Qué piensa usted hacer?

DON CARLOS

Si me dajase llevar de mi pasión y de lo que esos ojos me inspiran, una temeridad... Pero tiempo hay... El también será hombre de honor, y no es justo insultarle porque quiere bien a una mujer tan digna de ser querida... Yo no conozco a su madre de usted, ni... Vamos, ahora nada se puede hacer... Su decoro de usted merece la primera atención.

Responde por su enemiga

DOÑA FRANCISCA

Es mucho el empeño que tiene en que me case con él.

DON CARLOS

No importa.

DOÑA FRANCISCA

Quiere que esta boda se celebre así que lleguemos a Madrid.

DON CARLOS

¿Cuál? No, eso no.

DOÑA FRANCISCA

Los dos están de acuerdo, y dicen...*

DON CARLOS

Bien..., dirán... Pero no puede ser.

DOÑA FRANCISCA

Mi madre no me habla continuamente de otra materia... Me amenaza, me ha llenado de temor... Él insta por su parte; me ofrece tantas cosas, me...

DON CARLOS

¿Y usted qué esperanza le da?... ¿Ha prometido quererle mucho?

DOÑA FRANCISCA

¡Ingrato!... ¿Pues no sabe usted que...?
¡Ingrato!

DON CARLOS

Sí, no lo ignoro, Paquita... Yo he sido el primer amor.

DOÑA FRANCISCA

Y el último.

DON CARLOS

Y antes perderé la vida que renunciar al lugar que tengo en ese corazón... Todo él es mío... ¿Digo bien?

(Asiéndola de las manos.)

DOÑA FRANCISCA

¿Pues de quién ha de ser?

DON CARLOS

¡Hermosa! ¡Qué dulce esperanza me ani-

ma! Una sola palabra de esa boca me asegura... Para todo me da valor... En fin, ya estoy aquí. ¿Usted me llama para que la defienda, la libre, la cumpla una obligación mil y mil veces prometida? Pues a eso mismo vengo yo... Si ustedes se van a Madrid mañana, yo voy también. Su madre de usted sabrá quién soy... Allí puedo contar con el favor de un anciano respetable y virtuoso, a quien más que tío debo llamar amigo y padre. No tiene otro deudo más inmediato, ni más querido que yo; es hombre muy rico, y si los dones de la fortuna tuviesen para usted algún atractivo, esta circunstancia añadiría felicidades a nuestra unión.

DOÑA FRANCISCA

¿Y qué vale para mí toda la riqueza del mundo?

DON CARLOS

Ya lo sé. La ambición no puede agitar a un alma tan inocente.

DOÑA FRANCISCA

¡Querer y ser querida!... Ni apetezco más, ni conozco mayor fortuna.

DON CARLOS

Ni hay otra... Pero usted debe serenarse y.

esperar que la suerte mude nuestra aflicción presente en durables dichas.

DOÑA FRANCISCA

¿Y qué se ha de hacer para que a mi pobre madre no la cueste una pesadumbre? ¡Me quiere tanto!... Sí, acabo de decirla que no la disgustaré, ni me apartaré de su lado jamás; que siempre seré obediente y buena... ¡Y me abrazaba con tanta ternura! ¡Quedó tan consolada con lo poco que acerté a decirla!... Yo no sé, no sé qué camino ha de hallar usted para salir de estos ahogos.

DON CARLOS

Yo le buscaré... ¿No tiene usted confianza en mí?

DOÑA FRANCISCA

¿Pues no he de tenerla? Piensa usted que estuviera yo viva si esa esperanza no me animase? Sola y desconocida de todo el mundo, ¿qué había yo de hacer? Si usted no hubiese venido, mis melancolías me hubieran muerto, sin tener a quien volver los ojos, ni poder comunicar a nadie la causa de ellas... Pero usted ha sabido proceder como caballero y

amante, y acaba de darme con su venida la prueba mayor de que me quiere.

(Se enternece y llora.)

DON CARLOS

¡Qué llanto!... ¡Cómo persuade!... Sí, Paquita, yo solo basto para defenderla a usted de cuantos quieran oprimirla. A un amante favorecido, ¿quién puede oponérsele? Nada hay más que temer.

DOÑA FRANCISCA

¿Es posible?

DON CARLOS

Nada... Amor ha unido nuestras almas en estrechos nudos, y sólo el brazo de la muerte bastará a dividirlos.

ESCENA VIII

RITA, DON CARLOS, DOÑA FRANCISCA.

RITA

Señorita, adentro. La mamá pregunta por usted. Voy a traer la cena, y se van a recoger al instante... Y usted, señor galán, ya puede también disponer de su persona.

DON CARLOS

Sí, que no conviene anticipar sospechas... Nada tengo que añadir.

DOÑA FRANCISCA

Ni yo.

Hasta mañana. Con la luz del día veremos a este dichoso competidor.

RITA

Un caballero muy honrado, muy rico, muy prudente; con su chupa larga, su canisola limpia y sus sesenta años debajo del peluquín
(*Se va por la puerta del foro.*)

DOÑA FRANCISCA

Hasta mañana.

DON CARLOS

Adiós, Paquita.

DOÑA FRANCISCA

Acuéstese usted, y descanse.

DON CARLOS

¿Descansar con celos?

DOÑA FRANCISCA

¿De quién?

DON CARLOS

Buenas noches... Duerma usted bien. Paquita.

DOÑA FRANCISCA

¿Dormir con amor?

DON CARLOS

Adiós, vida mía.

DOÑA FRANCISCA

Adiós' (*Entrase al cuarto de doña Irene.*)

ESCENA IX

DON CARLOS, CALAMOCHA, RITA.

DON CARLOS

¡Quitármela! (*Paseándose con inquietud.*)
 No... Sea quien fuere, no me la quitará. Ni su madre ha de ser tan imprudente que se obstine en verificar este matrimonio, repugnándolo su hija..., mediando yo... ¡Sesenta años!... Precisamente será muy rico... ¡El dinero!... ¡Maldito él sea, que tantos desórdenes origina!

CALAMOCHA

(*Sale Calamocha por la puerta del foro.*)
 Pues, señor, tenemos un medio cabrito asado, y... A lo menos, parece cabrito. Tenemos una magnífica ensalada de berros, sin anapelos ni otra materia extraña, bien lavada, escurrida y condimentada por estas manos pecadoras,

que no hay más que pedir. Pan de Meco, vino de la Tercia... Conque, si hemos de cenar y dormir, me parece que sería bueno...

DON CARLOS

Vamos... ¿Y adónde ha de ser?

CALAMOCHA

Abajo... Allí he mandado poner una angosta y fermentida mesa, que parece un banco de herrador.

(Sale Rita por la puerta del foro, con unos platos, taza, cucharas y servilleta.)

RITA

¿Quien quiere sopas?

DON CARLOS

Buen provecho.

CALAMOCHA

Si hay alguna real moza que guste de cenar
→ cabrito, levante el dedo.

RITA

La real moza se ha comido ya media cazuela de albondiguillas... Pero lo agradece, señor militar.

(Entrase en el cuarto de doña Irene.)

CALAMOCHA

Agradecida te quiero yo, niña de mis ojos.

Ogacino

DON CARLOS

¿Conque vamos?

CALAMOCHA

¡Ay, ay, ay! (*Calamocha se encamina a la puerta del foro y vuelve; se acerca a don Carlos y hablan con reserva hasta el fin de la escena, en que Calamocha se adelanta a saludar a Simón.*) ¡Eh! ¡Chit! Digo...

DON CARLOS

¿Qué?

CALAMOCHA

¿No ve usted lo que viene por allí?

DON CARLOS

¿Es Simón?

CALAMOCHA

El mismo... Pero, ¿quién diablos le...?

DON CARLOS

¿Y qué haremos?

CALAMOCHA

¿Qué sé yo?... Sonsacarle, mentir y... ¿Me da usted licencia para que...?

DON CARLOS

Sí, miente lo que quieras... ¿A qué habra venido este hombre?

ESCENA X

SIMÓN (*Sale por la puerta el foro.*), CALAMOCHA, DON CARLOS.

CALAMOCHA

Simón, ¿tú por aquí?

SIMÓN

Adiós, Calamocha. ¿Cómo va?

CALAMOCHA

Lindamente.

SIMÓN

Cuánto me alegro de... *

DON CARLOS

¡Hombre! ¿Tú en Alcalá? ¿Pues qué novedad es ésta?

SIMÓN

¡Oh, estaba usted ahí, señorito!! ¡Voto a sanes!

DON CARLOS

¿Y mi tío?

SIMÓN

Tan bueno.

CALAMOCHA

Pero, ¿se ha quedado en Madrid, o...?

SIMÓN

¿Quién me había de decir a mí...? ¡Cosa como ella! Tan ajeno estaba yo ahora de... Y usted, de cada vez más guapo... ¿Conque usted irá a ver al tío, eh?

CALAMOCHA

Tú habrás venido con algún encargo del amo.

SIMÓN

¡Y qué calor traje, y qué polvo por ese camino! ¡Ya, ya!

CALAMOCHA

¿Alguna cobranza tal vez, eh?

DON CARLOS

Puede ser. Como tiene mi tío ese poco de hacienda en Ajalvir... ¿No has venido a eso?

SIMÓN

¡Y qué buena maula le ha salido el administrador! Labriego más marrullero y más bellaco, no le hay en toda la campiña... ¿Conque usted viene ahora de Zaragoza?

DON CARLOS

Pues... Figúrate tú.

SIMÓN

¿O va usted allá?

DON CARLOS

¿Adónde?

SIMÓN

A Zaragoza. ¿No está allí el regimiento?

CALAMOCHA

Pero, hombre, si salimos el verano pasado de Madrid, ¿no habíamos de haber andado más de cuatro leguas?

SIMÓN

¿Qué sé yo? Algunos van por la posta y tardan más de cuatro meses en llegar... Debe de ser un camino muy malo.

CALAMOCHA

Maldito (*Aparte, separándose de Simón.*) seas tú y tu camino, y la bribona que te dió papilla.

DON CARLOS

Pero aún no me has dicho si mi tío está en Madrid o en Alcalá, ni a qué has venido, ni...

SIMÓN

Bien, a eso voy... Sí, señor, voy a decir a usted... Conque... Pues el amo me dijo...

ESCENA XI

DON DIEGO, DON CARLOS, SIMÓN, CALA-
MOCHA.

(Desde dentro.) No, no es menester. Si hay luz aquí. Buenas noches, Rita. *(Don Carlos se turba y se aparta a un extremo del teatro.)*

DON CARLOS

¡Mi tío!

(Sale don Diego del cuarto de doña Irene, encaminándose al suyo. Repara en don Carlos y se acerca a él. Simón le alumbra y vuelve a dejar la luz sobre la mesa.)

DON DIEGO

Simón.

SIMÓN

Aquí estoy, señor.

DON CARLOS

¡Todo se ha perdido!

DON DIEGO

Vamos... Pero..., ¿quién es?

SIMÓN

Un amigo de usted, señor.

DON CARLOS

Yo estoy muerto.

DON DIEGO

¿Cómo un amigo?... ¡Qué!... Acerca esa luz...

DON CARLOS

¡Tío!

(*En ademán de besarle la mano a don Diego, que le aparta de sí con enojo.*)

DON DIEGO

Quítate de ahí.

DON CARLOS

Señor...

DON DIEGO

Quítate... No sé cómo no le... ¿Qué haces aquí?

DON CARLOS

Si usted se altera y... ✕

DON DIEGO

¿Qué haces aquí?

DON CARLOS

Mi desgracia me ha traído.

DON DIEGO

¡Siempre dándome que sentir, siempre!
 Pero... (*Acercándose a don Carlos.*) ¿qué dices? ¿De veras ha ocurrido alguna desgracia? Vamos... ¿Qué te sucede?... ¿Por qué estás aquí?

CALAMOCHA

Porque le tiene a usted ley, y le quiere bien, y

DON DIEGO

A ti no te pregunto nada... ¿Por qué has venido de Zaragoza sin que yo lo sepa?... ¿Por qué te asusta el verme?... Algo has hecho. Sí. Alguna locura has hecho, que le habrá de costar la vida a tu pobre tío.

DON CARLOS

No, señor, que nunca olvidará las máximas de honor y prudencia que usted me ha inspirado tantas veces.

DON DIEGO

¿Pues a qué viniste?... ¿Es desafío? ¿Son deudas? ¿Es algún disgusto con tus jefes?... Sácame de esta inquietud, Carlos. Hijo mío, sácame de este afán.

CALAMOCHA

Si todo ello no es más que...✱

DON DIEGO

Ya he dicho que calles... Ven acá (*Asiendo de una mano a don Carlos, se aparta con él a un extremo del teatro y le habla en voz baja.*)
Díme qué ha sido.

DON CARLOS

Una ligereza, una falta de sumisión a usted... Venir a Madrid sin pedirle licencia primero... Bien arrepentido estoy, considerando la pesadumbre que le he dado al verme.

DON DIEGO

¿Y qué otra cosa hay?

DON CARLOS

Nada más, señor.

DON DIEGO

¿Pues qué desgracia es aquella de que me hablaste?

DON CARLOS

Ninguna. La de hallarle a usted en este paraje..., y haberle disgustado tanto, cuando yo esperaba sorprenderle en Madrid, estar en su compañía algunas semanas y volverme contento de haberle visto.

DON DIEGO

¿No hay más?

DON CARLOS

No, señor.

DON DIEGO

Míralo bien.

DON CARLOS

No, señor... A eso venía. No hay nada más.

DON DIEGO

Pero no me digas tú a mí... Si es imposible que estas escapadas se... No, señor... ¿Ni quién ha de permitir que un oficial se vaya cuando se le antoje y abandone de ese modo sus banderas?... Pues si tales ejemplos se repitieran mucho, adiós disciplina militar... Vamos... Eso no puede ser.

DON CARLOS

Considere usted, tío, que estamos en tiempo de paz, que en Zaragoza no es necesario un servicio tan exacto como en otras plazas, en que no se permite descanso a la guarnición... Y, en fin, puede usted creer que este viaje supone la aprobación y licencia de mis superiores, que yo también miro por mi estimación, y que cuando me he venido, estoy seguro de que no hago falta.

DON DIEGO

Un oficial siempre hace falta a sus soldados. El rey le tiene allí para que los instruya, los proteja y los dé ejemplos de subordinación, de valor, de virtud...

DON CARLOS

Bien está; pero ya he dicho los motivos...

DON DIEGO

Todos esos motivos no valen nada... ¡Porque le dió la gana de ver al tío!... Lo que quiere su tío de usted no es verle cada ocho días, sino saber que es hombre de juicio y que cumple con sus obligaciones. Eso es lo que quiere... Pero (*Alza la voz y se pasea inquieto.*) yo tomaré mis medidas para que estas locuras no se repitan otra vez... Lo que usted ha de hacer ahora es marcharse inmediatamente.

DON CARLOS

Señor, sí...

DON DIEGO

No hay remedio... Y ha de ser al instante. Usted no ha de dormir aquí.

CALAMOCHA

Es que los caballos no están ahora para correr... Ni pueden moverse.

DON DIEGO

Pues con ellos (*A Calamocha*), y con las maletas al mesón de afuera... Usted (*A don Carlos.*) no ha de dormir aquí... Vamos (*A*

Calamocha), tú, buena pieza, menéate. Abajo con todo. Pagar el gasto que se haya hecho, sacar los caballos y marchar... Ayúdale tú...
(*A Simón.*) ¿Qué dinero tienes ahí?

SIMÓN

Tendré unas cuatro o seis onzas.

(*Saca de un bolsillo algunas monedas, y se las da a don Diego.*)

DON DIEGO

Dámelas acá... Vamos, ¿qué haces?... (*A Calamocha.*) ¿No te he dicho que ha de ser al instante?... Volando. Y tú (*A Simón.*) ve con él, ayúdale, y no te me apartes de allí hasta que se hayan ido.

(*Los dos criados entran en el cuarto de don Carlos.*)

ESCENA XII

DON DIEGO, DON CARLOS.

Tome usted. (*Le da el dinero.*) Con eso hay bastante para el camino... Vamos, que cuando yo lo dispongo así, bien sé lo que me hago... ¿No conoces que es todo por tu bien, y que ha sido desatino el que acabas de hacer?... Y no hay que afligirse por eso, ni

creas que es falta de cariño... Ya sabes lo que te he querido siempre, y en obrando tú según corresponde, seré tu amigo, como lo he sido hasta aquí.

DON CARLOS

Ya lo sé.

DON DIEGO

Pues bien; ahora obedece lo que te mando.

DON CARLOS

Lo haré sin falta.

DON DIEGO

Al mesón de afuera. (*A los dos criados, que salen con los trastos del cuarto de don Carlos y se van por la puerta del foro.*) Allí puedes dormir mientras los caballos comen y descansan... Y no me vuelvas aquí por ningún pretexto, ni entres en la ciudad..., cuidado. Y a eso de las tres o las cuatro, marchar. Mira que he de saber a la hora que sales. ¿Lo entiendes?

DON CARLOS

Sí, señor.

DON DIEGO

Mira que lo has de hacer.

DON CARLOS

Sí, señor; haré lo que usted me manda.

DON DIEGO

Muy bien... Adiós... Todo te lo perdono... Vete con Dios... Y yo sabré también cuando llegas a Zaragoza; no te parezca que estoy ignorante de lo que hiciste la vez pasada.

DON CARLOS

¿Pues qué hice yo?

DON DIEGO

Si te digo que lo sé y que te lo perdono, ¿qué más quieres? No es tiempo ahora de tratar de eso. Vete.

DON CARLOS

Quede usted con Dios.

(Hace que se va y vuelve.)

DON DIEGO

¿Sin besar la mano a su tío, eh?

DON CARLOS

No me atreví.

(Besa la mano a don Diego y se abrazan.)

DON DIEGO

Y dame un abrazo, por si no nos volvemos a ver.

DON CARLOS

¿Qué dice usted? ¡No lo permita Dios!

DON DIEGO

¡Quién sabe, hijo mío! ¿Tienes algunas deudas? ¿Te falta algo?

DON CARLOS

No, señor; ahora no.

DON DIEGO

Mucho es, porque tú siempre tiras por largo... Como cuentas con la bolsa del tío... Pues bien; yo escribiré al señor Aznar para que te dé cien doblones de orden mía. Y mira cómo los gastas... ¿Juegas?

DON CARLOS

No, señor; en mi vida.

DON DIEGO

Cuidado con eso... Conque buen viaje. Y no te acalores: jornadas regulares, y nada más... ¿Vas contento?

DON CARLOS

No, señor. Porque usted me quiere mucho, me llena de beneficios, y yo le pago mal.

DON DIEGO

No se hable ya de lo pasado... Adiós.

DON CARLOS

¿Queda usted enojado conmigo?

DON DIEGO

No, no por cierto... Me disgusté bastante; pero ya se acabó... No me des que sentir. (*Poniéndole ambas manos sobre los hombros.*) Portarse como hombre de bien.

DON CARLOS

No lo dude usted.

DON DIEGO

Como oficial de honor.

DON CARLOS

Así lo prometo.

DON DIEGO

Adiós, Carlos. (*Abrazándose.*)

DON CARLOS

¡Y la dejo!... (*Aparte, al irse por la puerta del foro.*) ¡Y la pierdo para siempre!

ESCENA XIII

DON DIEGO

Demasiado bien se ha compuesto... Luego lo sabrá, enhorabuena... Pero no es lo mismo escribírselo que... Después de hecho, no importa nada... ¡Pero siempre aquel respeto al tío!... Como una malva es.

(Se enjuga las lágrimas, toma la luz y se va a su cuarto. El teatro queda solo y oscuro por un brevè espacio.)

ESCENA XIV

DOÑA FRANCISCA, RITA.

(Salen del cuarto de doña Irene. Rita sacará una luz y la pone encima de la mesa.)

RITA

Mucho silencio hay por aquí.

DOÑA FRANCISCA

Se habrán recógido ya... Estarán reuidos...

RITA

Precisamente.

DOÑA FRANCISCA

¡Un camino tan largo!

RITA

¡A lo que obliga el amor, señorita!

DOÑA FRANCISCA

Sí, bien puedes decirlo: amor... ¿Y yo, qué no hiciera por él?

RITA

Y deje usted, que no ha de ser éste el úl-

timo milagro. Cuando llegemos a Madrid, entonces será ella... ¡El pobre don Diego, qué chasco se va a llevar! Y, por otra parte, vea usted qué señor tan bueno, que cierto da lástima...

DOÑA FRANCISCA

Pues en eso consiste todo. Si él fuese un hombre despreciable, ni mi madre hubiera admitido su pretensión, ni yo tendría que disimular mi repugnancia... Pero ya es otro tiempo, Rita. Don Félix ha venido, y ya no temo a nadie. Estando mi fortuna en su mano, me considero la más dichosa de las mujeres.

RITA

¡Ay! Ahora que me acuerdo... Pues poquito que me lo encargó... Ya se ve, si con estos amores tengo yo también la cabeza... Voy por él.

(Encaminándose al cuarto de doña Irene.)

DOÑA FRANCISCA

¿A qué vas?

RITA

El tordo, que ya se me olvidaba sacarle de allí.

DOÑA FRANCISCA

Sí, tráele, no empiece a rezar como ano-

che... Allí quedó junto a la ventana... Y ve con cuidado, no despierte mamá.

RITA

Si, mire usted el estrépito de caballerías que anda por allá abajo... Hasta que lleguemos a nuestra calle del Lobo, número siete, no hay que pensar en dormir... Y ese maldito portón, que rechina que...✶

DOÑA FRANCISCA

Te puedes llevar la luz.

RITA

No es menester, que ya sé donde está...✶
(*Vase al cuarto de doña Irene.*)

ESCENA XV

SIMÓN (*Sale por la puerta del foro.*), DOÑA FRANCISCA.

Yo pensé que estaban ustedes acostados.

SIMÓN

El amo ya habrá hecho esa diligencia, pero yo todavía no sé en dónde he de tender el rancho... Y buen sueño que tengo.

DOÑA FRANCISCA

¿Qué gente nueva ha llegado ahora?

SIMÓN

Nadie. Son unos que estaban ahí, y se han ido.

DOÑA FRANCISCA

¿Los arrieros?

SIMÓN

No, señora. Un oficial y un criado suyo, que parece que se van a Zaragoza.

DOÑA FRANCISCA

¿Quiénes dice que son?

SIMÓN

Un teniente coronel y su asistente.

DOÑA FRANCISCA

¿Y estaban aquí?

SIMÓN

Sí, señora. Ahí, en ese cuarto.

DOÑA FRANCISCA

No los he visto.

SIMÓN

Parece que llegaron esta tarde y... A la cuenta, habrán despachado ya la comisión que traían... Conque se han ido... Buenas noches, señorita...*

(Vase al cuarto de don Diego.)

ESCENA XVI

RITA, DOÑA FRANCISCA.

DOÑA FRANCISCA

¡Dios mío de mi alma! ¿Qué es esto?...
No puedo sostenerme... ¡Desdichada!

(Siéntase en una silla inmediata a la mesa.)

RITA

Señorita, yo vengo muerta. *(Saca la jaula del tordo y la deja encima de la mesa. Abre la puerta del cuarto de don Carlos y vuelve.)*

DOÑA FRANCISCA

¡Ay, que es cierto!... ¿Tú lo sabes también?

RITA

Deje usted, que todavía no creo lo que he visto... Aquí no hay nadie... Ni maletas, ni ropa, ni... Pero ¿cómo podía engañarme? Si yo misma los he visto salir.

DOÑA FRANCISCA

¿Y eran ellos?

RITA

Sí, señora. Los dos.

DOÑA FRANCISCA

¿Pero se han ido fuera de la ciudad?

RITA

¡ Si no los he perdido de vista hasta que salieron por Puerta de Mártires!... Como está un paso de aquí...

DOÑA FRANCISCA

¿ Y es ese el camino de Aragón?

RITA

Ese es.

DOÑA FRANCISCA

¡ Indigno!... ¡ Hombre indigno!

RITA

¡ Señorita!

DOÑA FRANCISCA

¿ En qué te ha ofendido esta infeliz?

RITA

Yo estoy temblando toda... Pero... Si es incomprensible... Si no alcanzo a discurrir qué motivos ha podido haber para esta novedad.

DOÑA FRANCISCA

¿ Pues no le quise más que a mi vida?... ¿ No me ha visto loca de amor?

RITA

No sé qué decir al considerar una acción tan infame.



DOÑA FRANCISCA

¿Qué has de decir? Que no me ha querido nunca, mí es hombre de bien... ¿Y vino para engañarme? ; Para engañarme, para abandonarme así!...

(Levántase, y Rita la sostiene.)

RITA

Pensar que su venida fué con otro designio, no me parece natural... Celos... ¿Por qué ha de tener celos?... Y aun eso mismo debiera enamorarle más... El no es cobarde, y no hay que decir que habrá tenido miedo de su competidor.

DOÑA FRANCISCA

Te cansas en vano... Dí que es un pérfido, dí que es un monstruo de crueldad, y todo lo has dicho.

RITA

Vamos de aquí, que puede venir alguien y... ✕

DOÑA FRANCISCA

Sí, vámonos... Vamos a llorar... ; Y en qué situación me deja! ¿Pero ves qué malvado?

RITA

Sí, señora ; ya lo conozco.

DOÑA FRANCISCA

¡Qué bien supo fingir!... ¿Y con quién?
Connigo... ¿Pues yo merecí ser engañada tan
alevosamente?... ¿Mereció mi cariño este ga-
lardón?... ¡Dios de mi vida! ¿Cuál es mi de-
lito, cuál es?

*(Rita coge la luz, y se van entrambas al
cuarto de doña Francisca.)*

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

DON DIEGO, SIMÓN.

(Teatro oscuro. Sobre la mesa habrá un candelero con vela apagada, y la jaula del toro. Simón duerme tendido en el banco. Sale don Diego de su cuarto, acabándose de poner la bata.)

DON DIEGO

Aquí, a lo menos, ya que no duerma, no me derretiré... Vaya, si alcoba como ella no se... ¡Cómo ronca éste! Guardémosle el sueño hasta que venga el día, que ya poco puede tardar... *(Simón despierta, y al oír a don Diego, se incorpora y se levanta.)* ¿Qué es eso? Mira no te caigas, hombre.

SIMÓN

Qué, ¿estaba usted ahí, señor?

DON DIEGO

Sí. Aquí me he salido, porque allí no se puede parar.

SIMÓN

Pues yo, gracias a Dios, aunque la cama es dura, he dormido como un emperador.

DON DIEGO

Mala comparación. Di que has dormido como un pobre hombre que no tiene ni dinero, ni ambición, ni pesadumbres, ni remordimientos.

SIMÓN

En efecto, dice usted bien... ¿Y qué hora será ya?

DON DIEGO

Poco ha que sonó el reloj de San Justo, y, si no conté mal, dió las tres.

SIMÓN

¡Oh! Pues ya nuestros caballeros irán por ese camino adelante echando chispas.

DON DIEGO

Sí, ya es regular que hayan salido... Me lo prometió, y espero que lo hará.

SIMÓN

¡Pero si usted viera qué apesadumbrado le dejé, qué triste!

DON DIEGO

Ha sido preciso.

SIMÓN

Ya lo conozco.

DON DIEGO

¿No ves qué venida tan intempestiva?

SIMÓN

Es verdad... Sin permiso de usted, sin avisarle, sin haber un motivo urgente... Vamos, hizo muy mal... Bien que, por otra parte, él tiene prendas suficientes para que se le perdone esta ligereza... Digo... Me parece que el castigo no pasará adelante, ¿eh?

DON DIEGO

No, que... No, señor. Una cosa es que le haya hecho volver... Ya ves en qué circunstancias nos cogía... Te aseguro que cuando se fué me quedó un ansia en el corazón... (*Sueñan a lo lejos tres palmadas, y poco después se oye que puntean un instrumento.*) ¿Qué ha sonado?

SIMÓN

No sé... Gente que pasa por la calle. Serán labradores.

DON DIEGO

Calla,

SIMÓN

Vaya; música tenemos, según parece.

DON DIEGO

Sí. ¡Como lo hagan bien!

SIMÓN

¿Y quién será el amante infeliz que se viene a puntear a estas horas en ese callejón tan puerco? Apostaré que son amores con la moza de la posada, que parece un mico.

*equivoca
que produce*

DON DIEGO

Puede ser.

SIMÓN

Ya empiezan. Oigamos... (*Tocan una sonata desde dentro.*) Pues dígole a usted que toca muy lindamente el pícaro del barberillo.

DON DIEGO

No, no hay barbero que sepa hacer eso, por muy bien que afeite.

SIMÓN

¿Quiere usted que nos asomemos un poco, a vers...?

DON DIEGO

No, dejarlos... ¡Pobre gente! ¡Quién sabe

la importancia que darán ellos a la tal música!... No gusto yo de incomodar a nadie.

(Sale de su cuarto doña Francisca, y Rita con ella. Las dos se encaminan a la ventana. Don Diego y Simón se retiran a un lado y observan.)

SIMÓN

Señor... ¡Eh! Presto, aquí, a un ladito.

DON DIEGO

¿Qué quieres?

SIMÓN

Que han abierto la puerta de esa alcoba, y huele a faldas que trasciende.

DON DIEGO

¿Sí? Retirémonos.

ESCENA II

DOÑA FRANCISCA, RITA, DON DIEGO,
SIMÓN.

RITA

Con tiento, señorita.

DOÑA FRANCISCA

¿Siguiendo la pared, no voy bien?
(Vuelven a probar el instrumento.)

RITA

Sí, señora... vuelven a tocar... Silencio...

DOÑA FRANCISCA

No te muevas... Deja... Sepamos primero si es él.

RITA

¿Pues no ha de ser? La seña no puede mentir.

DOÑA FRANCISCA

Calla... (*Repiten desde dentro la sonata anterior.*) Sí, él es... ¡Dios mío!... (*Acércase Rita a la ventana, abre la vidriera y da tres palmadas. Cesa la música.*) Ve, responde... Albricias, corazón. Él es.

SIMÓN

¿Ha oído usted?

DON DIEGO

Sí.

SIMÓN

¿Qué querrá decir esto?

DON DIEGO

Calla.

DOÑA FRANCISCA

(*Doña Francisca se asoma a la ventana. Rita se queda detrás de ella. Los puntos suspensi-*

vos indican las interrupciones más o menos largas que deben hacerse.)

Yo soy... ¿Y qué había de pensar, viendo lo que usted acaba de hacer?... ¿Qué fuga es ésta?... Rita (*Apartándose de la ventana, y vuelve después.*), amiga, por Dios, ten cuidado, y si oyeres algún rumor, al instante avísame... ¿Para siempre? ¡Triste de mí!... Bien está, tírela usted... Pero yo no acabo de entender... ¡Ay, don Félix; nunca le he visto a usted tan tímido!... (*Tiran desde dentro una carta, que cae por la ventana al teatro. Doña Francisca hace ademán de buscarla, y, no hallándola, vuelve a asomarse.*) No, no la he cogido; pero aquí está, sin duda... ¿Y no he de saber yo hasta que llegue el día los motivos que tiene usted para dejarme muriendo?... Sí, yo quiero saberlo de su boca de usted. Su Paquita de usted se lo manda... ¿Y cómo le parece a usted que estará el mío?... No me cabe en el pecho... Diga usted.

(Simón se adelanta un poco, tropieza en la jaula, y la deja caer.)

RITA

Señorita, vamos de aquí... Presto, que hay gente.

DOÑA FRANCISCA

¡Infeliz de mí!... Guíame.

RITA

Vamos... (*Al retirarse, tropieza Rita con Simón. Las dos se retiran apresuradamente al cuarto de doña Francisca.*) ¡Ay!

DOÑA FRANCISCA

¡Muerta voy!

ESCENA III

DON DIEGO, SIMÓN.

DON DIEGO

¿Qué grito fué ese?

SIMÓN

Una de las fantasmas, que al retirarse, tropezó conmigo.

DON DIEGO

Acércate a esa ventana y mira si hallas en el suelo un papel... ¡Buenos estamos!

SIMÓN

No encuentro nada, señor.

(*Tentando por el suelo, cerca de la ventana.*)

DON DIEGO

Búscale bien, que por ahí ha de estar.

SIMÓN

¿Le tiraron desde la calle?

DON DIEGO

Sí... ¿Qué amante es éste?... ¡Y diez y seis años y criada en un convento! Acabó ya toda mi ilusión.

SIMÓN

Aquí está.

(Halla la carta y se la da a don Diego.)

DON DIEGO

Vete abajo y enciende una luz... En la cabreriza o en la cocina... Por ahí habrá algún farol... Y vuelve con ella al instante.

(Vase Simón por la puerta del foro.)

ESCENA IV

DON DIEGO.

¿Y a quién debo yo culpar? *(Apoyándose en el respaldo de una silla.)* ¿Es ella la delincuyente, o su madre, o sus tías, o yo?... ¿Sobre quién, sobre quién ha de caer esta cólera, que por más que lo procuro, no la sé reprimir?... ¡La Naturaleza la hizo tan amable a mis ojos! ¡Qué esperanzas tan halagüeñas concebí! ¡Qué felicidades me prometía!... ¡Celos! ¿Yo...?

¡En qué edad tengo celos! Vergüenza es... Pero esta inquietud que yo siento, esta indignación, estos deseos de venganza, ¿de qué provienen? ¿Cómo he de llamarlos? Otra vez parece que... (*Advirtiendo que suena un ruido en la puerta del cuarto de doña Francisca, se retira a un extremo del teatro.*) Sí.

ESCENA V

RITA, DON DIEGO, SIMÓN.

RITA

Ya se han ido... (*Rita observa y escucha; asómase después a la ventana, y busca la carta por el suelo.*) ¡Válgame Dios!... El papel estará muy bien escrito, pero el señor don Félix es un grandísimo picarón... ¡Pobrecita de mi alma!... Se muere sin remedio... Nada, ni perros parecen por la calle... ¡Ojalá no los hubiéramos conocido! ¿Y este maldito papel? Pues buena la hiciéramos si no pareciese... ¿Qué dirá? Mentira, mentira y todo mentira.

SIMÓN

Ya tenemos luz.

(*Sale con luz. Rita se sorprende.*)

RITA

¡Perdida soy!

DON DIEGO

¡Rita! ¿Pues tú aquí? (*Acercándose.*)

RITA

Sí, señor, porque...

DON DIEGO

¿Qué buscas a estas horas?

RITA

Buscaba... Yo le diré a usted... Porque oímos un ruido tan grande...

SIMÓN

¿Sí, eh?

RITA

Cierto... Un ruido, y... Mire usted (*Alza la jaula, que está en el suelo.*), era la jaula del tordo... Pues la jaula era, no tiene duda... ¡Válgate Dios! ¿Se habrá muerto? No, vivo está. ¡Vaya!... Algún gato habrá sido... Preciso.

SIMÓN

Sí, algún gato.

RITA

¡Pobre animal! Y qué asustadillo se conoce que está todavía .

SIMÓN

Y con mucha razón... ¿No te parece, si lo hubiera pillado el gato?...

RITA

Se lo hubiera comido.

(Cuelga la jaula de un clavo que habrá en la pared.)

SIMÓN

Ni plumas hubiera dejado.

DON DIEGO

Tráeme esa luz.

RITA

¡Ah! Deje usted, encenderemos ésta *(Fin-
ciende la vela que está sobre la mesa.)*, que ya lo que no se ha dormido...

DON DIEGO

¿Y doña Paquita, duerme?

RITA

Sí, señor.

SIMÓN

Pues mucho es que con el ruido del tordo...

DON DIEGO

Vamos.

(Don Diego se entra en su cuarto. Simón se va con él, llevándose una de las luces.)

ESCENA VI

DOÑA FRANCISCA, RITA.

DOÑA FRANCISCA

¿Ha parecido el papel?

RITA

No, señora.

DOÑA FRANCISCA

¿Y estaban aquí los dos cuando tú saliste?

RITA

Yo no lo sé. Lo cierto es que el criado sacó una luz y me hallé de repente, como por máquina, entre él y su amo, sin poder escapar, ni saber qué disculpa darles.

(Rita coge la luz y vuelve a buscar la carta cerca de la ventana.)

DOÑA FRANCISCA

Ellos eran, sin duda... Aquí estarían cuan-

do yo hablé desde la ventana... ¿Y ese papel?...

RITA

Yo no lo encuentro, señorita.

DOÑA FRANCISCA

Le tendrán ellos, no te canses... ¡Si es lo único que faltaba a mi desdicha!... No le busques. Ellos le tienen.

RITA

A lo menos, por aquí...

DOÑA FRANCISCA

¡Yo estoy loca! (*Siéntase.*)

RITA

Sin haberse explicado este hombre, ni decir siquiera...

DOÑA FRANCISCA

Cuando iba a hacerlo me avisaste, y fué preciso retirarnos... ¿Pero sabes tú con qué temor me habló? ¿Qué agitación, mostraba? Me dijo que en aquella carta vería yo los motivos justos que le precisaban a volverse; que la había escrito para dejársela a persona fiel, que la pusiera en mis manos, suponiendo que el verme sería imposible. Todo engaños, Rita,

de un hombre aleve, que prometió lo que no pensaba cumplir... Vino, halló un competidor, y diría: "Pues yo, ¿para qué he de molestar a nadie, ni hacerme ahora defensor de una mujer?... ¡Hay tantas mujeres!... Cásenla... Yo nada pierdo... Primero es mi tranquilidad que la vida de esa infeliz..." ¡Dios mío, perdón... perdón de haberle querido tanto!

RITA

¡Ay, señorita (*Mirando hacia el cuarto de don Diego.*), que parece que salen ya!

DOÑA FRANCISCA

No importa. ¡Déjame!

RITA

Pero si don Digo la ve a usted de esa manera...

DOÑA FRANCISCA

Si todo se ha perdido ya, ¿qué puedo temer? ¿Y piensas tú que tengo alientos para levantarme?... Que vengan, nada importa.

ESCENA VII

DON DIEGO, SIMÓN, DOÑA FRANCISCA,
RITA.

SIMÓN

Voy enterado, no es menester más.

DON DIEGO

Mira, y haz que ensillen inmediatamente al *Moro*, mientras tú vas allá. Si han salido, vuelves, montas a caballo, y con una buena carrera que des los alcanzas... ¿Las dos aquí, eh?... Con que vete, no se pierda tiempo.

(Después de hablar los dos, inmediatos a la puerta del cuarto de don Diego, se va Simón por la del foro.)

SIMÓN

Voy allá.

DON DIEGO

Mucho se madruga, doña Paquita.

DOÑA FRANCISCA

Sí, señor.

DON DIEGO

¿Ha llamado ya doña Irene?

DOÑA FRANCISCA

No, señor... Mejor es que vayas allá, por si ha despertado y se quiere vestir.

(Rita se va al cuarto de doña Irene.)

ESCENA VIII

DON DIEGO, DOÑA FRANCISCA.

DON DIEGO

¿Usted no habrá dormido bien esta noche?

DOÑA FRANCISCA

No, señor. ¿Y usted?

DON DIEGO

Tampoco.

DOÑA FRANCISCA

Ha hecho demasiado calor.

DON DIEGO

¿Está usted desazonada?

DOÑA FRANCISCA

Alguna cosa.

DON DIEGO

¿Qué siente usted?

(Siéntase junto a doña Francisca.)

DOÑA FRANCISCA

No es nada... Así, un poco de... Nada..., no es nada.

DON DIEGO

Algo será, porque la veo a usted muy abatida, llorosa, inquieta... ¿Qué tiene usted, Paquita? ¿No sabe usted que la quiero tanto?

DOÑA FRANCISCA

Sí, señor.

DON DIEGO

¿Pues por qué no hace más confianza de

mí? ¿Piensa usted que no tendré yo mucho gusto en hallar ocasiones de complacerla?

DOÑA FRANCISCA

Ya lo sé.

DON DIEGO

¿Pues cómo, sabiendo que tiene usted un amigo, no desahoga con él su corazón?

DOÑA FRANCISCA

Porque eso mismo me obliga a callar.

DON DIEGO

Eso quiere decir que tal vez yo soy la causa de su pesadumbre de usted.

DOÑA FRANCISCA

No, señor. Usted en nada me ha ofendido... No es de usted de quien yo me debo quejar.

DON DIEGO

¿Pues de quién, hija mía?... Venga usted acá.... (*Acércase más.*) Hablemos siquiera una vez sin rodeos ni simulación... Dígame usted. ¿No es cierto que usted mira con algo de repugnancia este casamiento que se le propone? ¿Cuánto va que si la dejasen a usted entera libertad para la elección, no se casaría conmigo?

DOÑA FRANCISCA

Ni con nadie.

DON DIEGO

¿Será posible que usted no conozca otro más amable que yo, que la quiera bien y que la corresponda como usted merece?

DOÑA FRANCISCA

No, señor; no, señor.

DON DIEGO

Mírelo usted bien.

DOÑA FRANCISCA

¿No le digo a usted que no?

DON DIEGO

¿Y he de creer, por dicha, que conserve usted tal inclinación al retiro en que se ha criado; que prefiera la austeridad del convento a una vida más...?

DOÑA FRANCISCA

No, señor.

DON DIEGO

No tengo empeño en saber más... Pero de todo lo que acabo de oír resulta una gravísima contradicción. Usted no se halla inclinada al estado religioso, según parece. Usted me asegura que no tiene queja ninguna de mí, que está persuadida de lo mucho que la estimo, que

no piensa casarse con otro, ni debo recelar que nadie me dispute su mano... ¿Pues qué llanto es ese? ¿De donde nace esa tristeza profunda, que en tan poco tiempo ha alterado su semblante de usted, en términos que apenas la reconozco? ¿Son éstas las señales de quererme exclusivamente a mí, de casarse gustosa conmigo dentro de pocos días? ¿Se anuncian así la alegría y el amor?

(Vase iluminando lentamente el teatro, suponiendo que viene la luz del día.)

DOÑA FRANCISCA

¿Y qué motivos le he dado a usted para tantas desconfianzas?

DON DIEGO

¿Pues qué? Si yo prescindo de estas consideraciones, si apresuro las diligencias de nuestra unión, si su madre de usted sigue aprobándola y llega el caso de...

DOÑA FRANCISCA

Haré lo que mi madre me manda, y me casaré con usted.

DON DIEGO

¿Y después, Paquita?

DOÑA FRANCISCA

Después..., y mientras me dure la vida, seré mujer de bien.



DON DIEGO

Eso no lo puedo yo' dudar... Pero si usted me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y su amigo, dígame usted, estos títulos, ¿no me dan algún derecho para merecer de usted mayor confianza? ¿No he de lograr que usted me diga la causa de su dolor? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad, sino para emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa, si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto.

DOÑA FRANCISCA

¡Dichas para mí!... Ya se acabaron.

DON DIEGO

¿Por qué?

DOÑA FRANCISCA

Nunca diré por qué.

DON DIEGO

¡Pero qué obstinado, que imprudente silencio!... Cuando usted misma debe presumir que no estoy ignorante de lo que hay.

DOÑA FRANCISCA

Si usted lo ignora, señor don Diego, ¡por Dios!, no finja que lo sabe; y si en efecto lo sabe usted, no me lo pregunte.

DON DIEGO

Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa aflicción y esas lágrimas son voluntarias, hoy llegaremos a Madrid, y dentro de ocho días será usted mi mujer.

DOÑA FRANCISCA

Y daré gusto a mi madre.

DON DIEGO

Y vivirá usted infeliz.

DOÑA FRANCISCA

Ya lo sé.

DON DIEGO

Ve aquí los frutos de la educación. Esto es lo que se llama criar bien a una niña; enseñarla a que desmienta y oculte las pasiones más inocentes con una perversa disimulación. Las juzgan honestas luego que las ven instruidas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento, la edad, ni el genio, han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, o en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten; con tal que finjan aborrecer lo que más desean; con tal que se pres-ten a pronunciar, cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrílego, origen de tantos escanda-

los, ya están bien criadas; y se llama excelente educación la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

DOÑA FRANCISCA

Es verdad... Todo eso es cierto... Eso exigen de nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos da... Pero el motivo de mi aflicción es mucho más grande.

DON DIEGO

Sea cual fuere, hija mía, es menester que usted se anime... Si la ve a usted su madre de esa manera, ¿qué ha de decir?... Mire usted que ya parece que se ha levantado.

DOÑA FRANCISCA

¡Dios mío!

DON DIEGO

Sí, Paquita: conviene mucho que usted vuelva un poco sobre sí... No abandonarse tanto... Confianza en Dios... Vamos, que no siempre nuestras desgracias son tan grandes como la imaginación las pinta... ¡Mire usted qué desorden éste! ¡Qué agitación! ¡Qué lágrimas! Vaya, ¿me da usted palabra de presentarse así... con cierta serenidad y..., eh?

DOÑA FRANCISCA

Y usted, señor... Bien sabe el genio de mi madre. Si usted no me defiende, ¿a quién he de volver los ojos? ¿Quién tendrá compasión de esta desdichada?

DON DIEGO

Su buen amigo de usted... Yo... ¿Cómo es posible que yo la abandonase, criatura, en la situación dolorosa en que la veo? (*Asiéndola de las manos.*)

DOÑA FRANCISCA

¿De veras?

DON DIEGO

Mal conoce usted mi corazón.

DOÑA FRANCISCA

Bien lo conozco.

(*Quiere arrodillarse, don Diego se lo estorba, y ambos se levantan.*)

DON DIEGO

¿Qué hace usted, niña?

DOÑA FRANCISCA

Yo no sé... ¡Qué poco merece toda esa bondad una mujer tan ingrata para con usted!... No, ingrata, no: infeliz... ¡Ay, qué infeliz soy señor don Diego!

DON DIEGO

Yo bien sé que usted agradece como puede el amor que la tengo... Lo demás todo ha sido.. ¿Qué sé yo?... Una equivocación mía, y no otra cosa... Pero usted, inocente, usted no ha tenido la culpa.

DOÑA FRANCISCA

Vamos... ¿No viene usted?

DON DIEGO

Ahora no, Paquita. Dentro de un rato iré por allá.

DOÑA FRANCISCA

Vaya usted presto.

(Encaminándose al cuarto de doña Irene, vuelve y se despide de don Diego besándole las manos.)

DON DIEGO

Sí, presto iré.

ESCENA IX

SIMÓN, DON DIEGO.

SIMÓN

Ahí están, señor.

DON DIEGO

¿Qué dices?

SIMÓN

Cuando yo salía de la puerta los vi a lo lejos, que iban ya de camino. Empecé a dar voces y a hacer señas con el pañuelo: se detuvieron, y, apenas llegué, le dije al señorito lo que usted me mandaba, volvió las riendas, y está abajo. Le encargué que no subiera hasta que le avisara yo, por si acaso había gente aquí y usted no quería que le viesen.

DON DIEGO

¿Y qué dijo cuando le diste el recado?

SIMÓN

Ni una sola palabra... Muerto viene... Ya digo, ni una sola palabra... A mí me ha dado compasión el verle así, tan... ✕

DON DIEGO

No empieces ya a interceder por él.

SIMÓN

¿Yo, señor?

DON DIEGO

Sí, que no te entiendo yo... ¡Compasión!... Es un pícaro.

SIMÓN

Como yo no sé lo que ha hecho... ✕

DON DIEGO

Es un bribón que me ha de quitar la vida...
Ya te he dicho que no quiero intercesores.

SIMÓN

Bien está, señor.

(Vase por la puerta del foro. Don Diego se sienta, manifestando inquietud y enojo.)

DON DIEGO

Dile que suba.

ESCENA X

DON DIEGO, DON CARLOS.

DON DIEGO

Venga usted acá, señorito, venga usted..
¿En dónde has estado desde que no nos vemos?

DON CARLOS

En el mesón de afuera.

DON DIEGO

¿Y no has salido de allí en toda la noche, eh?

DON CARLOS

Sí, señor; entré en la ciudad, y...

DON DIEGO

¿A qué?... Siéntese usted.

DON CARLOS

Tenia precisión de hablar con un sujeto...
(*Siéntase.*)

DON DIEGO

¡Precisión!

DON CARLOS

Sí, señor... Le debo muchas atenciones, y no era posible volverme a Zaragoza sin estar primero con él.

DON DIEGO

Ya. En habiendo tantas obligaciones de por medio... Pero venirle a ver a las tres de la mañana me parece mucho desacuerdo... ¿Por qué no le escribiste un papel?... Mira, aquí he de tener... Con este papel que le hubieras enviado en mejor ocasión, no había necesidad de hacerle trasnochar, ni molestar a nadie.

(*Dándole el papel que tiraron a la ventana. Don Carlos, luego que le reconoce, se le vuelve y se levanta en ademán de irse.*)

DON CARLOS

Pues si todo lo sabe usted, ¿para qué me llama? ¿Por qué no me permite seguir mi camino, y se evitaría una contestación de la cual ni usted ni yo quedaremos contentos?

DON DIEGO

Quiere saber su tío de usted lo que hay en esto, y quiere que usted se lo diga.

DON CARLOS

¿Para qué saber más?

DON DIEGO

Porque yo lo quiero y lo mando. ¡Oiga!

DON CARLOS

Bien está.

DON DIEGO

Siéntate ahí... (*Siéntase don Carlos.*) ¿En dónde has conocido a esa niña?... ¿Qué amor es éste? ¿Qué circunstancias han ocurrido? ¿Qué obligaciones hay entre los dos? ¿Dónde, cuándo la viste?

DON CARLOS

Volviéndome a Zaragoza, el año pasado, llegué a Guadalajara sin ánimo de detenerme; pero el intendente, en cuya casa de campo nos apeamos, se empeñó en que había de quedarme allí todo el día, por ser cumpleaños de su parienta, prometiéndome que al siguiente día me dejaría proseguir mi viaje. Entre las gentes convidadas hallé a doña Paquita, a quien la señora había sacado aquel día del convento, para que se esparciese un poco... Yo no sé qué vi en ella que excitó en mí una

inquietud, un deseo constante, irresistible, de mirarla, de oírla, de hallarme a su lado, de hablar con ella, de hacerme agradable a sus ojos... El intendente dijo, entre otras cosas..., burlándose..., que yo era muy enamorado, y le ocurrió fingir que me llamaba don Félix de Toledo, nombre que dió Calderón a algunos amantes de sus comedias. Yo sostuve esta ficción, porque desde luego concebí la idea de permanecer algún tiempo en aquella ciudad, evitando que llegase a noticia de usted... Observé que doña Paquita me trató con un agrado particular, y cuando por la noche nos separamos, yo me quedé lleno de vanidad y de esperanzas, viéndome preferido a todos los concurrentes de aquel día, que fueron muchos. En fin... Pero no quisiera ofender a usted refiriéndole...

DON DIEGO

Prosigue.

DON CARLOS

Supe que era hija de una señora de Madrid, viuda pobre, pero de gente muy honrada... Fué necesario fiar de mi amigo los proyectos de amor que me obligaban a quedarme en su compañía; y él, sin aplaudirlos ni desaprobarlos, halló disculpas las más ingenio-

sas para que ninguno de su familia extrañara mi detención. Como su casa de campo esta inmediata a la ciudad, fácilmente iba y venía de noche... Logré que doña Paquita leyese algunas cartas mías, y con las pocas respuestas que de ella tuve, acabé de precipitarme en una pasión que me hará infeliz.

DON DIEGO

Vaya... Vamos, sigue adelante.

DON CARLOS

Mi asistente (que, como usted sabe, es hombre de travesura y conoce el mundo), con mil artificios que a cada paso se le ocurrían, facilitó los muchos estorbos que al principio hallábamos... La seña era dar tres palmadas, a las cuales respondían con otras dos desde una ventanilla que daba al corral de las monjas. Hablábamos todas las noches, muy a deshora, con el recato y las precauciones que ya se dejan entender... Siempre fui para ella don Félix de Toledo, oficial de un regimiento, estimado de mis jefes y hombre de honor. Nunca la dije más ni hablé de mis parientes, ni de mis esperanzas, ni la di a entender que casándose conmigo podía aspirar a mejor fortuna; porque ni me convenía nombrarle a usted, ni quise exponerla a que las miras de in-

terés, y no el amor, la inclinasen a favorecerme. De cada vez la hallé más fina, más hermosa, más digna de ser adorada... Cerca de tres meses me detuve allí; pero al fin era necesario separarnos, y una noche funesta me despedí, la dejé rendida a un desmayo mortal, y me fui ciego de amor adonde mi obligación me llamaba... Sus cartas consolaron por algún tiempo mi ausencia triste, y en una que recibí pocos días ha me dijo cómo su madre trataba de casarla; que primero perdería la vida que dar su mano a otro que a mí: me acordaba mis juramentos, me exhortaba a cumplirlos... Monté a caballo, corrí precipitado el camino, llegué a Guadalajara; no la encontré; vine aquí... Lo demás bien lo sabe usted; no hay para qué decírselo.

DON DIEGO

¿Y qué proyectos eran los tuyos en esta venida?

DON CARLOS

Consolarla, jurarla de nuevo un eterno amor: pasar a Madrid, verle a usted, echarme a sus pies, referirle todo lo ocurrido, y pedirle, no riquezas, ni herencias, ni protecciones, ni... eso no... Sólo su consentimiento y su bendición para verificar un enlace tan suspirado,

en que ella y yo fundábamos toda nuestra felicidad.

DON DIEGO

Pues ya ves, Carlos, que es tiempo de pensar de muy otra manera.

DON CARLOS

Sí, señor.

DON DIEGO

Si tú la quieres, yo la quiero también. Su madre y toda la familia aplauden este casamiento. Ella... y sean las que fueren las promesas que a tí te hizo..., ella misma, no ha media hora, me ha dicho que está pronta a obedecer a su madre y darme la mano; así que...

DON CARLOS

Pero no el corazón. (*Levántase.*)

DON DIEGO

¿Qué dices?

DON CARLOS

No, eso no... Sería ofenderla... Usted celebrará sus bodas cuando guste: ella se portará siempre como conviene a su honestidad y a su virtud; pero yo he sido el primero, el

único objeto de su cariño: lo soy, y lo seré... Usted se llamará su marido; pero si alguna o muchas veces la sorprende, y ve sus hermosos ojos inundados en lágrimas, por mí las vierte... No la pregunte jamás el motivo de sus melancolías... Yo seré la causa... Los suspiros, que en vano procurará reprimir, serán finezas dirigidas a un amigo ausente.

DON DIEGO

¿Qué temeridad es esa?

(Se levanta con mucho enojo, encaminándose hacia don Carlos, el cual se va retirando.)

DON CARLOS

Ya se lo dije a usted... Era imposible que yo hablase una palabra sin ofenderle... Pero acabemos esta odiosa conversación... Viva usted feliz y no me aborrezca, que yo en nada le he querido disgustar... La prueba mayor que yo puedo darle de mi obediencia y mi respeto es la de salir de aquí inmediatamente... Pero no se me niegue a lo menos el consuelo de saber que usted me perdona.

DON DIEGO

¿Con que, en efecto te vas?

DON CARLOS

Al instante, señor... Y esta ausencia será bien larga.

DON DIEGO

¿Por qué?

DON CARLOS

Porque no me conviene verle en mi vida... Si las voces que corren de una próxima guerra se llegaran a verificar... Entonces...

DON DIEGO

¿Qué quieres decir?

(Asiendo de un brazo a don Carlos le hace venir más adelante.)

DON CARLOS

Nada... Que apetezco la guerra, porque soy soldado.

DON DIEGO

¡Carlos!... ¡Qué horror!... ¿Y tienes corazón para decírmelo?

DON CARLOS

Alguien viene... *(Mirando con inquietud hacia el cuarto de doña Irene, se desprende de don Diego y hace ademán de irse por la puerta del foro. Don Diego va detrás de él y quiere impedirselo.)* Tal vez será ella... Quede usted con Dios.

DON DIEGO

¿A dónde vas?... No, señor, no has de irte,

DON CARLOS

Es preciso... Yo no he de verla... Una sola mirada nuestra pudiera causarle a usted inquietudes crueles.

DON DIEGO

Ya he dicho que no ha de ser... Entra en ese cuarto.

DON CARLOS

Pero si...

DON DIEGO

Haz lo que te mando.

(Entrase don Carlos en el cuarto de don Diego.)

ESCENA XI

DOÑA IRENE, DON DIEGO.

DOÑA IRENE

Con que, señor don Diego, ¿es ya la de vámonos?... Buenos días... *(Apaga la luz que está sobre la mesa.)* ¿Reza usted?

DON DIEGO

Sí, para rezar estoy ahora.

(Paseándose con inquietud.)

DOÑA IRENE

Si usted quiere, ya pueden ir disponiendo el chocolate, y que avisen al mayoral para que enganchen, luego que... Pero, ¿qué tiene usted, señor?... ¿Hay alguna novedad?

DON DIEGO

Sí, no deja de haber novedades.

DOÑA IRENE

¿Pues qué?... Dígalo usted, por Dios. ¡Vaya, vaya!... No sabe usted lo asustada que estoy... Cualquiera cosa así, repentina, me remueve toda y me... Desde el último mal parto que tuve quedé tan sumamente delicada de los nervios... Y ya va para diez y nueve años, si no son veinte; pero desde entonces, ya digo, cualquiera friolera me trastorna... Ni los baños, ni caldos de culebra, ni la conserva de tamarindos, nada me ha servido; de manera que...

DON DIEGO

Vamos; ahora no hablemos de malos partos, ni de conservas... Hay otra cosa más importante que tratar... ¿Qué hacen esas muchachas?

DOÑA IRENE

Están recogiendo la ropa y haciendo el co-

Se le decha que

fre, para que todo esté a la vela y no haya detención.

DON DIEGO

Muy bien. Siéntese usted... Y no hay que asustarse ni alborotarse (*Siéntanse los dos.*) por nada de lo que yo diga; y cuenta no nos abandone el juicio cuando más le necesitamos... Su hija de usted está enamorada.

DOÑA IRENE

¿Pues no lo he dicho ya mil veces? Si, señor, que lo está, y bastaba que yo se lo dijese para que...

DON DIEGO

¡Este vicio maldito de interrumpir a cada paso! Déjeme usted hablar.

DOÑA IRENE

Bien, vamos; hable usted.

DON DIEGO

Está enamorada; pero no está enamorada de mí.

DOÑA IRENE

¿Qué dice usted?

DON DIEGO

Lo que usted oye.

DOÑA IRENE

¿Pero quién le ha contado a usted esos disparates?

DON DIEGO

Nadie. Yo lo sé, yo lo he visto, nadie me lo ha contado, y cuando se lo digo a usted, bien seguro estoy de que es verdad... Vaya, ¿qué llanto es ese?

DOÑA IRENE

¡Pobre de mí! (*Llora*).

DON DIEGO

¿A qué viene eso?

DOÑA IRENE

¡Porque me ven sola y sin medios, y porque soy una pobre viuda, parece que todos me desprecian y se conjuran contra mí!

DON DIEGO

Señora doña Irene...

DOÑA IRENE

Al cabo de mis años y de mis achaques, verme tratada de esta manera, como un estropeajo, como una puerca cenicienta, vamos al decir... ¿Quién lo creyera de usted?... ¡Válgame Dios!... ¡Si vivieran mis tres difuntos!... Con el último difunto que viviera, que tenía un genio como una serpiente...

DON DIEGO

Mire usted, señora, que se me acaba ya la paciencia.

DOÑA IRENE

Que lo mismo era replicarle, que se ponía hecho una furia del infierno, y un día del Corpus, y no sé por qué friolera, hartó de mojicones a un comisario ordenador, y si no hubiera sido por dos padres del Carmen, que se pusieron de por medio, le estrella contra un poste de los portales de Santa Cruz.

DON DIEGO

¿Pero es posible que no ha de atender usted a lo que voy a decirle?

DOÑA IRENE

¡Ay, no, señor; que bien lo sé; que no tengo pelo de tonta, no, señor!... Usted ya no quiere a la niña, y busca pretextos para zafarse de la obligación en que está... ¡Hija de mi alma y de mi corazón!

DON DIEGO

Señora doña Irene, hágame usted el gusto de oírme, de no replicarme, de no decir despropósitos; y luego que usted sepa lo que hay, llore y gima, y grite, y diga cuanto quiera...

Pero, entretanto, no me apure usted el sufrimiento, por amor de Dios.

DOÑA IRENE

Diga usted lo que le dé la gana.

DON DIEGO

Que no volvamos otra vez a llorar, y a...

DOÑA IRENE

No, señor; ya no lloro.

(Enjugándose las lágrimas con un pañuelo.)

DON DIEGO

Pues hace ya cosa de un año, poco más o menos, doña Paquita tiene otro amante. Se han hablado muchas veces, se han escrito, se han prometido amor, fidelidad, constancia. . Y, por último, existe en ambos una pasión tan fina, que las dificultades y la ausencia, lejos de disminuirla, han contribuído eficazmente a hacerla mayor. En este supuesto...

DOÑA IRENE

¿Pero no conoce usted, señor, que todo es un chisme, inventado por alguna mala lengua, que no nos quiere bien?

DON DIEGO

Volvemos otra vez a lo mismo... No, seño-

ra, no es chisme. Repito de nuevo que lo sé.

DOÑA IRENE

¿Qué ha de saber usted, señor, ni qué traza tiene eso de verdad? ¡Con que la hija de mis entrañas, encerrada en un convento..., ayunando los siete viernes, acompañada de aquellas santas religiosas...; ella, que no sabe lo que es mundo, que no ha salido todavía del cascarón, como quien dice!... Bien se conoce que no sabe usted el genio que tiene Circuncisión... Pues bonita es ella para haber disimulado a su sobrina el menor desliz.

DON DIEGO

Aquí no se trata de ningún desliz, señora doña Irene; se trata de una inclinación honesta, de la cual hasta ahora no habíamos tenido antecedente alguno. Su hija de usted es una niña muy honrada, y no es capaz de deslizarse... Lo que digo es que la madre Circuncisión, y la Soledad, y la Calendaria, y todas las madres, y usted, y yo el primero, nos hemos equivocado solemnemente. La muchacha se quiere casar con otro, y no conmigo... Hemos llegado tarde: usted ha contado muy de ligero con la voluntad de su hija... Vaya,

¿para qué es cansarnos? Lea usted ese papel, y verá si tengo razón.

(Saca el papel de don Carlos y se lo da. Doña Irene, sin leerle, se levanta muy agitada, se acerca a la puerta de su cuarto y llama. Levántase don Diego y procura en vano contenerla.)

DOÑA IRENE

¡Yo he de volverme loca!... Francisquita...
¡Virgen del Tremedal!... Rita, Francisca.

DON DIEGO

Pero, ¿a qué es llamarlas?

DOÑA IRENE

Sí, señor; que quiero que venga y que se desengañe la pobrecita de quién es usted.

DON DIEGO

Lo echó todo a rodar... Esto le sucede a quien se fía de la prudencia de una mujer.

ESCENA XII

DOÑA FRANCISCA, RITA, DOÑA IRENE, DON DIEGO.

RITA

Señora.

DOÑA FRANCISCA

¿Me llamaba usted?

DOÑA IRENE

—Sí, hija, sí; porque el señor don Diego nos trata de un modo que no se puede aguantar. ¿Qué amores tienes, niña? ¿A quién has dado palabra de matrimonio? ¿Qué enredos son estos?... Y tú, picarona... Pues tú también lo has de saber... Por fuerza lo sabes... ¿Quién ha escrito este papel? ¿Qué dice?...

(Presentando el papel abierto a doña Francisca.)

RITA

Su letra es. *(Aparte a doña Francisca.)*

DOÑA FRANCISCA

¡Qué maldad!... Señor don Diego, ¿así cumple usted su palabra?

DON DIEGO

Bien sabe Dios que no tengo la culpa... Venga usted aquí... *(Asiendo de una mano a doña Francisca, la pone a su lado.)* No hay que temer... Y usted, señora, escuche y calle, y no me ponga en términos de hacer un desatino... Deme usted ese papel... *(Quitándole el papel de las manos a doña Irene.)* Paquita ya se acuerda usted de las tres palmadas de esta noche.

DOÑA FRANCISCA

Mientras viva me acordaré.

DON DIEGO

Pues este el papel que tiraron a la ventana... No hay que asustarse, ya lo he dicho. (*Lee.*) "Bien mío: Si no consigo hablar con usted, haré lo posible para que llegue a sus manos esta carta. Apenas me separé de usted, encontré en la posada al que yo llamaba mi enemigo, y al verle no sé cómo no expiré de dolor. Me mandó que saliera inmediatamente de la ciudad, y fué preciso obedecerle. Yo me llamo don Carlos, no don Félix... Don Diego es mi tío. Viva usted dichosa, y olvide para siempre a su infeliz amigo.—*Carlos de Urbina.*"

DOÑA IRENE

¿Con que hay eso?

DOÑA FRANCISCA

¡Triste de mí!

DOÑA IRENE

¿Con que es verdad lo que decía el señor, grandísima picarona? Te has de acordar de mí.

(*Se encamina hacia doña Francisca, muy colérica, y en ademán de querer maltratarla. Rita y don Diego procuran estorbarlo.*)

DOÑA FRANCISCA

Madre... Perdón.

DOÑA IRENE

No, señor; que la he de matar.

DON DIEGO

¿Qué locura es ésta?

DOÑA IRENE

He de matarla.

ESCENA XIII

DON CARLOS, DON DIEGO, DOÑA IRENE,
DOÑA FRANCISCA, RITA.

DON CARLOS

Eso no... (*Sale don Carlos del cuarto precipitadamente, coge de un brazo a doña Francisca, se la lleva hacia el fondo del teatro y se pone delante de ella para defenderla. Doña Irene se asusta y se retira.*) Delante de mí, nadie ha de ofenderla.

DOÑA FRANCISCA

¡Carlos!

DON CARLOS

Disimule (*Acercándose a don Diego.*) usted mi atrevimiento... He visto que la insultaban, y no me he sabido contener.

DOÑA IRENE

¡Qué es lo que me sucede, Dios mío!...
¿Quién es usted? ¿Qué acciones son éstas?
¡Qué escándalo!

DON DIEGO

Aquí no hay escándalos... Ese es de quien
su hija de usted está enamorada... Separar-
los y matarlos viene a ser lo mismo... Car-
los... No importa... Abraza a tu mujer...

(Don Carlos va adonde está doña Francisca. Se abrazan, y ambos se arrodillan a los pies de don Diego.)

DOÑA IRENE

¿Conque su sobrino de usted?...

DON DIEGO

Sí, señora, mi sobrino; que con sus palmas y su música, y su papel, me ha dado la noche más terrible que he tenido en mi vida...

¿Qué es esto, hijos míos, qué es esto?

DOÑA FRANCISCA

¿Conque usted nos perdona y nos hace felices?

DON DIEGO

Sí, prendas de mi alma... Sí.

(Los hace levantar con expresiones de ternura.)

DOÑA IRENE

¿Y es posible que usted se determine a hacer un sacrificio?...

DON DIEGO

Yo pude separarlos para siempre, y gozar tranquilamente la posesión de esta niña amable; pero mi conciencia no lo sufre... ¡Carlos! ¡Paquita!... ¡Qué dolorosa impresión me deja en el alma el esfuerzo que acabo de hacer!... Porque, al fin, soy hombre miserable y débil.

DON CARLOS

Si nuestro amor (*Besándole las manos.*), si nuestro agradecimiento pueden bastar a consolar a usted en tanta pérdida...

DOÑA IRENE

¡Conque el bueno de don Carlos! ¡Vaya, que...!

DON DIEGO

El y su hija de usted estaban locos de amor, mientras usted y las tías fundaban castillos en el aire y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño... Esto resulta del abuso de la autoridad, de la opresión que la juventud padece; éstas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las

niñas... Por una casualidad he sabido a tiempo el error en que estaba. ¡Ay de aquéllos que lo saben tarde!

DOÑA IRENE

En fin, Dios los haga buenos, y que por muchos años se gocen... Venga usted acá, señor, venga usted acá, que quiero abrazarle. (*Abrazándose don Carlos y doña Irene. Doña Francisca se arrodilla y la besa la mano*) Hija, Francisquita... ¡Vaya! Buena elección has tenido... Cierto que es un mozo muy galán... Morenillo, pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

RITA

Sí, dígaselo usted, que no lo ha reparado la niña... Señorita, un millón de besos.

(*Doña Francisca y Rita se besan, manifestando mucho contento.*)

DOÑA FRANCISCA

¿Pero ves qué alegría tan grande?... Y tú, como me quieres tanto... Siempre, siempre serás mi amiga.

DON DIEGO

Paquita hermosa (*Abraza a doña Francisca.*), recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre... No temo ya a la soledad terrible

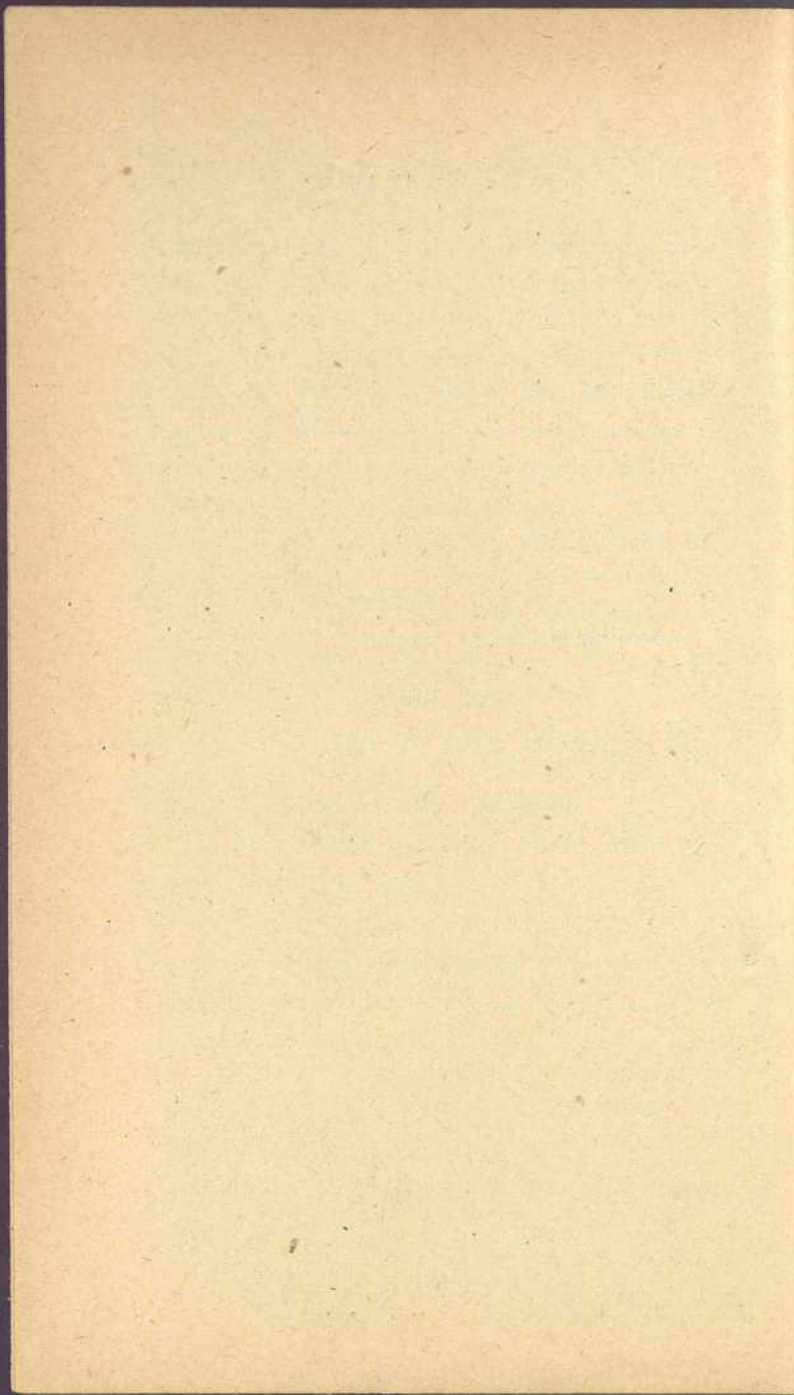
que amenazaba mi vejez... Vosotros (*Asiendo de las manos a doña Francisca y a don Carlos.*) seréis la delicia de mi corazón, y el primer fruto de vuestro amor... Sí, hijos, aquél... No hay remedio, aquél es para mí. Y cuando le acaricie en mis brazos, podré decir: "A mí me debe su existencia este niño inocente: si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa."

DON CARLOS

¡Bendita sea tanta bondad!

DON DIEGO

Hijos, bendita sea la de Dios.



BIBLIOTECAS POPULARES
CERVANTES

Las cien mejores obras de la literatura española

TOMOS PUBLICADOS

- 1-2. *Santa Teresa de Jesús*.—Libro de su vida.
3. *Quevedo*.—Vida del Buscón.
4. *Campoamor*.—Doloras, Pequeños poemas y Humoradas.
5. *Larra*.—El pobrecito hablador.
6. *Góngora*.—Poesías.
7. *Moratin*.—La comedia nueva y El sí de las niñas.
8. *El Romancero del Cid*.
9. *Lazarillo de Tormes*.
10. *Tirso de Molina*.—El burlador de Sevilla.
11. *Espronceda*.—El Diablo Mundo.
- 12-13. *Balmes*.—El Criterio.
14. *Cervantes*.—Novelas ejemplares: *La Gitanilla, Riconete y Cortadillo.
15. *Calderón*.—El Alcalde de Zalamea.
16. *Garcilaso*.—Poesías.
17. *R. de la Cruz*.—Sainetes.
18. *Lope de Vega*.—La discreta enamorada.
19. *Vélez de Guevara*.—El Diablo Cojuelo.
20. *Cadalso*.—Optica del cortejo y Los eruditos a la violeta.
21. *Cervantes*.—Entremeses.
22. *Cabeza de Vaca*.—Naufragios.
23. *Fray Luis de León*.—La perfecta casada.
24. *P. A. de Alarcón*.—Verdades de paño pardo y otros escritos olvidados.
25. *Moreto*.—El desdén con el desdén. Entremeses.
- 26-27. *Gil y Carrasco*.—El señor de Bembibre.

28. Antología de la lírica gallega.
29. *Jovellanos*.—Obras selectas.
30. Historia del Abencerraje y de la hermosa Jarifa y otros cuentos.
31. *Saavedra Fajardo*.—República literaria.
32. *Pérez de Oliva*.—Diálogo de la dignidad del hombre y otros escritos.
33. *Gracián*.—Oráculo manual.
34. *Arolas*.—Poesías.
- 35-36. *Espinel*.—Vida del Escudero Marcos de Obregón.
37. *Fray Luís de León*.—Poesías.
38. *Iriarte*.—Los literatos en Cuaresma. La librería. Fábulas.
- 39-40. *Bécquer*.—Obras escogidas.
41. *Lucas Gracián Dantisco*.—Galateo español.
42. *Lope de Rueda*.—Registro de representantes. El deleitoso.
43. La historia de los dos enamorados. Flores y Blancaflor.
44. *Lope de Vega*.—Peribáñez y el Comendador de Ocaña.
45. *Pero Mexía*.—Diálogos.
46. Poema del Cid.
47. *Pardo Bazán*.—El cisne de Vilamorta.
48. *Verdaguer*.—Antología lírica.
49. *Harzenbusch*. Los amantes de Teruel.
50. *M. de la Rosa*.—La conjuración de Venecia.
51. *J. de Timoneda*.—El patrañuelo.
- 52-53. *F. Manuel de Melo*.—Guerra de Cataluña.
54. *G. de Castro*.—Las mocedades del Cid.
55. *Calderón*.—Autos Sacramentales. El gran teatro del mundo y La vida es sueño.
56. *Ruiz de Alarcón*.—La verdad sospechosa.
57. *Gil Polo*.—La Diana enamorada.
- 58-59. *Don Juan Manuel*.—El conde Lucanor.
60. *Rojas Zorrilla*.—Entre bobos anda el juego.
61. *Cervantes*.—Viaje del Parnaso.
- 62-63. *Diego Hurtado de Mendoza*.—Guerra de Granada.

- 64-65. *Lope de Vega*.—La Dorotea.
 66-67-68. *Baltasar Gracián*.—El Criticón.
 69-70. *Castelar*.—Ernesto.
 71. *Tirso de Molina*.—Don Gil de las calzas verdes.
 72. *Marqués de Santillana*.—Obras escogidas.
 73. *L. F. de Moratín*.—Epistolario.
 74. *Lope de Vega*.—El villano en su rincón.
 75. *García Gutiérrez*.—El trovador.
 76. *Berceo*.—Milagros de Nuestra Señora.
 77. *Vélez de Guevara*.—Reinar después de morir. La luna de la Sierra.
 78. *Forner*.—Exequias de la lengua castellana.
 79. *García de la Huerta*.—La Raquel.
 80-81. *Lope de Vega*.—Pastores de Belén.
 82-83. *Calila e Dymna*.
 84. *Calderón*.—La vida es sueño.
 85. *Cervantes*.—Novelas ejemplares: **El licenciado Vidriera. El coloquio de los perros.
 86. *Mira de Amescua*.—El esclavo del demonio.
 87-88. *J. de Montemayor*.—Diana.
 89. *Torres Villarroel*.—Vida.
 90-91. *Fr. Luis de Granada*.—Guía de pecadores.
 92. *Lope de Vega*.—Porfiar hasta morir. Fuente Ovejuna.
 93. *Cervantes*.—Novelas ejemplares: ***La ilustre fregona. La fuerza de la sangre.

**Las cien mejores obras de la literatura universal
 TOMOS PUBLICADOS**

1. *Perrault*.—Cuentos de viejas.
2. *Aristóteles*.—La política.
3. *Chateaubriand*.—Novelas.
4. *Leopardi*.—Poesías.
5. *Los poetas griegos*.
6. *Washington Irving*.—Apuntes literarios.
7. *Edgar A. Poe*.—Obras escogidas.
8. Antología de la lírica portuguesa.
- 9-10. *Julio César*.—Los comentarios de la guerra de Francia.

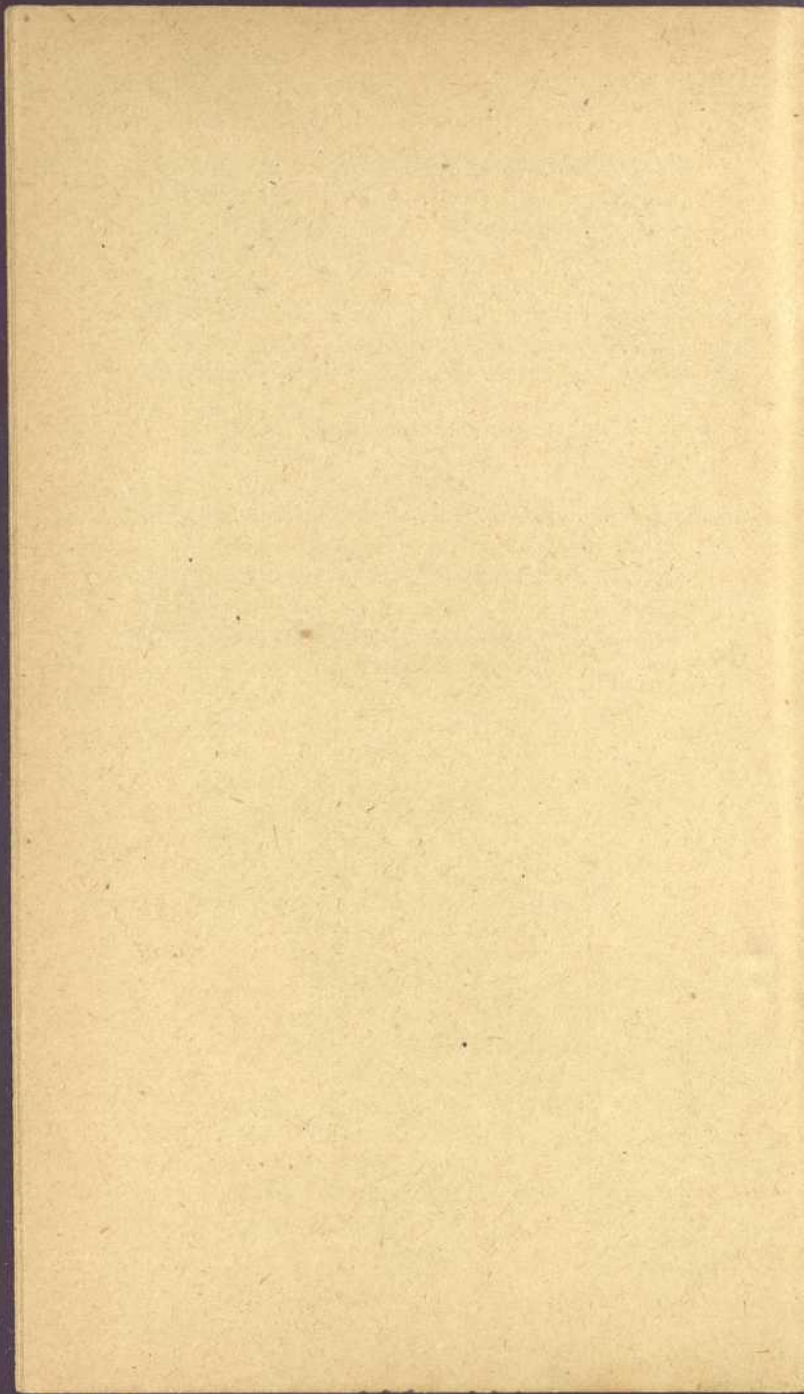
- 11-12-13. *Jonathan Swift*.—Viajes de Gulliver.
14. *Shakespeare* *.—Macbeth.
- 15-16. *San Agustín*.—Las Confesiones.
17. *Luciano*.—Diálogos.
18. *Bandolio*.—Novelas.
19. *Wágner* *.—Lohengrin. El buque fantasma.
20. *Dostoiewski*.—Las noches blancas. Ilucha.
21. *Esquilo*.—La Orestiada.
22. *Sterne*.—Viaje sentimental.
23. *Kalidasa*.—El reconocimiento de Sakuntela.
24. *Goethe*.—Hermann y Dorotea.
- 25-26. *V. Hugo*.—Han de Islandia.
27. *Carlos Dickens*.—Canción de Navidad.
28. *Puchkin*.—Dubrovsky, el bandido ruso.
- 29-30-31. *Walter Scott*.—El anticuario.
32. *Almeida Garret*.—Fr. Luis de Sousa.
33. *Thackeray*.—Aventuras de un fanfarrón.
34. *Salustio*.—La conjuración de Catilina y La guerra de Yugurta.
35. *Hoffmann*.—Cuentos escogidos.
36. *Eurípides*.—Tragedias * Medea. Hipólito.
37. *Gogol*.—Tarás Bulba.
38. *Stevenson*.—El caso extraño del doctor Jekyll y Mr. Hyde.
39. *Andreiev*.—Cuentos escogidos.
40. *Dante*.—Divina Comedia * Infierno.
41. *Molière*.—Don Juan.
42. *Tolstoi*.—Cuentos.
43. *Dante*.—Divina Comedia. ** Purgatorio.
44. *Dante*.—Divina Comedia. *** Paraíso.
45. *La Rochefoucauld*.—Máximas y sentencias morales.
46. *De Foe*.—Robinsón Crusoe *.
47. *Lamartine*.—Graziella.
48. *De Foe*.—Robinsón Crusoe. **.
49. *Goldoni*.—La locandiera.
50. *Goldsmith*.—El vicario de Wakefield.
- 51-52. *Goethe*.—Fausto.

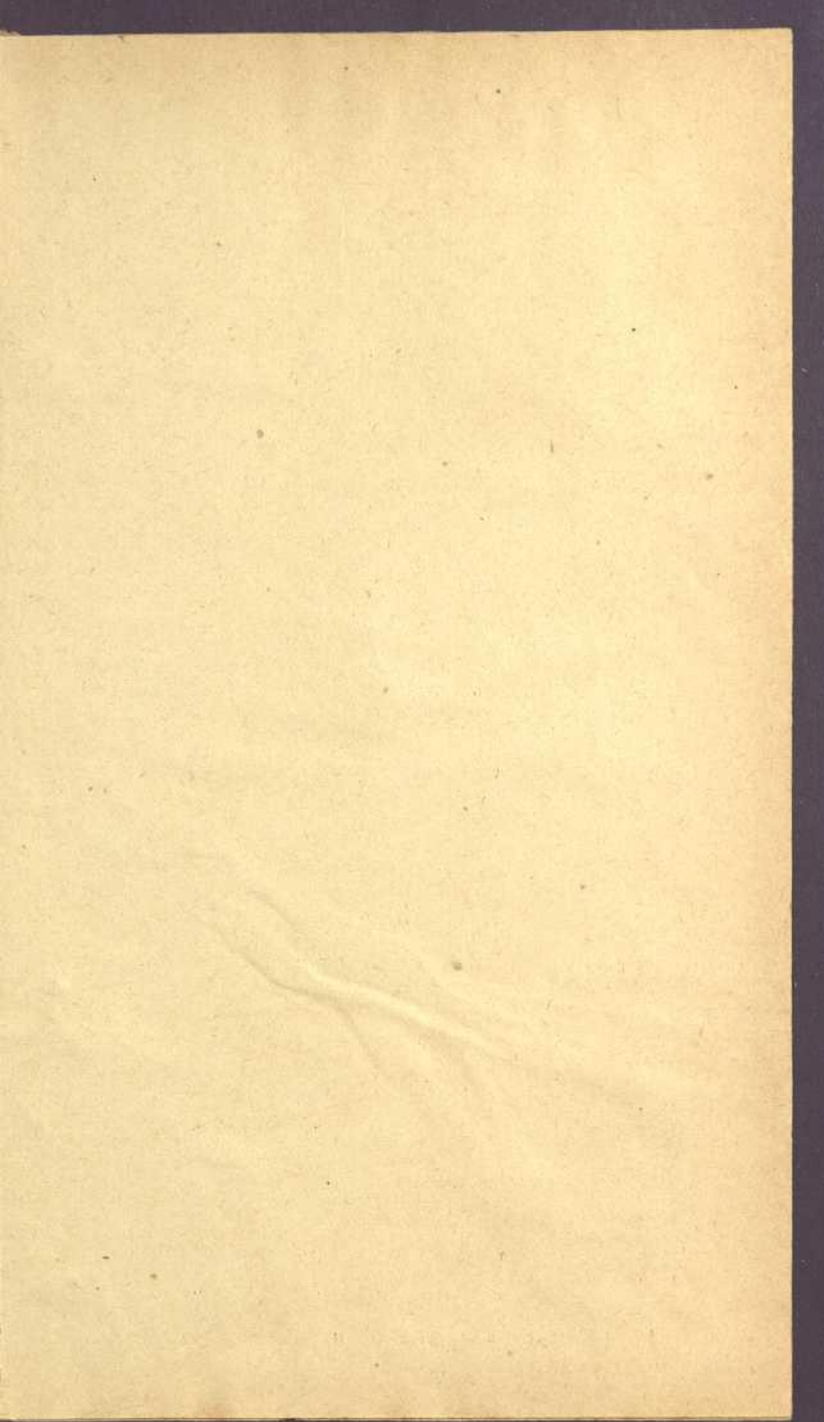
53. *Wágner*.—El anillo del Nibelungo.
54. *Shakespeare*.—Hamlet.
55. *Schiller*.—Los bandidos.
56. *Heine*.—El libro de los cantares.
57. *Cooper*.—El pirata rojo.
58. *Nodier*.—Cuentos: Inés de las Sierras. Sor Beatriz.
59. Libros poéticos de la Biblia *.
60. *Nerval*.—La mano encantada. Paseos y recuerdos.

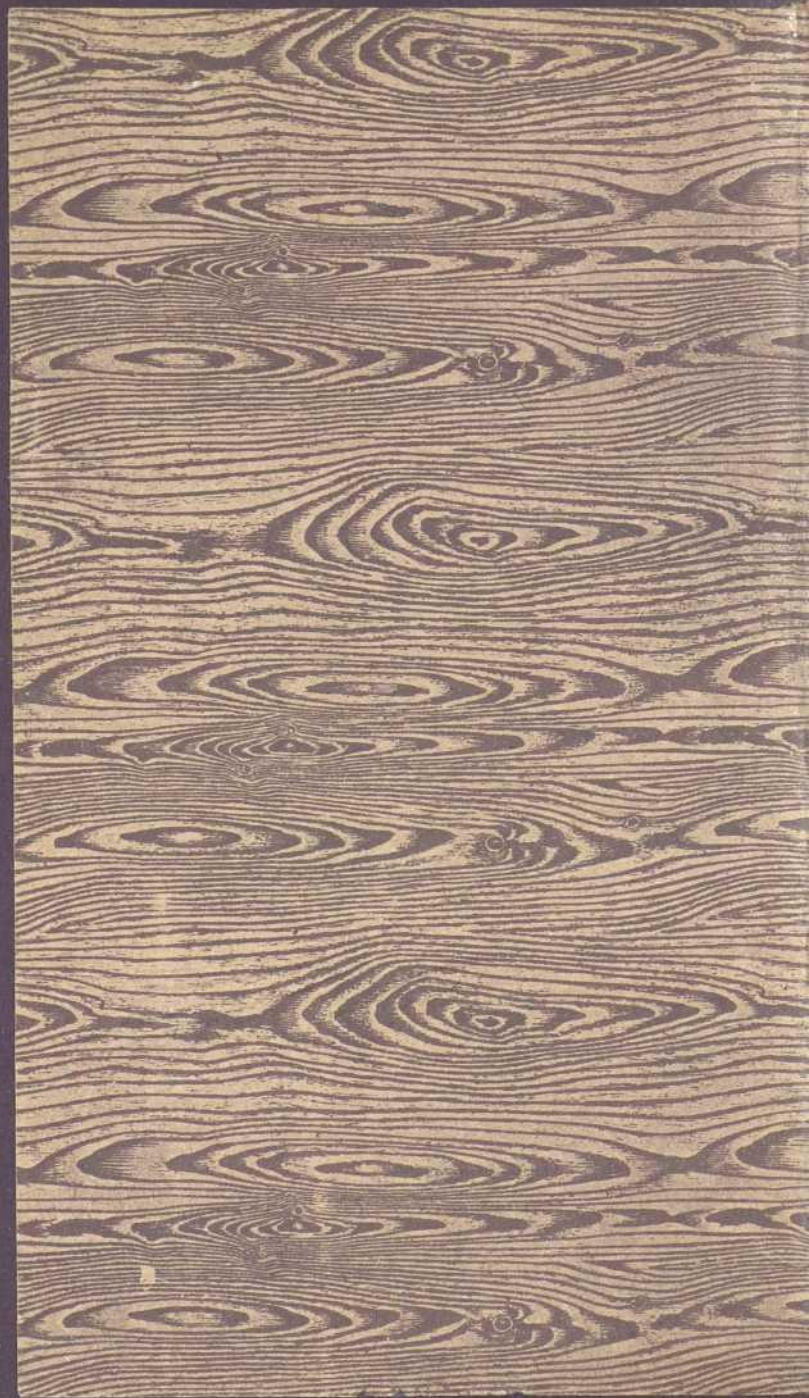
Las cien obras educadoras

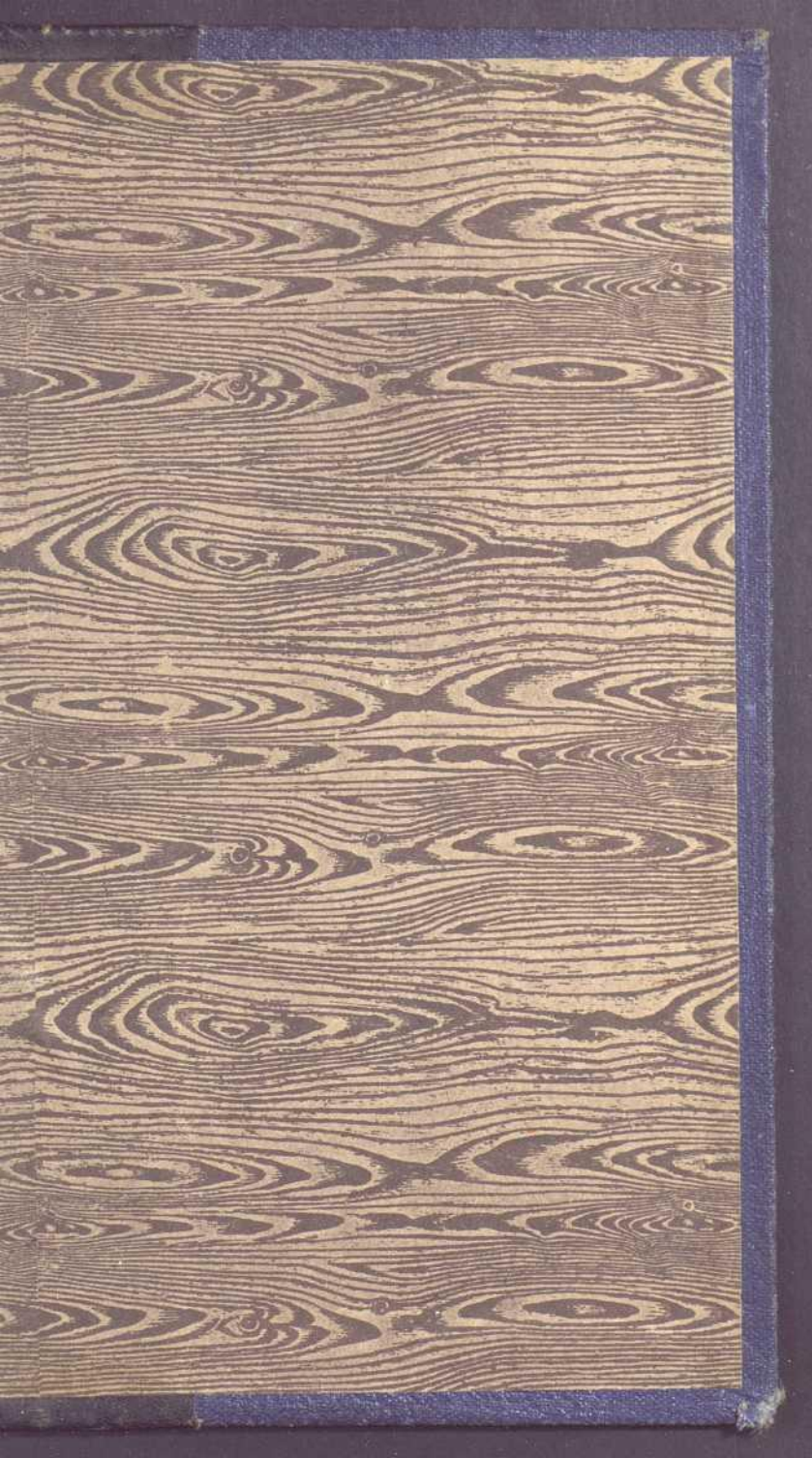
TOMOS PUBLICADOS

1. *Angel Valbuena Prat*.—La poesía española contemporánea.
2. *Rafael Seco*.—Manual de Gramática española. * Morfología.
3. *Rafael Seco*.—Manual de Gramática española. ** Sintaxis.











101330

TENTRO

W
U

FA
4731